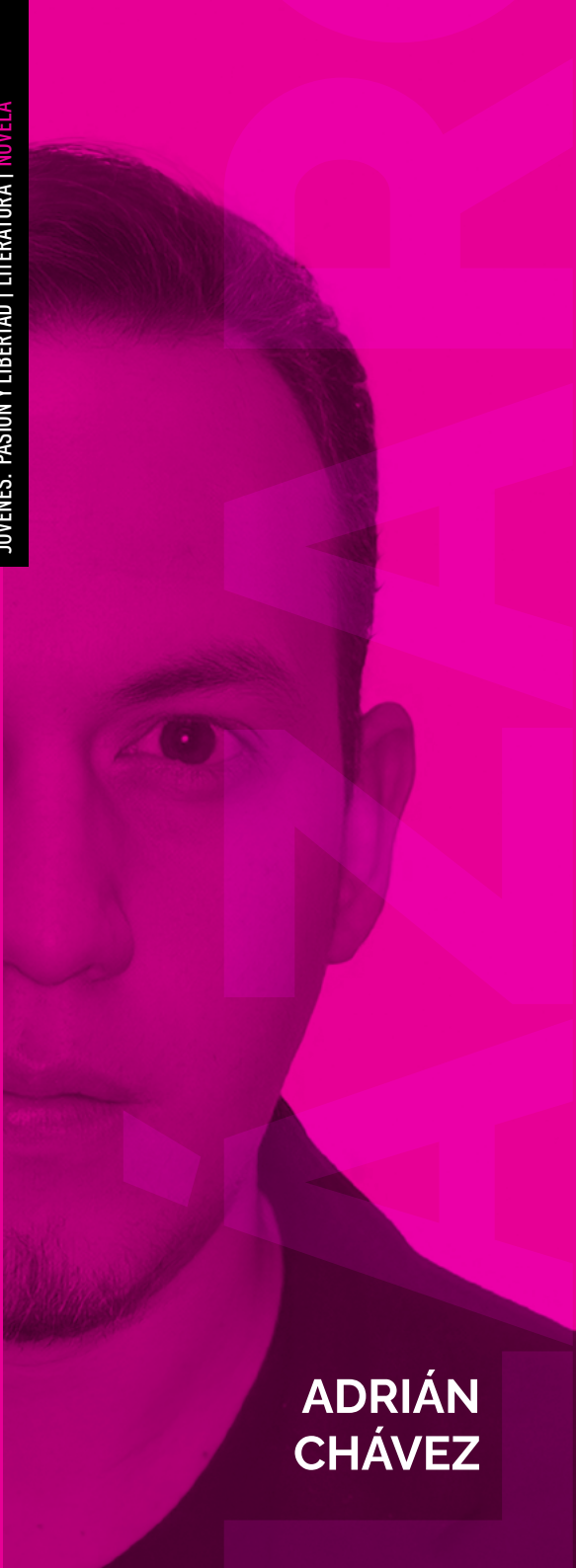
JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | LITERATURA | NOVELA

LÁZARO



ADRIÁN CHÁVEZ

LÁZARO

GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Ivett Tinoco García
Secretaria de Cultura y Turismo

Consejo Editorial

Consejeros
Ivett Tinoco García
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico
Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras

Universidad Autónoma
del Estado de México

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | NOVELA

LÁZARO

ADRIÁN CHÁVEZ

Lázaro
© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heroles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Manuel Adrián Chávez Pérez

ISBN (colección GEM): 978-607-69828-2-2
ISBN (colección UAEMéx): 978-607-633-813-1
ISBN (GEM): 978-607-69828-6-0
ISBN (UAEMéx): 978-607-633-822-3

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/59/23

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez
Diagramación y formación: Renata Alejandra Martínez Lechuga
Diseño de portada: José Martínez Macedo
Cuidado de la edición: César Alan Malváez Hernández
y Lizbeth Yameli Montiel Pallares

Las opiniones expresadas en este libro son responsabilidad exclusiva del autor y no representan necesariamente el punto de vista del editor.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario.

Juan 11:43-44

Él conocía que todo estaba muerto
En mí, que yo era un muerto
Andando entre los muertos.

Luis Cernuda

I
CITIO, 70 D. C.

Era sábado también, pero entonces no lo sabía, porque entonces no sabía nada.

La materia del verbo *saber,* sus letras en hebreo, en griego, en latín, sus conjugaciones, su alma, para mí estaban disueltas en la nada. Una nada inmensa, sin horizontes. Entonces la palabra *entonces* carecía de sentido, era impronunciable, era lo anterior a impronunciable. A diferencia de la vida, la muerte no está compuesta de momentos, sino que es una masa de tiempo, o un tiempo sin masa, un tiempo que no existe, o que existe como acaso existe Dios, presa de una enormidad que lo vuelve lento, lento, lento, tan lento que su movimiento de gigante nos parece inmovilidad. Ahora, que estoy por morir de nuevo, puedo decir que entonces el conocimiento estaba *para mí* disuelto en la nada, pero aquel sábado no había *para mí*, no había siquiera *yo*. Tratar de asir la sola idea de mí —y tampoco había ideas— habría sido como querer separar una sola gota del fondo de la jarra de vino que, tres días antes, fuera de mí, fuera de lo que ya no era yo, Marta había olvidado sobre la mesa en la casa de Betania. Dentro, envuelta en barro, materia antónima de la luz, el vino no es rojo, sino negro, y en medio de ese laberinto de espejos negros estaba yo, lo que ya no era yo, una gota sin bordes en el fondo del vino, porque ambas cosas no son ya materia, sino pura ausencia de luz, pura ausencia a secas. No tenía ojos, no tenía vista. Ahora sé todo lo de entonces, lo que le precedía y lo que le siguió, aunque todo lo recuerde también como un laberinto de espejos. Pero aquel sábado era vino, era nada.

Y entonces hablaste. Hablaste sin mi permiso, sin detenerte a pensar que no sólo me devolvías a la vida, sino que me condenabas a una segunda muerte, y de pronto fui, y de pronto todo fue otra vez.

II
BETANIA, 33 D. C. / MAGDALA, 3-16 D. C.

La última semana mis hermanas peleaban constantemente. No hacía tanto que habías estado en la casa. Dijiste que pasarías el Pésaj en Jerusalén, y María insistía en que te llamaran, en que no podías estar más allá de Jericó. Volverías si se trataba de mí, decía. Pero Marta se negaba, y se reanudaba la discusión. Tal vez pensaban que no podía oírlas, que sus voces morían en las fronteras de la fiebre. Marta tenía miedo. De que no pudieras hacer nada por mí y también de que sí pudieras y tus artes de milagrero atrajeran sobre nosotros aún más atención de la que tu primera visita había dejado en esa casa acostumbrada al silencio. Tenía miedo de creer y también de no creer. La suma de sus miedos escapaba a su control y lograba capturarlo apenas en partículas de ira; le reclamaba a María que se valiera de mi enfermedad para verte de nuevo, para revolcarse en ese afecto desbordado, decía, casi vulgar, que ningún hombre se merece. Y María contraatacaba. Su voz, dulce como la de mi madre muerta, se afilaba, sus palabras eran el baile violento de una odalisca. Que sólo pensaba en mí, repetía, que cómo se atrevía Marta a decir esas cosas, en esa situación. Luego terminaron por callarse, cansadas de pelear, cansadas una de la otra, y también cansadas de mí. El silencio se extendió por el resto de la tarde y hasta que apareció la luna. Pero por la noche arreció la calentura, y el silencio se picó como el mar, se volvió olas en mi garganta deshecha, en mi cuerpo enfermo que tantas veces le había cerrado el paso al aire, y que ahora le abría las puertas a la fiebre y le lavaba los pies. Mi cuerpo, que nunca quiso vivir, que se ahorcaba por dentro a sí mismo desde niño, que me había prometido

la muerte en cada ataque de asfixia y, sin embargo, me la ofrecía ahora en la cara de síntomas nuevos y despiadados. Al final, Marta se rindió. Envió un muchachito a investigar dónde estabas para mandarte llamar.

Pero pasó el día siguiente, un jueves, y no viniste.

Tu dios, que era mi dios entonces, no fue para mí la salud como decían los libros que tú y yo memorizábamos en la sinagoga de Galilea, muchos años antes de aquel jueves. Marta y María me vieron morir sin que tú o tu magia aparecieran.

Y en la muerte no estaba Dios.

No pude reclamarle el Reino que me habías prometido. No pude preguntarle si mi dolor era realmente un camino de purificación o un castigo de algún tipo, una caminata en el desierto. No pude porque no había Dios, como no había nada, una nada que haría parecer cualquier desierto el arquetipo de lo lleno, porque incluso ahí, en el desierto, estaba Dios.

El sábado existía solamente afuera de mi cadáver; dentro, un mar inodoro, insípido, negro. El sábado colgaba de mi piel con llagas, de mis párpados cosidos. Mi cuerpo se había emblanquecido con una blancura que era al blanco lo que Caín a Abel, hermano y asesino, blanco errante, expulsado de la luz. Afuera, la gente de Betania que acompañaba a mis hermanas se mezcló con tus amigos y con los curiosos. Dentro, una tela fina como las que se venden en el templo de Jerusalén, fina y pesada, una cortina de silencio sobre silencio; no existían las voces, ni el llanto de Marta, ni el llanto y las palabras perfumadas de María. Afuera era un sábado como cualquier otro, y el viento, como un niño que se entretiene en la repetición de un juego que inventa, venía desde el Jordán a chocar una y otra vez contra el monte, y los olivos eran hombres corpulentos que bailaban sin gracia. En la tumba sólo estaba yo, pues mi madre yacía en Magdala y mi padre en algún lugar al que nunca podríamos acercarnos. La tumba, próxima a vaciarse, como

un nido. Quizá hoy ya no exista; tal vez las huestes romanas la hayan destruido, como hicieron con todo.

Marta dirigió entonces sus miedos, su ira, hacia ti; no se contuvo de reclamarte tu tardanza. Lo mismo hizo María, aunque a su modo, con palabras menos agrias. Pero tú, incluso en tu tristeza, les respondiste como hacías siempre, de forma colectiva, mirando a todos. Que yo no estaba muerto, dijiste, que dormía. Sonreíste, con esa sonrisa de los tiempos de escuela en Galilea, cuando hacías una broma de calculada osadía.

Mi cuerpo huérfano. Hay algo cruel en la materia, en su incapacidad de desaparecer. Parece que la abandonamos, pero en realidad la dejamos donde siempre estuvo. La vida es más bien un breve accidente en un proceso más grande, como uno de esos fuegos que se encienden de la nada en la tierra seca, y que se extinguen con la misma rapidez. Pediste que retiraran la piedra que cubría el sepulcro, y el viento revolvió la curiosidad con el escándalo. Marta, al igual que algunos de tus amigos, te recordó que llevaba tres días muerto, y que tus mejores intenciones no iban a ahorrarles el hedor. Pero tú insististe, indiferente a la putrefacción. Mi cuerpo huérfano estaba bajo el sudario, desnudo, pestilente, dejado por mí, el único que habría podido resguardarlo del resto del mundo. La pena que sintió Adán al saberse desnudo es la pena del cadáver, la de quien de pronto es pura materia.

Quitaron la piedra. En el interior de la nada, en el absoluto sin fronteras de la nada, no se escucharon los esfuerzos de los hombres al desplazar la lámina, ni el golpe acolchonado que hizo al aplastar el pasto, ni tus sandalias de camino al umbral, ni las primeras palabras que dijiste en arameo, ni tampoco el llanto que derramaste por mí. Más tarde, pasada esa semana, ese siglo con piel de semana, comenzarían a alzarse las voces que con los años Roma trataría de acallar, porque darían testimonio de lo que, dirían, habías hecho por ellos. Milagros, maravillas,

vuelcos enteros a sus corazones de tierra comprimida. Pero no lloraste por ninguno de ellos. Lloraste por mí.

Tus lágrimas, tengo claro ahora, eran una mezcla del dolor con la certeza de lo que ibas a hacer por mí, de lo que ibas a hacer conmigo, de lo que ibas a hacer de mí. Tu llanto era una disculpa. Perdón, perdón, perdón. En el arameo de nuestra infancia no existen, como en latín, los superlativos. Por eso, para engrandecer una cosa hay que decirla tres veces. Santo, santo, santo, te gritarían al día siguiente, en las calles de Jerusalén, entre ramos de olivo. El llanto es repetitivo por naturaleza, se engrandece a sí mismo, se exagera, se entrega completo. Perdón, perdón, perdón.

De pronto, escuché. Escuché incluso antes de oír.

Una voz se sumergió en la nada como una mano sucia en el vino, como un ladrón que se cuela agachado entre las ovejas. Tu voz congeló los bordes de la gota perdida en la masa negra del océano, le devolvió su individualidad, y le habló por un nombre que se había difuminado en la oscuridad de su consciencia.

Levántate, dijiste. Levántate y camina.

No era una orden. Era la voz de un amigo triste. Era una súplica. Una súplica avergonzada.

Aire. La primera bocanada de aire fue un dolor limpio que me ahogó bajo el sudario, y lo primero que hice fue quitármelo de la cara con unas manos de las que sólo fui consciente al contacto con la tela. Años después, ya en Chipre, todavía me despertaba por las mañanas con la misma sensación aterradora: de pronto era todo mi cuerpo una llaga, toda la materia se lamentaba de la inmovilidad, las heridas, el olor, el frío de la cueva, la piedra hostil bajo mi carne. Mi cuerpo y afuera todo lo demás, como el cuerpo de Job entre la basura. Y luego, la certeza. En el recuerdo mi cabeza gira hacia donde está la luz, bloqueada por la silueta de un hombre. Nadie renace por partes, como nadie nace por partes. Nadie renace, en realidad. Despertar de la muerte no es como despertar del sueño, porque no es despertar realmente,

sino animar lo marchito. En el recuerdo todo en mis ojos son siluetas, contornos acuosos que no podría describir hasta recordar la idea del agua. Te miro, aferrado a la seguridad de tu silueta, hasta que de entre las sombras nacen tus ojos verdes, el cabello lleno de tierra, alborotado, tu rostro oscuro y recio. Aun sin verte del todo, aun sin renocerme a mí mismo todavía en ese cuerpo estragado, pestífero, mío, te reconozco a ti. Y otra vez es sábado.

Y en medio del estruendo de la materia, mi cerebro, un leño apagado que de pronto alguien arroja a un incendio, acuña una sola idea.

Por qué.

Por qué, por qué, por qué.

La primera vez que me arrojaron a la vida no me lo cuestioné demasiado en buena medida porque Marta ya estaba ahí para explicármelo todo. Aunque el mundo nunca ha estado con Marta, Marta estuvo en el mundo antes de mí, y estará después de que me vaya. Tú preferiste a María, quién sabe si porque supiste siempre que, en el fondo, Marta era indómita incluso para ti.

Entonces vivíamos al norte, en Magdala, en la casa de mis padres que la gente de la aldea llamaba El Castillo, porque era más grande que el promedio, gracias a las buenas finanzas de Ciro, mi padre. Marta era una niña y, aunque Noemí, la esclava, se encargaba de nosotros, en mis recuerdos es ella quien cuida de mí, primero, y de María después. Mi padre compraba telas en Fenicia y las revendía en Séforis o en Caná. Mi madre administraba la casa. Se llamaba Euca. Era una mujer amorosa, a quien no obstante recuerdo sobre todo regañando a Noemí por haber olvidado alimentar a los animales o haber comprado la miel al mercader incorrecto.

Marta sonreía poco. Cuando nació, mi padre le retiró la palabra a mi madre durante las semanas de su purificación; mi hermana no era el varón primogénito que esperaba. Marta no se ha quejado un solo día de su vida, pero dentro de su alma corre otro siglo, uno en el que la primogenitura no le fuera arrancada con mi nacimiento, uno en el que su vida tuviese el mismo peso que la de un hombre. A diferencia de María, que hasta que llegaste tú siempre estuvo cómoda con su lugar en el orden de las cosas, Marta es, como yo, una extranjera permanente. Si me preguntaras hoy, si estuvieras vivo para preguntarme, te diría que ella mereció

siempre la primogenitura más que yo. Incluso ahora, en este lugar, una eternidad después de aquellos días en Magdala, Marta es el elemento fuerte de esta familia rota. Vivimos en Citio igual que un viejo matrimonio. Como desde hace años, se levanta temprano por las mañanas, antes de que cante el gallo, y va al templo de Atenea al interior de la ciudad. Desde que llegamos aquí, tuve la impresión de que se sentía más cómoda ahí que en el Templo de Jerusalén, donde no podía ir más allá del Atrio de las Mujeres. Con Atenea se siente bienvenida. Los griegos hacen templos a sus diosas, mientras en nuestras sinagogas tienen que entrar primero diez hombres para que una mujer pueda poner dentro el dedo de un pie. Marta dice que en ese templo pagano le reza en silencio a Dios, tu Dios, pero siempre pensé que en realidad disfruta la compañía de la diosa griega, que se siente secretamente acompañada por esa mujer vestida de armadura y telas volantes. Es quizá el único lugar de toda Chipre en que su extranjería murmura en vez de gritar. Antes regresaba cuando yo apenas había despertado, entre sudores y malos sueños. Se ponía a hacer pan y, si no teníamos noticias de María, comíamos en silencio.

A su lado, aunque mi padre prefiriera no verlo, yo fui siempre —y soy todavía— el menor. Fue Marta la primera en darse cuenta, cuando yo aún no aprendía a caminar, que algo estaba mal en mis pulmones, que a veces silbaban por mi garganta y me causaban problemas para respirar. Fue gracias a ella que lo supo mi madre, que de inmediato puso a Noemí a buscar remedios. Fue su voz la que escuchó mi padre, una voz de niña que decía, sin decírselo, que Dios lo había castigado una segunda vez.

Me levanté. Lento, lento, lento. Me senté primero en la losa de piedra y luego me puse de pie. Mi cuerpo era la suma de sus dolores, de llagas que no estaban hechas para ser sentidas; mis pulmones, territorio caído ante ejércitos de aire. El silencio mohoso de mi garganta se quebró como una taza de barro. Dónde estoy, dije. Dos palabras, dos preguntas, y una tercera en la suma de las dos. Pero tú no me escuchaste. Entonces tuve miedo de contarte que Dios grande, enorme, lento, invisible, no había llegado a tiempo por mí, a presentarse, a dar explicaciones ni a pedir disculpas. Tuve miedo. Tuve la sensación amorfa de un miedo sin nombre. Y callé.

Levántate y camina, habías dicho antes. El recuerdo de esas palabras latía bajo cada pensamiento. La fuerza con la que me había puesto de pie no era mía, la de un cuerpo entumecido que habría tardado horas en acostumbrarse a la vida. Lo que estaba animando mis movimientos no era mi voluntad, sino la magia con que me extirpaste de la nada, una magia pegada como miel a tus palabras. En aquellos años esa tierra nuestra aún guardaba presagios en el vuelo de todas las aves y hechiceros en los amigos de la infancia; Israel estaba infestada de milagros, y sus hacedores emergían con más fuerza cada vez que Israel estaba sometida por los babilonios, los seléucidas, los romanos. Ni siquiera la muerte estaba a salvo de esa magia. Yo era un hombre común, un muerto común. Cualquiera que fuese el origen de tu hechizo, era eficaz sustituto de la voluntad.

No tenías esos dones cuando te conocí, de niño, en Nazaret. Te había visto usarlos poco antes de mi muerte, en tu

primera visita a Betania, y fui testigo también poco después, con la higuera. Entraste con tus amigos a Jerusalén, y saliste de nuevo para descansar del griterío, de la hostilidad de los sacerdotes, de un roce con ellos que habías vivido en el Templo. Tu presencia atraía otras presencias como mi cuerpo muerto atraía todavía las moscas; había gente en la casa. Yo estaba sobre la estera, recuperándome de la muerte, esperando que mis órganos, mis músculos, mi piel, aprendieran a sanar de aquello para lo que no fueron enseñados a sanar. Pasaba así la mayor parte del día, sin decir nada, al punto que más de una vez mis hermanas pensaron que el milagro había caducado. Pero bastaba poner un poco de atención para notar que mi piel iba recuperando despacio el color, la luz más que el color. Estaba recostado cuando oí amplificados, como lo oía todo entonces, unos pasos serenos sobre el pasto del exterior. Eras tú que, igual que yo, necesitabas dosis de silencio. Silencio es lo que nunca tuviste de María, o de tus amigos pescadores que te abrumaban con preguntas sacadas del mar de sus almas turbulentas y arrojadas a la tierra, donde permanecían saltando, sofocándose, desesperadas por vivir. Silencio es quizá lo único que te di en los pocos días que compartimos. Puede ser que algunas de las lágrimas que derramaste frente a mi cadáver fueran por ese silencio. Me incorporé con trabajo y, por una ventana, te vi caminar y sentarte bajo la primera de las higueras que están de camino al monte, que mi padre sembró y de las que Marta recogía los higos para vender en Jerusalén, más por entretenerse que por que hiciera falta el dinero. Supuse que, además del silencio, habías ido en busca de sombra, pero de inmediato te levantaste, y comenzaste a buscar entre las ramas, como si removieras los intestinos de un animal. Por supuesto, no encontraste un solo higo. Todo el mundo sabe que la temporada de higos no empieza sino hasta el mes de Tamuz. Entonces las hojas eran manos amarillas que el viento hacía saludar, vacías. Pero no quisiste acordarte. Gritaste unas

palabras. Le gritaste a la higuera, molesto. Uno de los pescadores se te acercó y trató de calmarte, pero lo apartaste. Luego pusiste la palma de la mano derecha sobre el tronco de la higuera, te acomodaste el manto sobre la túnica y, con la misma velocidad con que habías hecho la operación contraria, volviste de la ira a la paz. Pusiste una mano, la misma mano, sobre el hombro de tu amigo, que se sobresaltó, y volviste a reunirte con los demás en la casa. El pescador, ahí mismo, y yo, desde la ventana, nos quedamos todavía mirando la higuera, sin dar crédito. El tronco enflaquecía, enfermaba, y la copa se desinflaba y perdía vigor sobre sí misma, como si a su alrededor las estaciones se hubieran acelerado. Era como si el árbol pidiese, triste, algo de tiempo para al menos acostumbrarse a la sequedad. Pero no se lo concediste. A los pocos segundos, el árbol estaba muerto.

En mi caso, por el contrario, la sequedad se revertía.

Aquel sábado, días antes del episodio de la higuera, caminé con las plantas de los pies todavía violáceas hacia el exterior de la cueva. Todo el tiempo te miraba, tu rostro también llagado, pero no con llagas visibles, sino de las que se intuyen entre las líneas de los gestos, en la humedad en los ojos apenas demasiada, en dos madejas de cabello cuyo arreglo ya no te importaba. Quizá intuías en mi cuerpo el futuro del tuyo.

Detente, dijiste cuando iba a pasar a tu lado.

Me detuve, igual que me levanté, igual que se secó la higuera.

Estabas llorando. Envolviste suavemente mi antebrazo en una de tus palmas firmes, amables.

Tras un momento de duda, hablaste al fin. Perdóname, dijiste.

No dije nada. Pero fue como si te respondiera. Sonreíste, entre las lágrimas. Tu mano liberó mi brazo y, como si de ella se desprendiera la reanudación de tus órdenes, seguí caminando.

No estaba listo para reaprender lo que me había sido concedido olvidar. La luz que se derretía en mis ojos, el viento que mecía la tela delgada del sudario y la hacía atorarse en mis

heridas, la hierba que reemplazó a la piedra bajo mis pies, y que era como pisar el mar, como pisar la certeza de caer. Y, poco a poco, entre los chorros calientes de luz, aparecieron las caras, las túnicas llenas de polvo. Ninguna voz. Muchos de los presentes se cubrían la nariz con un trozo del manto, otros preferían no ver. La maravilla tardó en llegar a sus ojos, retrasada en el camino por un pleito con la incredulidad. Su primera reacción fue también la reacción del cuerpo. Nadie les dijo que los milagros pueden dar asco. De pronto recordé lo que era un niño, y ellos lo eran, aunque no lo parecieran. Todos son niños desde aquel sábado. Ahí estaban el pescador, su hermano y el otro hombre joven, el muchacho rico de Keriot, Judas, a quien tratabas como a un hermano. Ahí estaban el resto de tus amigos —la pandilla de analfabetas que te seguía desde hacía tres años—, los nuestros, las plañideras y otra gente a la que nunca había visto o quizá no reconocía. Ahí estaban mis hermanas, con un grito enjaulado entre los dientes.

No estaba listo tampoco cuando el control de mi cuerpo quedó a mi merced. Todo lo que había sido demasiado se volvió intolerable. La luz, el viento, las heridas, la hierba, la certeza de caer. Debí tambalearme, porque de inmediato Marta corrió hacia mí y me tomó por debajo de un brazo. Un jovencito enclenque, también discípulo tuyo, se acercó para sostenerme del otro lado. Marta me miró de cerca, con una mezcla imperfecta de horror y ternura en la cara. María lloraba. Estás vivo, dijo Marta, y fue como si sus palabras destrabaran la exhalación general.

Está vivo, repitieron.

Por unos momentos, casi sentí alegría. De pronto recordaba la alegría simple de estar vivo, que se colaba entre los intersticios del dolor. Luego, entre los aplausos y las vivas, las palabras mutaron rápido, y entonces ya no decían *está vivo,* sino *milagro, milagro*, y entendí que era a mí a quien se referían, pero ya no era de mí de quien hablaban. Luego, cuando las palabras de la multitud se transfiguraron de nuevo y los *milagros* se convirtieron

en *mesías*, supe que no sólo ya no hablaban de mí, sino que me habían olvidado del todo. El muchacho que me había ayudado a sostenerme, una vez que mis sentidos se acomodaron en sus cuencas, me dejó en brazos de mis hermanas y echó a correr en dirección a Jerusalén, a contar lo que había visto, decía. Fue el primero en irse, y no pudiste o no quisiste detenerlo. Al resto, les pediste que no contaran lo sucedido hasta que fuera el tiempo. Usaste esas palabras. Tú mismo te alejaste unos pasos con algunos de tus discípulos. Las plañideras, asustadas, se fueron a sus casas. Sólo se quedaron conmigo mis hermanas y algunas mujeres de Betania. Estaba desnudo. Sentí una vergüenza tal que me temblaron las piernas de nuevo. María pareció entender, porque corrió a traerme un manto.

Nadie se quedó esa noche, no hubo nada parecido a una celebración. Tu comitiva debía emprender el camino a Jerusalén, adonde tenían planeado entrar el día siguiente con gran revuelo. Mientras veía a tus amigos cortar ramas de los olivos que encontraban en su camino, Judas, el muchacho de Keriot, fue el único de los hombres que se me acercó. Me habían traído un banquillo en el que me senté con trabajos. Me abrazó. Si sintió repulsión, la ocultó bien. Sonreía. Gracias, dijo, tu nombre estará escrito en oro cuando el Reino se alce sobre Roma. Mi nombre. No había pensado en él. Nada de lo que sentía se asemejaba a un nombre escrito en letras de oro.

Mientras la gente se alejaba, mis hermanas y las mujeres que por generosidad o por morbo permanecían trajeron un jarrón de agua y unas toallas y se pusieron a lavarme la cara, mientras me hacían preguntas.

Nos reconoces.

Son Marta y María.

Cómo se llamaba tu padre.

Ciro de Magdala, hijo de Ananías.

Cómo se llama el emperador de los romanos.

Tiberio, el de los ojos de colores distintos.

Qué día es hoy.

Es sábado.

Unas mujeres fueron a traer pan y un cuenco de miel. Mientras tanto, tú hiciste gesto de acercarte, pero mis hermanas te cerraron el paso. Te llenaron de besos la falda de la túnica. Gracias, maestro, decía Marta. Tú eres la vida, maestro, decía María. Tú las levantaste del suelo y las abrazaste y les sonreíste agradecido con su felicidad. A mí, desde lejos, me dirigiste una mirada esquiva, todavía avergonzada, e inclinaste la cabeza apenas un poco. *Shalom*, amigo, dijiste. Luego nos diste la espalda, y no volví a verte nunca.

No volví a verte nunca.

Me imagino que mis padres no esperaban que los sobreviviera. Cada año que cumplía traía escondidos pensamientos suyos de perplejidad. Era un niño que tenía problemas para la más simple de las actividades. Con los primeros años, mis pulmones cristalizaron el problema en ataques concentrados de asfixia. A veces eran leves y a veces aterradores, no había forma de anticiparlo. Podía pasar hasta una semana encerrado, con crisis intermitentes durante la vigilia o el sueño, con los labios secos y el cuerpo cansado de arrancarle algo de aire al aire. Noemí aprendió toda suerte de remedios a base de jengibre, limón, miel y ajo, para mitigar los síntomas y las secuelas, pero los episodios nunca cedieron definitivamente. Crecí siendo un niño lánguido, con el reflejo de un mundo hostil en las pupilas. Mi madre pasaba más tiempo conmigo que con mis hermanas y, aunque intuyera que en su cariño había mucho de miedo, le estaba agradecido. Mi padre, por el contrario, se ponía iracundo si me escuchaba quejarme. El heredero de mi casa, me conminaba, debe demostrar que merece la primogenitura, o es que acaso el Señor me dio una hija a la que puse por error el nombre de un varón.

Tenía seis años la primera vez que pensaron que moriría. Estaba en Magdala un hombre llamado Simón, un samaritano al que apodaban el Mago, porque sabía hacer muchos prodigios, y mi madre nos llevó a Marta y a mí a verlo. Los samaritanos eran en sí una rareza. Aunque eran judíos, nos contaba Noemí, tenían su propio templo, y sus tierras eran famosas por su antipatía con los foráneos. Los profetas y encantadores brotaban en Judea, incluso en Galilea e Idumea, pero no en Samaria; de

aparecer alguno allí, se habría dudado de que su poder viniera de Dios, que también debía ver a los samaritanos con recelo. Años más tarde, comprobaría en la sinagoga de Betania que lo que Noemí me contaba tenía sustento profético. *Convertiré a Samaria en un campo cubierto de escombros, que no sirve más que para viñas*, dijo el profeta Miqueas. Simón el Mago era entonces un brote perdido.

Era bien entrado el mes de Shevat y hacía frío, pero la gente se reunió en la explanada, cerca de la taberna de Magdala, donde Simón el Mago había instalado una tarima. Era un hombre sumamente joven, con la barba corta y crispada, y enjuto como las espigas que soñaba Faraón. Se presentaba con gran espectáculo; llevaba con él a un músico que tocaba la cítara. Atizaba los ánimos, hacía algunas bromas sobre su lugar de procedencia, y luego lanzaba una pregunta. Quién de los de aquí está enfermo. Algunas personas de entre la multitud alzaban la mano. Yo podría haberlo hecho, y la tos me habría servido de evidencia, pero no lo hice. Estaba atento al instrumento que tocaba el otro hombre, el trozo de madera que por mediación de unas cuerdas parecía cantar con una voz de miel; además, me abrumaba la multitud, los ruidos y los olores; y, por último, me habría abstenido de alzarla a propósito, por miedo a defraudar a mi padre; estaba convencido de que era yo quien tenía que sobreponerse a la enfermedad; la intervención del mago sería considerada una trampa, y mi primogenitura estaría en juego.

Mi madre alzó la mano por mí.

Tuve miedo, y apreté las manos en los costados, aunque ella me zarandeaba para hacerme visible. Se me erizó la piel. El frío, de pronto, aniquilaba las partículas de calidez en mi garganta y se instalaba en mi pecho.

Los esfuerzos de mi madre fueron vanos. Simón el Mago eligió a una mujer, que subió rengueando a la tarima. El rengueo se debía a que no podía flexionar la rodilla derecha, por

lo que su pierna estaba siempre recta, como si en vez de pierna tuviese un cayado pegado a las caderas. Simón la ayudó a trepar mientras el músico comenzaba a ordeñarle más miel a la cítara. Luego, recostó a la mujer sobre la madera y se colocó detrás, de rodillas, de frente a la multitud. Juntó las manos y comenzó a decir unas oraciones con los ojos cerrados; después, con una mano, tomó la pierna de la mujer y, tras un momento de silencio que se contagió entre la gente, la sacudió, mirando al cielo. Entonces sonrió, como si algo invisible para nosotros le hubiera confirmado que el destinatario de sus plegarias había respondido favorablemente. Lento, lento, lento, levantó la pierna de la mujer, que veía todo tratando de contener el terror y la emoción, colocó una mano bajo el muslo y con la otra empujó la espinilla hacia abajo. La pierna se dobló con normalidad. La muchedumbre estalló en vítores y gracias al Dios Todopoderoso. Algunos aplaudían, pero pronto otros exigieron ser curados también, y en el aire polvoriento que corría por el lugar la alegría se mezcló con los reclamos.

Mi madre era de las que exigía, y de nuevo sentí las sacudidas. Cuando la mujer, acompañada del milagrero, caminaba torpemente hacia su lugar, el frío que se había instalado en mi pecho subió de nuevo a la garganta y pinchó con sus cristales sus paredes, para hincharlas, para cerrarle el paso a un nuevo asentamiento de aire. Me sostuve de mi madre para no caer, sin que ella se diera cuenta de lo que pasaba. No podía pedir ayuda. No podía hablar. Me transfiguré en el animal de los jadeos, con las garras apresando el viento y un lenguaje de silbidos desesperados.

El frío se impuso. El frío se comió la luz.

Desperté en la habitación del Castillo, que compartía con Marta y María. Noemí mojaba trapos calientes y me los colocaba en la frente. Mi madre había llorado. Mi padre no estaba. Se quedaría una noche más de lo previsto en Caná, porque se le había

hecho tarde para volver y no quería tomar el camino de noche. Acordamos que no le diríamos nada, por mi bien. Si se enterase, yo llevaría la peor parte. Podía imaginármelo gritando que mi enfermedad era un castigo que el Dios de Abraham le había enviado a él, no a mí. Como buen padre judío, se habría pasado días preguntándose a causa de qué mala conducta, de qué blasfemia accidental, de qué pago omitido al Templo, era consecuencia aquel hijo roto. Por eso callamos todos. Esa noche la pasé mal, pero logré conciliar el sueño en la madrugada, y por la mañana mi garganta se había desinflamado del todo. Cuando desperté, mis hermanas me miraban desde sus camas, expectantes. Con los años, esa mirada se volvería parte de nuestro vocabulario común.

Los días que siguieron a mi resurrección fueron días sin tiempo. Dormía y despertaba, aterrado, y las cosas del mundo tomaron consistencia sólo en dosis esporádicas, como el caso de la higuera o los episodios de hambre voraz. No sé cuánto tiempo pasé así, entre la estera, el techo, la ventana y la lámpara de aceite que a veces estaba encendida y a veces no, sin que eso me sirviera para medir el paso de los días. Al principio me costaba incluso usar la letrina, y mis hermanas, para mi vergüenza, tenían que limpiarme. Estaba enfermo de estar vivo. Acaso eso no ha cambiado. Luego, poco a poco, comencé a levantarme, a sentarme primero, a comer sentado, a comer sin ayuda, y finalmente a sostener sobre las piernas mi materia llagada, ya menos pálida. Una tarde en que Marta y María no estaban, sentí ganas de salir. Caminé con trabajos hasta la puerta. De haber tropezado con algo, me habría quedado en el suelo hasta que volvieran. Crucé el umbral y me quedé recargado en el tronco de un olivo, probablemente en un posición rara, con los brazos rectos y un poco sueltos, como un ahorcado. La tarde se había nublado, y lo agradecí, porque el sol me parecía aborrecible.

Algo había cambiado.

Agradecí, pero no supe a quién.

Prefería abstraer la idea de Dios antes de volver a imaginarlo como la persona cruel que se escondía de los muertos. Por primera vez no dije la bendición que habría recitado una semana antes. Alabado seas, señor, porque tú eres grande y las nubes se juntan y se apartan con un gesto de tu mano. Ahora las nubes se juntaban y se apartaban con voluntad propia. O peor, sin que

interviniera voluntad alguna. Llevaba un rato ahí, cuando escuché pasos a mis espaldas. Apenas me volví distinguí a tu amigo, el muchacho de Keriot.

Judas, dije en un grito quebradizo, y giró la cabeza hacia mí con un gesto de terror en la cara. Tropezó con una piedra y rodó por tierra. Mi voz le había llegado por entre los árboles como la voz de un muerto. Se incorporó, frotándose el empeine enrojecido. Tenía el polvo de la cara mezclado con lágrimas. Su primer impulso fue levantarse y seguir su camino, huir de mí, pero la fuerza lo venció; había corrido demasiado, le faltaba el aire, y había llorado. Su mirada trataba de domarlo todo al mismo tiempo. En cuanto se acercó tambaleándose, la bestia del llanto quedó suelta sobre sus mejillas, un llanto que jamás había visto en un hombre. Me abrazó, suplicante, me abrazó y yo lo abracé de vuelta, conteniendo el dolor horrendo que me provocaba el contacto. Lo dejé llorar. Por qué, dijo entre gemidos, por qué no hizo nada. Habría hecho estremecer a setenta plañideras. Se limpió la nariz con la falda de la túnica y guardó un silencio denso.

Lo maté, dijo al fin.

A quién, pregunté, pero no contestó de inmediato; me miró, quizá calculando mi reacción.

Tú también me vas a odiar. Todos me van a odiar. La saliva le escurría entre las comisuras, y su rostro recién enjugado volvía a ensuciarse de inmediato. Era un hombre demasiado pequeño para todas las cosas que llevaba dentro, un hombre poseído por siete demonios, diferente al muchacho de rostro dulce y manos finas de antes, disfrazado de pobre para mezclarse contigo y tu séquito de iletrados. Debía amarte más que todos, si fue el único que tuvo que dejar su palacio para convertirse en un nómada entre galileos.

El jueves, estábamos cenando, dijo al fin, tratando de recuperar el aire, una sensación que me era familiar. Dijo que alguien lo iba a traicionar; tenía que ser yo; él sabía, no sé cómo,

pero sabía que al menos dos veces la gente de Caifás y su suegro me buscaron para tratar de sobornarme a cambio de información; me negué, por supuesto; no necesito el dinero, y de todas formas jamás lo aceptaría de los saduceos; son colaboracionistas, amigos de los romanos, traidores; y, de alguna forma, él lo sabía; cuando dijo que alguien lo iba a traicionar, supe que me estaba pidiendo que lo hiciera; me sentí honrado, incluso...; de pronto su plan me parecía obvio: por eso estábamos en Jerusalén, tenía que ser aquí, durante el Pésaj; iba a dejar que lo aprehendieran y después, frente a todos, iba a dar una demostración de su poder, iba a llamar a la revolución, iba a empezar el reino prometido...

Judas cayó, y murmuró, incompletas, otras cosas. Que los zelotes estaban listos para tomar las armas, que habías nacido en Belén, tal como había dicho Miqueas... Tenía los ojos perdidos en el cielo. Hablaba para sí mismo, trataba de ordenar unos recuerdos que lo lapidaban.

Y comprendí que el muerto eras tú.

Shalom, amigo mío, habías dicho antes de despedirte unos días antes, o unas semanas antes, no sabía, y ahora estabas muerto. Me sacaste de la muerte y de pronto estabas muerto. Me echaste de la muerte como de una caravana en la que ya no cabe un alma, para tomar mi lugar. Más tarde tuve mucho tiempo para guardarte duelo, para lamentar todo lo que te hicieron y que nadie, ni siquiera tú, merecías; pero entonces sólo sentí un rencor inmenso, la hoguera viva de tu egoísmo.

Cuando regresé al cenáculo con la gente de Caifás, continuó Judas, estaba vacío; creyeron que los había engañado y estuvieron a punto de llevarme a mí ante el sanedrín, pero los convencí de que habían ido a hacer las oraciones a otra parte; incluso pensé que estarían aquí, pero era tarde, así que pensé en el Huerto de los Olivos.

Judas creía que los habías apartado de todo deliberadamente, para que te aprehendieran sin mucho revuelo y la

revolución no se adelantara. Ahí te encontró, mirando al cielo mientras los demás dormían. Corrió a abrazarte, emocionado, como si la gente del sumo sacerdote no estuviera ahí, y te dio un beso en la mejilla. El beso, decía, que no le dio a su padre, ni a su madre, ni a hermano o mujer alguna; el beso que Isaac debió darle a Abraham cuando lo salvó del sacrificio, y en el que iban guardadas todas las profecías. Te besó con la esperanza de que el próximo beso te lo daría en las manos, cuando la corona de Antipas estuviera en tu frente, cuando esta tierra estuviera libre de los romanos, cuando todas las promesas se cumplieran.

Su última frase murió sofocada en un simulacro de llanto al que ya no le quedaban lágrimas. Su cara era la pantomima patética del llanto seco, un recuerdo de la higuera que secaste antes de irte a morir. Él me abrazó, dijo Judas entre sollozos, y los matones del sumo sacerdote vinieron a separarnos a la fuerza. A él lo arrestaron, y a mí me empujaron a un lado. Los otros se habían despertado, asustados, y Simón, en cuanto entendió lo que pasaba, le robó la espada a uno de los hombres de Caifás y lo hirió; los demás desenvainaron y se aprestaron a arrestarlos a todos, así que huyeron; lo dejaron solo; incluso Simón, incluso Juan; nunca debió confiar en los galileos...

No quise recordarle que también tú eras galileo, y que su prejuicio de rico te alcanzaba lo mismo. Dedicaría muchos otros días a tratar de entender cómo un keriote de la clase alta educada había terminado por unirse a tu pequeña secta. Era evidente su odio contra la ocupación romana, y su fe en las profecías, pero había un área gris en su amor por un milagrero salido del lodo del norte, en el que él veía al próximo rey de Judea. Hacía una semana no me lo habría preguntado, pero ahora, con Judas roto en cristales entre mis brazos, las preguntas brotaban de la tierra. Quién era este Judas, hijo de Simón, que en otras circunstancias no se habría detenido a mirarte, y que te había llevado, según su propia confesión, a morir como sólo mueren los esclavos traidores. De pronto

él, tu mejor amigo, me miraba a mí, y las orillas de su alma no cesaban de derrumbarse mientras terminaba su relato. Te llevaron de aquí a allá. Primero con los saduceos. Caifás y su suegro, Anás, ese viejo repugnante que había sido sumo sacerdote y tenía la nariz bien metida en el sanedrín. Luego, con Poncio Pilatos, el procurador romano, que te envió con Herodes, que a su vez te devolvió a Pilatos, como si, en medio de las fiestas, nadie tuviera tiempo para ti. Judas sufrió, decía, cada uno de los golpes que te dieron, pero nunca dudó de ti. Esperó el momento en que los ángeles bajaran y sus espadas se posaran, por fin, sobre las nucas de los romanos, frente a los peregrinos de todo el mundo.

Pero tu Reino tampoco llegó de esa forma.

Pilatos lo condenó a muerte, dijo al fin Judas. El procurador dio un discurso hipócrita que dejaba la responsabilidad en manos judías, como si él mismo no fuera el más sanguinario de los procuradores, como si no hubiera aplastado las insurrecciones de los zelotes a la menor provocación. Tu amigo se miró las manos, y su cuerpo empezó a temblar, a respirar con una rapidez indigna, a echar saliva. Era un hombre tres veces desolado, y de su boca salía el sonido que haría la amargura si fuera un animal salvaje, un sonido que venía del vientre de su vientre.

Me traicionó, escupió entre el llanto.

Judas me abrazó otra vez, con un abrazo violento que casi me arranca un grito de dolor; mi piel era un pergamino y sus manos fuego. Él había esperado hasta el último momento, escondido; te vio crucificado en el Gólgota, sin perder la esperanza, hasta el instante en que tu cuerpo se retorció y tu cabeza cayó de lado. Se levantó y, sin verme ya, sin importarle ya mi presencia, se dispuso a seguir corriendo hacia donde se dirigía antes de encontrarme. Lo tomé del manto para detenerlo, pero mi fuerza era poca, infantil, y me arrastró al piso. Se percató de mí, como sorprendido, y me ayudó a levantarme. Jesús me usó, dijo, de pronto claro, grave; nos usó a todos; a ti también. Y se

fue, como una hoja con el ventarrón. Lo vi perderse entre los olivos, y nunca supe qué fue de él.

El cuerpo me dolía, por la caída y porque algo del dolor en el alma de Judas se me había contagiado. Escuché mi nombre a mis espaldas.

Eran mis hermanas, que llegaban.

Parecían más viejas. Habían llorado.

La única crucifixión que presencié ocurrió en el camino a Caná, cuando tenía poco más de diez años. Más que un castigo, la crucifixión es un espectáculo, como sólo podía ocurrírsele a los romanos.

A veces, sobre todo después de alguna crisis de salud, mi padre me hacía acompañarlo adonde revendía las telas, para que conociera los derroteros del negocio que un día sería el mío. Entonces eran tiempos convulsos para Israel, como lo fueron siempre, y como vaticino que lo serán por los siglos venideros, si algún día se levanta de las cenizas. Se vivían los últimos estertores de la más reciente revuelta judía. Hacía unos años, un hombre llamado Judas el Galileo se había levantado en armas contra la ocupación romana al norte de Israel, después de que se ordenara el destierro del hijo de Herodes y un nuevo censo. Entonces tú y yo éramos unos niños y las historias pertenecían a otra gente, pero también en aquel aspirante a libertador pusieron muchos judíos su esperanza, como la pondrían en ti años más tarde. Sin embargo, la revuelta estaba destinada al fracaso. Ese país era, como yo, un niño enfermo, siempre a la sombra de los otros. Aunque les llevó algunos años, los romanos sofocaron las guerrillas de Judas y sus seguidores, que fueron perseguidos, torturados y asesinados en cada región de los levantamientos.

Séforis estaba en ruinas, y muchos de los compradores de telas huyeron a otras ciudades, Caná entre ellas. Mi madre le había pedido a mi padre que no me llevara con él mientras el conflicto no terminara de enfriarse, pero él, sin responderle una

palabra, impuso su voluntad. Yo iba montado en la mula, y él iba a pie, en silencio, quizá temeroso de tener que lidiar con una de mis crisis, quizá tan sólo sin saber de qué podría hablar conmigo. Al salir de una curva en el camino, distinguimos a lo lejos lo que parecía una pequeña caravana. Pero no se estaban moviendo, y tampoco tenían las tiendas puestas. Cuando nos acercamos más, vimos que la gente en realidad no era tanta, y que estaba reunida en torno a un árbol viejo. Casi todas eran mujeres.

En el árbol había un hombre, con los brazos extendidos sobre una tabla de madera que alguien había clavado al tronco igual que clavó luego las manos y los pies de la víctima. A un lado, tres soldados romanos trataban de descifrar en las plegarias de las mujeres, en una lengua que ellos no entendían, algún matiz que sugiriera insurrección. Nunca había visto a un muerto, pero no imaginaba que fueran tan pesados; el cuerpo hinchado, el pecho y la cabeza atraídos por la fuerza invisible de una tierra que los reclamaba. Lo único que daba impresión de ligereza eran las piernas, que estaban rotas, las patas de un insecto. Me volteé para ver si mi padre veía lo mismo, pero él me miraba a mí. Ven, dijo, y arreó a la mula. Nos acercamos. Yo no quería verlo de cerca y tampoco podía dejar de verlo. Uno de los soldados se interpuso. Vamos a orar por él, lo tranquilizó mi padre, que masticaba un poco de latín.

De la boca del hombre muerto escurría una saliva roja, espesa, que el polvo se tragaba con prisa. Mírame, dijo mi padre, tenso, de cuclillas frente a mí. Esto es la voluntad del Señor Dios. Por qué el Señor Dios quiere eso, pregunté, concentrándome en contener el llanto. Dios conoce el pasado y el futuro, dijo, porque para Él no existe el tiempo, conoce la razón de todo, y a nosotros nos queda sólo confiar en Su voluntad. Yo tenía diez años. Hacía algunos meses que el rabino de la sinagoga había empezado a hablarnos no sólo de matemáticas y de historia, sino de Dios, en términos similares a los que ahora usaba mi padre. Dios lo sabe

todo, decía también el rabino. Es un silogismo simple: si Dios lo sabe todo, el que deposita su confianza en él está excusado de devanarse los sesos. Si ese hombre estaba colgado de un árbol, con las piernas rotas y la sangre sucia manando de su boca, sería por una razón buena que yo no conocía, pero el Dios de los Ejércitos sí, y yo podía quedarme tranquilo. Esas reglas del juego de la fe le servían a mi padre para explicar desde por qué la leche un día era agria hasta por qué vivíamos bajo el dominio de un pueblo extranjero: Dios sabe, y basta confiar en Él. Ahí, con mis diez años, junto al hombre destruido por aquel tormento especialmente cruel, no tenía más remedio que creerle. Huir de la fe implicaba la necesidad de indagar, por mis propios medios, cómo era posible que un ser humano hiciera algo así con otro.

Así que creí. Y pude contener las lágrimas.

Cuando volvimos de Caná, tres días después, mi padre estaba de buen humor. No contó nada a las mujeres, pero sacrificó dos pichones, y mandó matar un macho cabrío para comerlo una vez pasado el Shabat.

El cuerpo del animal, abierto a las brasas, me recordó el cuerpo del hombre clavado al árbol.

María ni siquiera me miró. Fue hacia la parcela junto a la casa y se puso a dar lamentos y a untarse tierra en la túnica, el manto y la cara. Fue Marta quien me rescató del desconcierto. Me llevó adentro, sin decir nada. Le pregunté qué día era.

Viernes.

Ya dentro, al fin, Marta llenó los huecos que Judas, en su ensimismamiento, había dejado sembrados por todo su relato.

Los romanos te habían crucificado en acuerdo con el sanedrín. Todo había sucedido en unas cuantas horas. Ambas habían estado ahí, en el cerro que llamaban Gólgota, un lugar en el que yo nunca había estado, pero que me imaginaba como un alto jardín al que en vez de rosas le crecían cruces, y que estaba plagado de ellas, cruces nuevas y cruces viejas, utilizadas siete veces, setenta veces siete, barnizadas de sangre judía, algunas ocupadas todavía.

Mis hermanas se habían enterado por unos vecinos de que estabas en la casa de Pilatos, y de que Caifás pedía tu muerte. Cuando llegaron a las escalinatas del palacio, te vieron en la cima, con dos soldados a cada flanco. Marta se detenía en cada detalle. Te habían azotado y te habían vestido parodiando a un monarca, con un manto púrpura, un cetro viejo y un enjambre de espino trenzado a modo de corona. Aquello sería una burla no tanto para ti, sino sobretodo para la gente que había visto en ti a un libertador, gente como Judas el Keriote, como los insurrectos zelotes o como los pobres y los marginados que preferirían también al siguiente Mesías, y al siguiente después de ése, antes que a los romanos.

Yo me imaginaba la corpulencia de Pilatos acechando tu cuerpo disminuido por los golpes. Te haría preguntas, pero tú te negarías a contestar, quizá todavía aturdido por los azotes. Tu silencio encendería los ánimos de los saduceos, quienes a su vez arengarían al pueblo. Marta estaba segura de que los habían comprado de antemano. Después de que el procurador se deslindase de la responsabilidad, te sacaron del palacio cargando una cruz. A Pilatos le venía muy bien tu condena, pensaba mi hermana. Era una advertencia para los zelotes que habían empezado a levantar sus fatuas guerrillas contra Roma en tu nombre, llamándote "rey de los judíos", lo que seguramente lo ponía en una situación embarazosa con el emperador. Te condujeron cuesta arriba, lento, lento, lento, tanto que los soldados se aburrieron y obligaron a un cireneo que presenciaba el espectáculo a cargarla por ti. Luego, llegaron al Gólgota. Más que una ejecución, decía Marta, indignada, era una romería. Había gente vendiendo castañas y animales. Había gente que comerciaba y reía. Había gente en calidad de público, como la hay siempre en las ejecuciones romanas. Había cruces, muchas, de todos tamaños, algunas rectas y otras adaptadas a los árboles que vivían en el monte antes de que lo colonizara la muerte. Había, en algunas de ellas, despojos humanos, cuerpos incompletos de hombres y mujeres, esclavos insubordinados, soldados desertores, pervertidos y conspiradores, reducidos por la fauna necrófaga. Los verdaderos deudos eran apenas una mancha accidental. Nadie más que mis hermanas; Juan, tu discípulo más joven, y tu madre, María de Nazaret, además de algunas otras mujeres. De tus amigos no había rastro, ni siquiera de Simón el pescador.

Ni siquiera del keriote, dijo Marta.

Y yo me guardé lo que sabía.

Lloraron y se apretaron unas contra las otras, con tanta fuerza que parecería que querían fundirse todas en una sola mujer, más grande, más resistente a la tristeza, cuando los soldados

te extendieron sobre la cruz y te atravesaron la palma de la mano derecha con un clavo de fierro. Un tercer soldado tuvo que intervenir porque, tras el primer clavo, luchabas con todas sus fuerzas para evitar el segundo. Tenías miedo. Sacrificabas, humillado, todas tus prédicas de paz espiritual en el altar del dolor físico, de la sangre que lloraba tu mano derecha, de los gritos que esperaban en tu garganta desde el día de tu nacimiento, y que manaron como una plaga de langostas cuando por fin los soldados te sujetaron el brazo con una cuerda y fijaron el segundo clavo de tres martillazos. Terminaron de desnudarte, como corresponde a la ignominia de los crucificados. Y después tomaron las piernas, que, apuntaba Marta, ofrecieron menos resistencia. Pusieron uno de tus pies sobre el otro, y usaron un solo clavo, más largo. Tus rodillas quedaron flexionadas, de forma que al recargar el peso de tu cuerpo en los pies te vieras obligado a echar el tronco hacia adelante, lo que te causaría el cansancio y la asfixia que te matarían.

Pensé en el crucificado del camino a Caná. Le pregunté a Marta si te habían roto las rodillas. No, dijo, a él no.

No les dio tiempo, dijo María, que de pronto estaba de pie en el umbral de la puerta. Ya no lloraba, pero tenía el cabello revuelto y lleno de tierra. Se cubrió el pecho con la túnica rasgada, por pudor. Había otros entonces, pregunté. Marta asintió. Murió demasiado rápido, dijo María, no soportaba el dolor. Gritaba alzando la cara y preguntaba por su madre y por su padre, como si José de Nazaret no hubiera muerto hacía años. María, su madre, estaba segura de que el dolor lo había hecho perder la razón.

Al final, vino la asfixia. Después de todo, no sólo compartimos el silencio, sino también la falta de aire. Tu pecho se llenó de convulsiones, se volvió una danza de costillas rotas, tus gritos se convirtieron en estertores sordos, en toses lastimeras. Y eso fue todo.

Está muerto, dijo María, como si lo descubriera apenas, como si lo descubriera otra vez. Un soldado, añadió Marta, te clavó una lanza en el corazón, para asegurarse, y ya no te moviste.

También cuando te conocí estabas enemistado con la casta sacerdotal.

Tú, como todos los muertos, no recuerdas. Pero yo sí. Tendrías unos doce años, y yo nueve, igual que tu hermano Santiago. Yo solía ir a la escuela en la sinagoga de Magdala, pero entonces estaba en Galilea un rabino muy conocido, llamado Zaqueo, y mi padre me envió a escucharlo. También tu padre José, el artesano, los había enviado a ustedes desde Nazaret. A Santiago lo conocí primero, y siempre me cayó mejor.

Como éramos bastantes, Zaqueo se sentó en un taburete afuera de la casa de un rabino local, y nos pidió que nos sentáramos en la tierra, en torno suyo. Santiago se sentó a mi lado, me preguntó mi nombre y me dijo el suyo. Me preguntó si yo era rico, y no supe qué contestarle. Éste es mi hermano, Jesús, me dijo luego, y te señaló. Me saludaste con cortesía, pero sin mucho interés.

Zaqueo hablaba lento a propósito, como si todos fuéramos idiotas o nativos de otras lenguas. Hacía un gran esfuerzo por caernos bien, pero se notaba que no trataba seguido con niños. Todo el tiempo pasaba la gente por la calle y nos lanzaba miradas de ternura, ésas que en los adultos son como limosnas. Zaqueo, para romper el hielo, nos preguntó el alfabeto griego. Cuál es la primera letra del alfabeto, dijo gesticulando. Alfa, respondimos todos. Y la segunda. Beta, dijimos de nuevo. Tú levantaste la mano. A pesar de que tus ropas eran pocas y viejas, ibas muy limpio en comparación con la versión de ti que conocí muchos años después. Tu rostro era afable, pero tus gestos, como tus

ojos, eran de la misma violencia que conservaste hasta el final. Eras un adolescente prematuro, no parecías caerle bien a la gente, y lo más probable es que tu padre el artesano tuviera problemas seguido por causa tuya.

Cuál es el valor de alfa, rabí.

La pregunta, dicha sin malicia, le provocó una sonrisa al maestro, que vio la oportunidad de desplegar una lección. A estas alturas ya deberán saber, empezó, que a diferencia de la lengua hebrea, en griego no asignamos un valor numérico a cada letra. Santiago y yo asentimos. Los demás asintieron. Éramos una parvada de patos en torno a la madre. Todos menos tú. Está equivocado, dijiste, sin la inocencia de tu pregunta inicial. Esa falta de respeto a un mayor habría bastado para que cualquier otro rabino se levantara y se desgarrara la túnica, pero Zaqueo, a pesar de sus modos de bufón, era un hombre inteligente. Trató de cercar la ira de su rostro con una sonrisa, y suspiró por la nariz.

Cuál es tu nombre.

Jesús. De Nazaret. Hijo de José, hijo de Elí.

Por favor, explícanos cómo es que estoy equivocado, Jesús de Nazaret, hijo de José, si es que tú, entre todos los hombres, conoces el valor de alfa.

Santiago era entonces un niño muy bajito, delgado como sería siempre, y con un aire de fragilidad que casi rivalizaba con el mío. Pídele perdón, te susurró, tirando de la manga de tu túnica. Yo, que veía en Zaqueo, como en otros rabíes, una autoridad similar a la de mi padre, secundaba la moción, aunque me quedé callado. Pero tú lo ignoraste con una sonrisa.

El valor de alfa, dijiste, está en su trazo, rabí, en cómo éste se junta y luego se separa; su valor está en la proporción, a estas alturas ya debería saberlo.

Sin duda, fue demasiado para el anciano, que se levantó, empujando a otro niño con la mano abierta para alcanzarte. Los

demás nos hicimos a un lado, y los más pequeños se echaron a llorar. Algunos adultos que iban pasando se dieron cuenta del escándalo y se detuvieron a ver. Zaqueo te tomó por el pecho de la túnica y te lanzó una mirada efervescente. Tu padre no te ha enseñado a respetar a los que han vivido más que tú, dijo; vuélvete a tu estercolero de Nazaret y no salgas nunca de ahí. Sin ver a nadie más ni decir otra palabra, el rabino recogió su taburete y se metió a la casa, dando un portazo. Santiago me miró, triste. Los demás guardaban silencio. En tu cara había satisfacción y también miedo. De pronto éramos una parvada de patos perdidos.

Volví a Magdala sin la lección que mi padre esperaba. Le expliqué lo sucedido, pero no le conté que Santiago y tú eran parientes. Por esa razón, tuve permiso de que tu hermano y yo nos encontráramos un par de veces más, cuando sabía que mi padre pasaría por Nazaret y lo acompañaba.

Aquel día te conocí, y ese mismo día, por primera vez, el curso cotidiano de mi vida cambió por culpa tuya.

Por qué a ti, me preguntaba. Qué tenías de especial para que te condenaran a una muerte semejante.

Marta me contó que la semana anterior habías armado un escándalo en el Atrio de los Gentiles: te untaste las manos en la sangre de los animales del sacrificio y echaste abajo las mesas de los cambistas y los comerciantes. Cuando algunos sacerdotes te salieron al encuentro, los llamaste hipócritas, les recriminaste haber convertido el Templo en un negocio, y aseguraste tener mayor autoridad moral que ellos. Eso era difícil discutírtelo. Podríamos destruir este templo suyo, dijiste, y yo construiría uno nuevo en tres días. Marta creía que éste había sido el colmo para los fariseos.

Hasta entonces, el único partido de la cúpula sacerdotal que recelaba tu nombre eran los saduceos. Es posible que incluso lo hubieran ninguneado las primeras veces que lo escucharon; a fin de cuentas, no eras más que un milagrero, otro más, salido de un barrio bajo al norte de Israel. Pero luego comenzaron a escucharlo más seguido, supieron que eras algún tipo de fariseo liberal de influencias esenias, una versión edulcorada de Juan el Bautista, que vivía en el desierto comiendo lagartijas, como un asceta. Finalmente, cuando se informaron mejor, se enteraron de que promovías una teoría de la vida después de la muerte, una versión judaizante de ideas helénicas, que prometía eso que llamabas "el Reino de Dios" a todo aquel que se adhiriera a su movimiento. Hablabas incluso de una "resurrección de la carne", y fue entonces que de verdad te voltearon a ver. Los saduceos, que no creen en ningún tipo de resurrección, no te iban a pasar

por alto. Los fariseos, por el otro lado, siempre fueron menos intransigentes, y quizá por eso en general te habían ignorado, pero aquel exabrupto de soberbia, esa blasfemia tuya sobre el Templo, logró lo que nadie: poner de acuerdo a ambas facciones. Tal vez, me costaba admitir, algo tuvo que ver también el rumor de que habías resucitado a un hombre en Betania.

Sin embargo, fue aquella acción pública en el Templo de Jerusalén la te hizo emerger de pronto de la marea de profetas y hechiceros que se multiplican en Jerusalén como los males de Job. Sólo así me explicaba que tú hubieras llegado hasta la antecámara de una muerte ignominiosa frente al procurador, mientras todos los demás se hundían en el cómodo olvido que les tenía reservado la sobrepoblación del gremio.

Aun así, no estaba satisfecho. Trataba de asirte con todas las fuerzas que aún se escapaban por las llagas de mi piel, llagas que no habían sido hechas por los látigos de los romanos, como las tuyas, sino por los de la putrefacción. Nunca supe si tus decisiones eran fruto de tu magia o tu magia fruto de tus decisiones. Nunca entendí qué pasó entre la última vez que te vi en Nazaret, con tu hermano Santiago, y el día que entraste en Betania, convertido ya en el milagrero de Nazaret, el profeta, que iba a todas partes seguido por su séquito de pescadores analfabetas, de recaudadores de impuestos, de marginados y de enfermos; el que repetía en cada aldea un discurso que revertía las leyes de la lógica e invitaba a encontrar el Reino de Dios ofreciendo amor a quien da odio y esperanza a los que el orden natural de la sociedad les ha quitado toda; el que luego siguieron también algunos enemigos de Roma que entendieron lo del "Reino de Dios" de una forma mucho menos metafórica. A partir de ahí, imagino, todo se salió de control. Los saduceos y los fariseos aprovecharon que tu nombre empezó a repetirse también entre algunas células antiromanas, y para deshacerse de ti acudieron a Pilatos, que no se saciaba nunca de sangre judía.

No eras ni siquiera un mal judío, tan sólo uno muy ruidoso. Quizá, todo se reducía a una suma desafortunada de circunstancias. Si el procurador hubiera sido otro, si los fariseos hubieran estado en el poder en lugar de los saduceos, si Judas el Galileo hubiera retrasado su revolución unos años —después de todo, también de él dijeron que era el Mesías—, habrías pasado inadvertido. Quizá también todo acababa en un hombre al que tomaron demasiado en serio. Un hombre muerto en una cruz de silencio, entre el ruido de la romería. Un hombre cuyos amigos abandonaron y cuyas palabras se perdían con su muerte. Quizá todo había sido un mal cálculo. Quizá no creyeras que tu mensaje merecía el sacrificio de tu vida.

Habías creído, eso sí, que tu mensaje merecía el sacrificio de la mía. Habías creído que tu mensaje valía el sacrificio de destinarme a morir dos veces.

Una vez le pedí a mi padre una cítara. Nunca, desde que vi al músico de Simón el Mago tocar, años atrás, me olvidé de aquel tarareo tranquilizador. En mi recuerdo, no era más mágico lo que hacía Simón con los huesos que lo que hacía el músico con las cuerdas. Fue quizá la única ocasión en que deseé con vehemencia algo para mí.

Marta, que era ya prácticamente una adolescente, creyó que era una buena idea, se puso contenta y me animó a hablar con nuestro padre.

María, todavía una niña, no sabía qué era aquel instrumento, así que Marta y yo tratamos de ilustrárselo con un trozo de madera e hilo de cáñamo. María se reía, con esa risa que se desgajaba como una mandarina tierna.

Noemí estaba segura de que yo tendría talento para la música porque, decía, al nacer había tenido un llanto muy musical.

Mi madre también estuvo de acuerdo. Entrevió en mi curiosidad una medicina, no sólo para distraerme de la enfermedad, sino también de mi simpleza.

Mi padre frunció el ceño. Dijo que a mi edad debía ocuparme de atender mis deberes en la escuela de la sinagoga, y no pasatiempos propios de los pobres. Mi madre intervino por mí, y él, que a pesar de su severidad la amaba como a nadie, relajó la firmeza de su negativa.

Ya veremos, dijo. Con el paso del tiempo, yo sabía, eso se convertiría en un sí.

Pero no tuvimos tiempo. Pronto las cosas cambiaron para siempre, y yo mismo olvidé todo lo relacionado con la cítara.

La tarde del día que moriste fue lúgubre, lúgubre, lúgubre. El silencio era el hombre de la casa. Su dominio se dejaba sentir lo mismo adentro que fuera de ella. Mi padre la había construido casi a las afueras de Betania no sólo para orientarla hacia el Templo de Jerusalén, sino porque para entonces necesitaba la soledad.

María se quedó dormida, y Marta se entretenía en cualquier actividad sin sentido real: barrer, quitar cosas de un lugar para volver a acomodarlas luego, ir a la aldea a comprar leche, fingir preparar para el Shabat lo que ya estaba listo. Yo me quedé un tiempo sentado junto al olivo que oyó el relato del keriote, pensando, por fin pensando en otra cosa que no fuera la peregrinación de lamentos que era mi propio cuerpo. Pensaba también en mi madre y en mi padre, muertos y enterrados. Pensaba, mientras caía la noche sobre Betania y sobre el viento que seguía llegando desde el Jordán, en mi infancia en Magdala, en el Castillo, en Noemí, en las telas que vendía mi padre, en mis hermanas y sus risas vírgenes, en mis hermanas y los juegos de los que me ausentaba cuando estaba enfermo; en quiénes éramos y cómo era que lo habíamos perdido todo, capa por capa, incluido a ti, cuando apenas te habíamos encontrado.

Me quedé ahí hasta que anocheció. Desde que volví a la existencia, desarrollé una habilidad para la quietud; desde entonces puedo pasar horas contemplando un solo punto en el paisaje, estudiando cada línea hasta que el conjunto pierde sentido. Mis hermanas me miraban, desde el umbral de la casa de Betania, y sabían que debía volver dentro para la ceremonia del

Shabat, pero no me apresuraron. El cielo se ponía oscuro. Empezaba el segundo sábado de mi segunda vida.

Mi cuerpo aún tenía tantas llagas y dolores que no me di cuenta, pero más tarde descubrí que se había ido para siempre la enfermedad de mis pulmones.

Tenía catorce años. Mis padres regresaban de la sinagoga. Yo tenía derecho a ir con ellos y de hecho tendría que haber estado en clase con el rabí, pero el día anterior había tenido una crisis fuerte, y me dejaron al cuidado de Marta. Afuera del Castillo pacía una luz color de espiga, y dentro, Marta vigilaba desde una ventana, tejiendo, mientras María y yo jugábamos con unas canicas de hueso de oveja que Marta había conseguido en secreto. Mi madre recelaba de las canicas porque decía que ésos eran juegos de adivinos, y por eso sólo las jugábamos a escondidas. Conforme crecíamos, el juego trataba menos de las canicas y más del secreto. María lanzaba una canica, que rayaba el silencio fresco del piso e iba a chocar contra las demás. Una vez, silencio, otra vez. Nos descalzábamos para jugar, así nuestros pies no hacían ruido cuando nos cambiábamos de lugar. Era un juego de concentración, como hilar con cada tiro una red de quietud que luego evitábamos pisar. Una vez, silencio, otra vez. La red entonces se volvía una alfombra que amortiguaba el ruido que hacían nuestras infancias al caer. Y en esos manantiales de tiempo Marta era feliz, y yo no estaba enfermo, y María olvidaba las angustias dulces de sus once años.

Luego, Marta desgarraba el silencio, siempre a su pesar, cuando veía por la ventana que a lo lejos se acercaban las siluetas de nuestros padres bajo el dorado del día. Entonces guardábamos las canicas en su saquito de manta. Te gané, decía María, mientras corríamos hacia la puerta para recibirlos, y yo no la desmentía.

Aquel día salimos los tres y caminamos por el sendero que bajaba de la colina en la que estaba incrustado el Castillo,

y que estaba cercado por arbustos y por las higueras que mi padre había sembrado con su padre, Ananías. Los encontramos a medio camino.

Mientras volvíamos a la casa, él nos contaba de lo que había sucedido en la sinagoga; nos cantaba las alabanzas con su voz desafinada, nos explicaba los fragmentos de la Torá y de los profetas que se habían leído. Era un hombre respetuoso de la ley y, sin embargo, cuando se dejaba dominar por la emoción, hablaba para todos, aunque mis hermanas, por ser mujeres, tuvieran prohibida la enseñanza religiosa. Mi madre callaba, puesto que no tenía permitido entrar al salón de la sinagoga en la que se leían las escrituras. Escuchaba, como nosotros, como una hija más. Aquel día, contaba mi padre, el rabino había sacado el libro de Daniel de su filacteria y había leído el pasaje en que el profeta sueña un gran árbol. A Daniel yo lo había estudiado en clase, como quizá también tú en Galilea, y era para nosotros conocido que el árbol enorme de abundante fruto que servía de casa a las bestias simbolizaba el reinado del rey Nabucodonosor, pero también y más importante, aseguraba el rabí, la promesa de Dios. Lo mismo decía ahora mi padre. Y, entonces, yo creía.

Estábamos por llegar al Castillo cuando mi madre se detuvo. Algo se le había metido entre la planta del pie y la suela de la sandalia. Apúrate, mujer, dijo mi padre, con una sonrisa. Mi madre se recargó en uno de los arbustos que crecían entre higuera e higuera para quitarse la sandalia y restregarse la palma del pie con la otra mano. Mi padre, en lugar de esperarla, se volvió por ella. Otros padres caminaban sin mirar a sus esposas detrás de ellos, pero no el mío. Mi padre era un hombre conmigo y otro muy distinto con mi madre. Mis hermanas y yo la esperábamos, divertidos. Ella sonreía también. Mientras limpiaba la planta del pie, le extendió la sandalia a mi padre, como dicen los rabíes que en otros tiempos hacían los judíos para sellar el cambio de propiedad, como hizo Booz cuando compró de Noemí

todas las propiedades de Elimelec, de Quelón y de Malhón, incluida la viuda de este último, y dijo a los presentes, con la sandalia en la mano: son ustedes testigos.

Quizá fuera el movimiento del arbusto lo que asustó a la serpiente, una pequeña víbora negra y brillante, un chisguete de grafito líquido que brotó del verdor, del árbol enorme que es la promesa de Dios y en el que caben todas las bestias mortíferas del orbe. Mi madre no hizo ningún ruido, pero la sonrisa se le borró de un momento a otro, como si fuera ésta también una víbora escurridiza que se le había escapado del rostro.

Ciro, dijo, mirando a mi padre.

Fue la primera en perder la sonrisa. Después, mis hermanas y yo. Por último, él. Ella le mostró el antebrazo apenas decorado por la profecía de la muerte. Me mordió una serpiente, le dijo, como si dijera otra cosa, más breve, más fácil de entender, como si a su vez, con esa frase, lo mordiera ella a él.

El animal, dios impune, se perdió colina abajo. Mi padre cargó a mi madre y corrimos todos a la casa, aterrados. Mis hermanas y yo entendíamos. No queríamos creer, pero entendíamos. No hizo falta que mi padre mandara a Marta a buscar un curandero, porque ella ya estaba en camino a la plaza de Magdala. María y yo permanecíamos a un lado, viendo a nuestra madre palidecer y, luego, empezar a mascullar frases húmedas, sin sentido, mientras nuestro padre perdía solidez, se volvía de un material blando, líquido, que tomaba forma en la impotencia que lo contenía.

Yo no pude contener el llanto, y él no me reprendió. Pronto María estaba llorando también.

Marta regresó sola, huérfana; después nos confesaría que no había ido lejos, que apenas se adentraba en la aldea se dijo que no tenía nada que hacer ahí, que de nada servía, que tenía que volver, que no se perdonaría no estar cuando ocurriera.

Y, como siempre, Marta tenía razón.

El dorado del sol pesó sobre el Castillo todavía una hora.

Euca, mi madre, de quien tengo ahora sólo un recuerdo nebuloso, murió esa misma tarde.

Cuando expiró, mi padre sostenía aún la sandalia entre las manos.

Mis hermanas guardaban el sábado desde muy temprano. Yo no tenía otra opción.

Recordaba que tú tenías un desdén particular por la Ley del Sábado. Permitías a tus amigos arrancar espigas durante el día sagrado, para retar a los levitas. No sólo eso: habías resucitado un muerto el día en que estaba prohibido hasta atarse las sandalias. Entonces compartía tu desprecio por la ley, pero no, como había sido tu caso, por la certeza de que el Reino de Dios estaba por encima de toda ley, sino porque para mí, pasado el filtro de la muerte, carecía completamente de sentido. A veces envidiaba la seguridad de los rituales, que me parecían juegos inocuos, y a mis hermanas, que me parecían las mismas niñas de Magdala, siguiendo el juego con seriedad. Tampoco se había ido la estela de luto que dejaste en la casa de Betania, así que la casa era un bloque sólido de silencio, y nosotros tres grietas imperceptibles.

Esperaba el amanecer sentado a la mesa, mirando su superficie como si la viera de lejos, desde la cima del Sinaí. Era un Moisés que había subido al monte y bajado con las manos vacías. Me preguntaba si así sería la vida desde entonces. Marta se escondía para llorar. María lloraba sin pudor. Yo no lloraba. Incluso intentándolo, no podía. Me concentraba en tu dolor, en lo que le hicieron a tu cuerpo y en la dilución de tu dignidad en sangre; en lo que debió sentir tu madre, en la pena de María, huérfana de padre, del que era yo, de ti; en Israel, sometido por los romanos, en los muchos judíos colaboracionistas que creían preferible un gobierno romano al caos perpetuo de nuestro propio pueblo; en

los muchos otros que, por el contrario, habían muerto una muerte violenta en sus esfuerzos pueriles de liberar las tierras ocupadas desde años antes de que tú o yo naciéramos. ¿Qué eras tú sino un estornudo entre revoluciones? ¿Y qué era, por lo tanto, yo? Pero la muerte me había secado los ojos. Aun si hubiera logrado derramar una sola lágrima, habría sido por la añoranza de volver a la nada sin dolor, o al tiempo anterior a la muerte, cuando al menos tenía la fe para cobijarme. En cambio, mi cuerpo recordaba el hambre, anhelaba las sobras del Shabat. El hambre, ese síntoma irreparable de estar vivo.

Y tocaron a la puerta.

Marta corrió a abrir. En el umbral estaba un anciano vestido con el manto sobre la cabeza. El cinto que le amarraba la túnica era de lino bordado; era un hombre rico. Tardé un momento en reconocerlo, y no fue hasta que vi su rostro, deformado por el cansancio de la caminata y el miedo, que reconocí a José, el fariseo de Arimatea, un miembro del Sanedrín al que frecuentemente me encontraba en el Templo cuando iba a ayudar a los ancianos a copiar libros. Entró de inmediato, antes incluso de que lo invitáramos a pasar; se quitó el manto de la cabeza y se quedó mirándome sin cambiar de expresión.

Entonces es cierto, dijo. Está vivo, añadió, mirando a Marta.

De inmediato se percató de sus malos modos y trató de subsanarlos con abrazos quizá demasiado envolventes. Fue de nuevo hacia mí y titubeó antes de tocarme; sus manos dibujaban un aura de duda en torno a mis brazos; luego las posó sobre mis hombros con cuidado. Desde el sábado anterior en que la multitud partió a Jerusalén tras de ti, sólo Marta, María y Judas de Keriot me habían mirado, pero los tres confiaban en tus obras, y había en sus ojos gratitud, miedo, la confirmación de su fe, pero no maravilla. José me miraba aturdido, deslumbrado por la opacidad del resucitado.

Empezó a decir algo, pero las palabras se le amontonaron en la boca. Terminó por sentarse en una silla. Puso los codos

sobre la mesa y la cara entre las manos. Mis hermanas y yo custodiábamos el silencio, llenos de expectativa, con la huella del temor que dejan las tragedias. Pueden darme un vaso de agua, suplicó, y Marta corrió a traerlo. Luego de bebérselo completo, tosió dos veces y suspiró una. Nos miró a los tres.

Tienen que irse de aquí.

Cuanto antes.

Hoy mismo, de ser posible.

Nadie preguntó por qué. Los tres sabíamos por qué, aunque pudieran eludirnos los detalles.

Marta dijo tu nombre como una sentencia, y José asintió apesadumbrado. Sin que se lo pidiéramos, empezó a contarlo todo. Hablaba dirigiéndose a mí, porque a pesar de haber estado muerto yo seguía siendo el primogénito, el de los oídos y la boca, aunque mi boca aun conservara un dejo de azul y mis oídos fueran cunas de costras.

Tú sabes que nunca confesé en voz alta mi simpatía por él, dijo; creía en sus palabras, incluso más que en sus prodigios.

José había escuchado de cómo ayudabas a los pescadores de Genazaret llenando sus redes por arte de magia, pero no fue hasta que visitaste Galilea y te escuchó hablar que entendió, decía, por qué la gente iba tras de ti. Hablabas de un reino que daría prioridad a los marginados, a los pobres y a los enfermos, pero no sólo a los enfermos de la carne, sino también a los del alma. Nunca creyó que fueras un agitador, sino acaso un fariseo demasiado flexible, alguien a quien con gusto habría tomado como discípulo, y estaba seguro de que tu desobediencia civil no era tanto rebeldía como candidez.

Me pareció que sería una buena cosa si todo lo que prometía se volvía realidad, dijo, pero nunca se lo dije a los demás ancianos; mi lugar en el Sanedrín se habría visto comprometido, y de todas formas mi oposición no podía nada contra la alianza en su contra.

Por eso, cuando te llevaron a comparecer ante Caifás, José se había fingido indispuesto. Sabía lo que querían hacerte. Habías roto demasiadas leyes, habías profanado el sábado, y habías retado al Sanedrín con tu provocación del Templo. Caifás, explicaba José, había dicho que convenía más que muriera uno a que muriera la nación entera. Y todo se cumplió según lo pactaron. Cuando te vio en la cruz, desfigurado, José sintió culpa. No había nada que pudiera hacer ya por ti, así que se le ocurrió una idea, y corrió a casa de Pilatos.

En vano, dijo María, amarga.

No estaba tratando de salvarlo, siguió el anciano; quería regalarle mi sepulcro.

Volvió a poner los codos sobre la mesa y a recargar la cara en las manos. Lanzó un largo suspiro. Era también un niño envuelto en sus ropajes caros.

Le pidió a Pilatos que le permitiera bajar tu cuerpo de la cruz y sepultarlo en un lugar que tenía reservado para él, no muy lejos del Gólgota, aunque lo suficiente para no parecérsele. El procurador dudó primero, pero luego reparó en sus ropas sacerdotales y quizá pensó que estaba con Caifás y los otros. Así que aceptó. Le dio un edicto firmado. Cuando volvió al monte, tu cadáver colgaba de la cruz con el costado atravesado por una lanza.

No saben, explicaba avergonzado, lo difícil que es bajar un cuerpo de una cruz romana.

Tenía sentido entonces que normalmente se los dejara ahí, suspendidos, hasta que solos empezaban a caerse a pedazos. Por eso, José se hizo ayudar de dos criados y de Nicodemo, un amigo suyo. Permitió que tu madre y Juan, el único de tus amigos que no huyó, besaran tu cuerpo cocido de heridas, antes de llevarlo al sepulcro. Luego envió a Nicodemo al Sanedrín para informarles de lo que había hecho, antes de que se enteraran por alguien más, aunque ellos ya sabían. Caifás se había presentado ante Pilatos poco después de él. Alguien había dejado correr el

rumor de que tus seguidores planeaban robar el cuerpo y decir a la gente que habías resucitado de entre los muertos, así que no querían perder de vista tus despojos. Pilatos, contrariado, le preguntó si no era eso mismo para lo que habían enviado al otro sacerdote, y no tardaron en deducirlo todo. Así que José fue ante ellos. Cuando aún caminaba por los pasillos de la casa de Caifás, los escuchó decir mi nombre.

Mi nombre. Ese nombre que ahora pronunciaba José de Arimatea y que había oído poco desde que lo dijeras tú al pie de la cueva, como si dispararas una flecha. Levántate y camina, habías dicho. Y caminé, pero sólo para quedarme quieto después. Ese nombre que, decía José, lo profería ahora también otra persona, un sumo sacerdote, un poderoso. Caifás, el jefe de los saduceos, de los escépticos de la vida después de la muerte, había hablado el nombre del resucitado de Betania. Marta y María tampoco necesitaron oír más de boca del anciano José. María se llevó las manos a la boca, y Marta comenzó a caminar de un lado al otro de la habitación. José no hallaba cómo seguir.

Vendrán por mí, dije.

Y por todos sus seguidores, contestó; ya ha comenzado.

La única razón por la que no estaban ahí todavía era que Caifás se negaba a creerlo, y acaso que era sábado, pero querría comprobarlo. Yo era el recordatorio vivo de tu existencia y de tus artes, y naturalmente no querrían que anduviera libre por ahí. Yo, por supuesto, no tenía la menor intención de ser embajador tuyo, pero eso era algo que los sicarios del sumo sacerdote no tendrían interés en comprobar.

Tienen que irse cuanto antes, dijo el anciano, aprovechar el día sagrado; Dios perdonará que lo profanen si es para salvar la vida, como perdonó a David cuando tuvo hambre y arrancó unos frutos en sábado, como deberá perdonarme a mí por venir a advertirles.

Y qué hay de usted, preguntó Marta.

Yo me voy con ustedes, dijo él; tampoco tengo muchas opciones.

Cuando se presentó ante el Sanedrín, José les reclamó el trato que te habían dado. Les dio los detalles de lo que había hecho, pero no les dijo dónde te había sepultado. Caifás hirvió en cólera y lo tomó de la túnica. Sabes bien, le dijo, que no podemos hacer nada contra ti, porque ya está avanzada la hora y el sábado está por comenzar, pero sabe también que tu castigo será equivalente a tu pena, y yo me encargaré de que tu cuerpo quede insepulto y se lo coman las aves. José le respondió, con las palabras del profeta, que sólo a Dios correspondía la venganza y la retribución. Y eso terminó de colmar la paciencia del sumo sacerdote. Dio la orden a dos de sus hombres de que lo tomaron uno de cada brazo, y lo condujeron a un cuarto sin ventanas junto a la casa, donde lo encerraron. Pero por la noche sobornó al guardia y salió; incluso le ayudó a cerrar con dobles cadenas la puerta, así creerán que había desaparecido por algún milagro y les daría qué pensar.

Hay que regresar a Magdala, dijo María.

Nadie debe quedarse en Israel, la interrumpió José.

Nicodemo había oído que los pescadores estaban escondidos en Jerusalén con tu madre y otros de tus seguidores. Uno de ellos tenía una finca en Chipre y, como no era conocido por los sacerdotes del Templo, se ofrecía a llevar a quien lo pidiera en una pequeña barca anclada en Jope.

Pero ésta es nuestra casa, dijo Marta.

Dios sabe que tienen derecho a morir en ella, si ése es su deseo, contestó José, categórico.

Chipre... Viviríamos entre gentiles, dijo María.

Esta vez hubo un silencio antes de que el anciano hablara.

Vivirán donde la sangre de Jesús no clame más sangre judía, contestó al fin.

Se hizo un nuevo silencio, ese silencio ruidoso de las cosas.

Nos vamos contigo, dijo al fin María, con una voz que no le oía desde mi vida pasada. No era fácil saber de dónde habían sacado sus ojos esa determinación negra y profunda, pero ni Marta ni yo la contradijimos, porque no había nada que contradecir.

El anciano se levantó, se ajustó el cinto de lino bordado y la faltriquera y se puso el manto sobre la cabeza. Los veré aquí mismo en una hora, dijo; no caerá el polvo de mis sandalias antes de que esté de vuelta; es posible que Caifás no haga nada hasta mañana, pero no nos podemos confiar.

Caminó hacia el umbral.

No lleven más que lo necesario, añadió, y salió por la puerta.

Durante los días que siguieron a la muerte de mi madre, mi padre no fue más que el simulacro de un hombre. De la piel hacia dentro era todo pena; de la piel hacia afuera todo le estorbaba. Después de enterrarla, volvimos al Castillo, dio algunas instrucciones, y se encerró tras la cortina de la cámara que antes ocupaban los dos. No salió ese día, y tampoco salió el siguiente. Marta trataba de hacerlo comer, pero no conseguía siquiera una negativa expresa. Al amanecer del cuarto día, un hombre que no era mi padre, que era mi padre pero no se le parecía, salió de la habitación y, sin decir nada, con las vestiduras rotas, con la cara llena de polvo, tomó un cayado y salió de la casa.

Ciro, hijo de Ananías, se había quedado solo. Padre de dos mujeres y de un hijo enfermizo, enclenque, incapaz para todo lo que excediese los límites de su mente y en general indigno de la primogenitura. Se había quedado solo porque su descendencia no era tal, y porque la mayor parte del amor que rara vez mostraba estaba concentrado en mi madre, cuya femineidad perdonaba porque no había salido de él. Se había quedado solo en la tierra y quizá también en el cielo, porque, a diferencia de aquel día en que vimos el cadáver de un hombre colgado de una cruz en el camino a Séforis, no dijo ésta es la voluntad de Dios, Dios sabe por qué hace las cosas. De la piel hacia afuera todo le estorbaba, incluidos nosotros. Marta, María y yo, el hijo que no merecía el nombre.

Al segundo día de su ausencia creímos que no volvería más. Mi padre no era un hombre a quien Dios se le aparecería en el desierto, no era un profeta, sino apenas un vendedor de telas que

compraba en Fenicia y llevaba a Séforis, un hombre cuyo pacto con su dios no estaba en los truenos y las carrozas de fuego, sino en la sana relación de no verse nunca el uno al otro. Si se iba para siempre habría sido por voluntad propia. Marta se hacía cargo de todo con la ayuda de Noemí, pero sabíamos que tarde o temprano alguien tendría que tomar las riendas del negocio, y la lógica de la sucesión recaía en mi hombría de catorce años porque nadie iba a comerciar en serio con Marta o María. Durante esos días viví suspendido entre el miedo y el dolor: la ausencia de mi padre me distraía de la muerte de mi madre como una ráfaga de aire caliente en el calor sólido del verano. Yo era un niño. Y, de súbito, todo el peso de Israel y sus costumbres me convertía en el protector de mis hermanas, su padre sustituto. Un padre niño.

No obstante, apenas tuve tiempo de saborear el miedo, de sentirlo barnizar mi paladar y asomarse a mi garganta. Mi padre volvió la noche del tercer día. Tenía la misma cara que cuando se fue, pero más sucia. No dio explicaciones, sólo que había ido a donde no vivía nadie. Pronto del miedo permaneció sólo el recuerdo, acaso la promesa, y de nuevo quedó sólo el dolor. A la hora de la cena, Ciro se sentó con nosotros y comió en silencio.

Vendí el Castillo, dijo. Mañana dejamos Magdala.

Luego se levantó y caminó hasta la habitación que había compartido con mi madre ahora muerta, muerta, muerta.

Al día siguiente, cargamos los burros con todo lo que pudimos llevar. Mi padre encargó a Noemí el cuidado de la casa, y dijo que mandaría a alguien por lo demás. El comprador del Castillo no se presentaría hasta la siguiente semana, pero él no quería pasar ni un día más ahí. Noemí no nos alcanzaría en nuestro destino; el precio por la casa la incluía. Mi padre no parecía siquiera advertir la confusión, el desconcierto que nos causaba todo, las pérdidas tan sobrepuestas, nuestra madre, nuestra esclava, nuestra casa. Sólo cuando estábamos ya en camino, María se atrevió a preguntar adónde íbamos.

Mi padre habló mirando hacia donde quedaba Judea, y nos dijo lo que quería que contáramos a nuestros nietos. Que Ciro de Magdala, hijo de Ananías, descendiente de la tribu de Benjamín, había perdido a su esposa y, como no pudo con la pena, vendió todo lo que tenía y se trasladó con sus tres hijos huérfanos a Betania, una pequeña aldea a sólo quince estadios de Jerusalén, donde nadie los conocía, y donde podría estar más cerca del Templo en el que habitaba el dios de sus padres, aquél de quien buscaba al mismo tiempo el consuelo y las respuestas.

Cumplida la hora prometida, José de Arimatea volvió. Con él venían el anciano Nicodemo y un hombre pequeño y enjuto, probablemente chipriota, además de otros judíos de mirada temerosa.

Éste es Bernabé, habló José, señalando al hombrecito, que inclinó la cabeza y levantó la mano derecha en saludo sutil, sacerdotal. La paz esté con ustedes, dijo. Un saludo apropiado para quienes habíamos perdido, antes que todo, la paz. Así saludabas también tú, con deseos de paz, pero no hay en lo que está vivo espacio para la paz; cuando se la evoca en la brisa ligera, en la primera hoja del otoño que acaricia el suelo, en la respiración transparente de quien duerme, todas esas cosas son apenas calcos burdos de la paz de la muerte. Había en aquel saludo la mejor de las intenciones y la mejor de las ingenuidades, credenciales ambas que legitimaban a quien lo usara como discípulo tuyo.

Cargamos con nuestras cosas de Betania a los hijos de los burros que nos habían acompañado desde Magdala. Había menos que llevar, y de eso aun menos que importara conservar; apenas lo que quedaba de la herencia de mis padres, para sobrevivir. A estos burros tendríamos que venderlos antes de zarpar, pero previo a eso les esperaba un camino largo, lo mismo que a mi cuerpo aún debilitado. Tal como nos explicó José, rodearíamos Jerusalén hasta el camino a Emaús, porque entrar a la ciudad era un riesgo; de ahí iríamos al norte hasta Arimatea, donde encontraríamos refugio en su casa antes de reemprender el camino hasta Jope, en cuyo puerto embarcaríamos. En cada momento habría el peligro de que la gente de Caifás nos

siguiera, así que la mayor parte del tiempo iríamos cubiertos y, cuando fuera posible, mezclados entre las caravanas. Bernabé nos acompañaría hasta el puerto, y después volvería a Jerusalén para reunirse con los pescadores. Entre él y José sufragarían los gastos del transporte por mar.

No había de quién despedirse, cuando no fuera de la casa, del huerto de higueras, de la tumba que había quedado vacía una semana antes. Visto desde fuera, todo seguía tal como estaba el día anterior. Como si, de un momento al otro, algo nos hubiera borrado de la Tierra. Como si nos hubieras llevado contigo a tu Reino. Pero tu reino estaba aquí, a ras del suelo, y por él estábamos condenados a caminarlo sin descanso, entre los muchos que nos odiaban sin conocernos y quienes nos amaban, una insignificante minoría.

Partimos lejos, lejos, lejos, más que nunca. Más incluso que la primera vez, aquel primer éxodo de Magdala a Betania, años atrás, que comparado con éste sería un breve salto, como el que se da al tropezar con una piedra.

La mañana en que dejamos Magdala, además de lo esencial mi padre llevaba consigo una sola cosa en las manos. El perfume de mi madre. Era un frasco de alabastro lleno de ungüento de nardo, tan preciado que el autor de los Cantares lo incluyó entre los árboles que adornan el paraíso con que compara la piel de su amada. Era, por lo tanto, costosísimo. Mi padre lo había comprado en el mercado de Séforis durante los primeros viajes que hizo después de su boda, antes incluso de que naciera Marta. Era una demostración de amor hacia ella tanto como una demostración de poder hacia los vecinos. No obstante, mi madre, entonces de catorce años, le juró que usaría no más de unas gotas una vez cada año, en ocasiones especiales como la peregrinación a Jerusalén, de forma que le durara hasta el último de sus días. Es la clase de promesas que haría María y por la que Marta voltearía los ojos. Es así como recuerdo a mi madre ahora, con su rostro joven mezclado con el de mi hermana menor, una mujer de amores drásticos y decisiones definitivas.

Mi padre llevaba el perfume en una mano, envuelto en un paño que también había sido de ella, pegado a su pecho. Caminó hasta Samaria con él, de esa forma, como un ídolo que hubiera cobrado vida, dejándome a mí la tarea de arrear los burros. Fuimos, como era la costumbre, por el camino junto al lago que la gente llamaba “mar” de Galilea en dirección al sur, así que no pasamos por Nazaret, y no pude despedirme de Santiago ni de ti, como no pude despedirme de mis compañeros de la sinagoga. Tampoco pude ver por última vez a mis rabinos que, acostumbrados a mi intermitencia, probablemente confundirían mi

ausencia con enfermedad. No sabía a qué me dedicaría en esa aldea de Betania, donde nunca había estado. Veía a los pescadores con sus redes en la orilla del lago y sabía, por partida doble, que mi futuro no estaría ahí: adonde íbamos no había mar y, aunque así fuera, para pescar se requería fuerza y volumen. Las únicas cosas para las que había demostrado alguna habilidad eran la escritura y el estudio; podía ser menos agudo que tú, pero era mucho más dedicado, y tenía mejor caligrafía, por lo que algunas veces había ayudado a los rabinos a copiar a los profetas. Tampoco podría ser un pastor decoroso, ni mucho menos un comerciante, como mi padre, que avanzaba mirando hacia al frente, hacia una Betania todavía imaginaria, con el perfume de mi madre en la mano, envuelta en un paño, pegada a su pecho. Mi padre que, de pronto pensé durante aquel viaje, también moriría algún día, y con él moriría su menester y sus logros, y quedaría sólo yo. Tal vez, cuando mi decolorado padre miraba al frente, no miraba la Betania de sus planes, sino un lugar distinto, uno que no existe en la tierra.

Una sombra se extendía desde el Templo de Jerusalén en lo alto de la colina hasta las faldas de la ciudad, la sombra del ángel exterminador, Caifás, el sumo sacerdote. Bajo la sombra de esa sombra rodeamos la ciudad. Y era para la paz que nos deseaba Bernabé como el manto envenenado con el que según los griegos Megara asesinó a Hércules. Trataba de reconstruir en mi mente los detalles del rostro del sumo sacerdote bajo la luz tenue del fuego de su casa, adonde te llevaron después de arrestarte, pero no lo conocía. Como mi padre antes de mí, yo no era un hombre que se codease con gobernantes. Lo había visto, a la distancia, en el Templo. Podía recrear la silueta del sacerdote ingente y poderoso que no necesitaba de alianzas romanas ni de sobornos para aplastar a otros, pero su rostro barbado se diluía en mis recuerdos. Habría preferido, pensaba, una persecución por mis propios méritos. Habría preferido ninguna persecución.

Avanzábamos sin mirarnos demasiado, con José y Bernabé al frente. Marta iba a mi lado, y María iba mezclada entre los otros discípulos tuyos, hablando con ellos de cosas que ya habían pasado, como si siguieran pasando.

Marta y yo hablamos poco. Le pregunté si creía que tú ignorabas lo que caería sobre nosotros después de su muerte, o si, a pesar de saberlo, te había parecido un mal menor en tu cruzada de amor al prójimo. Mi hermana me miró como si no me reconociera. No había dudado cuando salí de la tumba llagado y enverdecido, pero dudaba ahora que te ponía en tela de juicio. Me pidió que tuviera respeto por los muertos, y no dijo más. Los muertos, había dicho, como si olvidara que yo mismo había

pertenecido a sus huestes, el único desertor conocido en siglos. Pero yo no deserté; tú me expulsaste, para tomar mi lugar a la vanguardia de los muertos.

Maldecía el instinto de sobrevivencia que me empujaba adelante. Habría querido quedarme ahí mismo, esperar que la sombra de Caifás me engullera. Pero podía sentir el miedo de mis hermanas, el de tus discípulos, el de José y el de Bernabé. Y seguía caminando. Durante un día entero no nos detuvimos a causa del miedo. Nadie de quienes formaban la pequeña caravana había empuñado nunca una espada, ni esperaba morir con una en las entrañas, nadie conocía las sensaciones en las que su imagen mental de la muerte violenta estaban basadas; eran pescadores, comerciantes, sacerdotes, hombres que preferían, sin pensarlo demasiado, el castigo tan ajeno y la muerte tan abstracta como fuera posible; y mis hermanas, por supuesto, de pronto arrojadas al flujo de la vida desde los márgenes que habitaban.

Los hombres de Caifás nunca aparecieron. Era sábado, después de todo, y cuando anocheció para el domingo estábamos ya encaminados hacia Emaús, por ese sendero árido que, más que alejarse de Jerusalén, parece huir de él. El camino a Emaús era uno de nosotros, y nos acogió como tal, como un Caín exiliado, como un Caín inocente.

Apenas llegamos a Samaria, mi padre guardó el perfume de mi madre entre las ropas. No dio ninguna explicación, pero no hacía falta. Habíamos entrado en la tierra donde hasta la brisa lleva cuchillos bajo la túnica. Samaria, como nos había explicado Noemí tiempo atrás, era un paraje de tensión pura entre Galilea y Judea, conocida, además de por el cisma parcial que mantenían respecto a la religión de Jerusalén, por la atmósfera de inseguridad con que envolvía a los extranjeros que entraban en su territorio. Yo nunca había visto a un ladrón ni a un estafador y, a diferencia de otros niños, no quería encontrarme a uno ni mucho menos enfrentarlo; era consciente, sin embargo, de que si había un lugar para un encuentro así ése sería necesariamente el desierto de Samaria. En toda mi vida había visto apenas a unos cuantos samaritanos, Simón el Mago entre ellos, y eso ahondaba la idea nebulosa que tenía de ellos como colectivo: un pueblo de fantasmas en ese campo seco profetizado por Miqueas.

Por eso, en cuando avistamos una caravana, mi padre fue a ver al encargado para pedirle que nos dejara unirnos a ella. El encargado aceptó a cambio de un pago, y así anduvimos, rodeados de gente, el resto del camino.

La caravana era un animal manso aun cuando estaba en movimiento. En sus entrañas, los demás viajantes hacían pocas preguntas, pero algunos nos miraban con curiosidad, como si la ausencia de mi madre fuera un color que buscaran en nuestras pupilas, un cuchillo entre nuestras ropas, una mancha en el silencio que mi padre vestía como un manto.

Cruzamos el desierto bajo la protección de esa muchedumbre recelosa. Y ningún samaritano se robó el perfume de mi madre.

Qué te pasa, me preguntó Marta una noche, cuando nos detuvimos en una posada de Emaús. Estaba apartado de los demás, que recuperaban el ánimo en torno a las leyendas griegas de Bernabé y las preguntas que María les hacía a tus discípulos sobre ti.

Lo que me pasa, le contesté a Marta, es el hedor.

Desde aquel sábado, el olor me acompaña como antes de aquel sábado me acompañaba la enfermedad.

Mi hermana mayor guardó silencio. Se sentó junto a mí, y puso una mano sobre mi pierna izquierda. No dijo nada.

Y no dijo nada porque era cierto. El olor de mi cuerpo muerto no se iba, no se iría ya, aunque se escondiera bajo los aloes. Y su efecto no se limitaba a mi sentido del olfato. Era un hedor que manaba desde dentro, que rebozaba y se me escapaba por los ojos, por las llagas endurecidas, por los poros alrededor de los que la piel recobraba el color, pero no la convicción. Lo sentí desde el momento en que abrí los ojos bajo el sudario, y estaba ahí cuando salí de la cueva; seguía ahí al día siguiente, penetrante como la mirada dolorosa de Judas de Keriot, y al día siguiente, pesado como las ropas del fariseo José de Arimatea. Me había acompañado durante el viaje. Los demás lo soportaban por lástima o decoro, y callaban, pero podía verlo reflejado en sus miradas; mis hermanas decían menos aún, porque me amaban; pero yo, infecto, devuelto a una vida obscena, no podía amarme ni compadecerme. Tenía descanso sólo cuando dormía, pero estaba ahí al despertar, un centinela mudo, y lo sentía a mi lado cada segundo de la vigilia. El hedor era el día. Era un recordatorio de la muerte y del soborno que le diste a Caronte, el barquero de los

griegos del que leí en mi juventud, para que me trajera de vuelta. Mi cuerpo hedía a tu milagro.

Ya pasará, dijo al fin Marta.

Callé, y luego dije lo que sentía. Creo que huelo a lo que olía la mirada de papá. Con la muerte, mi cuerpo había aprendido a volver material y perceptible la lástima que se dibujaba en los ojos de mi padre cada vez que me veía enfermo e inútil, menos que un hombre. Esos pensamientos me hacían menos daño del que habrían hecho en mi vida anterior, pero aún pesaban. Tenía miradas que olían peor, contestó mi hermana con ironía, y cambió de tema a aquél que le preocupaba.

María no se separaba de tus amigos, hablaban día y noche, y Marta estaba preocupada. Está muerto, decía; qué más necesita saber. Pero esos hombres hablaban de ti como si estuvieras vivo, y María los escuchaba, y asentía, y algo de malsano había en los destellos de gozo que la iluminaban de pronto, como a una niña que sonríe entre lágrimas. Marta tenía razón, pensé; lo que sea que esos hombres predicaran no podía ser más que onanismo intelectual para distraerse de los hechos.

Es una tonta, dijo Marta, inquieta.

Bienaventurados los tontos, le contesté, parafraseando tus palabras.

En la tienda junto a la nuestra había una familia de samaritanos que se dirigían a Jericó. Al cuarto día de interacciones más bien incómodas, supimos sus nombres. La madre se llamaba María, como mi hermana, y el padre, Tadeo. Tenían un hijo mayor que Marta, Gad.

Gad era todo lo que yo no era: alto, robusto, feliz. Se ofreció a ayudar a mi padre cuando levantamos la tienda la primera noche y, aunque Marta no estaba de acuerdo, mi padre accedió. Mi hermana no necesitaba otro hombre que le recordara su lugar. Pero, más que molestar al samaritano, su protesta debió provocarle alguna fascinación, porque no dejó de mirarla hasta que la tienda estuvo en pie y nos fuimos a dormir. Quizá la miraba desde antes, pero yo no me había dado cuenta. Nunca había pensado en mis hermanas como algo más que mis hermanas. De entre la calígine del futuro se asomaba de vez en cuando la certeza de que un día Marta y María se casarían, tendrían las vidas que les estaban deparadas, se volverían reinterpretaciones de mi madre, pero jamás había razonado que para que eso sucediera primero un hombre como Gad tendría que mirarlas así. Yo conocía esa mirada, porque era capaz de ella, podía emular su configuración con sólo pensarlo, si bien mi vida de enfermo había relegado la necesidad o si quiera el gusto de hacerlo al pozo de las prioridades. Después supe que Marta la conocía también. Desde que cumplió los trece años había tenido que acostumbrarse a esas miradas que la llenaban unas veces de curiosidad y otras, muchas otras, de miedo. La mirada de Gad viajaba con nosotros a Betania. Y Marta se mostraba desdeñosa. Le parecía escandaloso

que el muchacho samaritano no respetara su luto, que esa mirada tratara de metérsele como un moscardón entre los velos oscuros, entre los poros oscuros. Y Gad, mientras fingía ayudar a mi padre, hablar conmigo, jugar con María, miraba a Marta, y le hablaba. Mi padre no se daba cuenta, como no se daba cuenta de nada por entonces. De pronto había envejecido, como si el desierto de Samaria fuera el tiempo.

Para cuando llegamos a Arimatea, la tierra de José, el miedo era ya otro de nuestros músculos y estaba igualmente cansado. Nos encontrábamos a días del puerto de Jope, y seguía sin haber rastro de los hombres de Caifás. Al principio sus pasos imaginarios detrás de los nuestros llevaban un ritmo constante, pero para cuando dejamos Emaús por el camino de Beterón, el ritmo se desdibujaba en el agotamiento de estar siempre alerta. A pesar de ello, enviamos un comisionado por delante para que se asegurara de que nadie había ido a buscarnos a casa del anciano José; más de un miembro del Sanedrín había sido su huésped en Arimatea, y conocía la ubicación.

En la casa nos esperaban sólo los criados. El único hijo de José había muerto hacía años. Si no lo hubiese considerado un hombre sabio capaz de una voluntad compleja, habría creído que su asociación con tu cruzada era un intento por sustituir contigo a su hijo muerto.

Aquella noche ocurrió algo nuevo. Había pasado una semana, y de nuevo terminaba el viernes. José dispuso todo lo necesario para la cena del Shabat, pero tus amigos se comportaron de forma inusitada. Mis hermanas encendieron las velas, y José encabezó las oraciones; cantamos los himnos que no eran tristes como los del sábado posterior a tu muerte, pero sí eran olas de un mar exhausto, murmullos sin alegría. Luego, cuando los criados pusieron sobre la mesa las cestas de panes ácimos cubiertas con pañuelos blancos, Bernabé tomó uno de los panes, lo elevó en sus manos y lo partió por la mitad con ceremonia, como si lo sacrificara.

Éste es el cuerpo de Jesús, dijo.

Marta y yo nos miramos, con terror. Pero el resto de los presentes, María incluida, no parecían inmutarse ante la frase de Bernabé.

Después alzó una copa con vino y repitió la sentencia, esta vez aludiendo a tu sangre. Finalmente, comenzó a repartir el pan y pasó la copa de mano en mano para que todos comiéramos y bebiéramos.

El hechizo bajo el que estos hombres proferían un sinsentido y se convertían en caníbales simbólicos había contagiado a mi hermana menor. María comía y bebía con una devoción que entonces me pareció espantosa: yo no quería comer tu cuerpo ni beber tu sangre; bastante había tenido tan sólo de las palabras que salieron de tu boca como para además llevar tu cadáver transubstanciado a mis entrañas. Aun así, mordí el pan y probé el vino, no fuera que tus amigos sospecharan y se rompiera el frágil equilibrio de cordialidad que mantuvimos todo el viaje.

María debió notar algo, porque se puso a explicarnos lo sucedido. Era otra idea tuya, de las que en vida producías en ramilletes. La noche que te aprehendieron, habías hecho lo mismo que ahora hacía Bernabé, y les habías pedido que, cuando no estuvieras, lo repitieran en tu memoria.

Cuando no estuvieras. Cuántas señales les diste de tu clarividencia, del futuro que, entonces te diste cuenta, era el desenlace lógico de la cadena de entripados que provocaste primero en el Sanedrín y más tarde en Roma. Cuántas señales, y los pescadores no entendieron, deslumbrados todavía por la multiplicación de los panes. Ni siquiera Bernabé, un comerciante, ni Zaqueo, un recaudador de impuestos, habían entendido que caminabas ya desde antes el camino del Gólgota con la cruz a cuestas. Quizá Judas el Keriote, más leído que todos, entendía, pero estaba engullido por la vorágine de su papel en la tragedia. Me pregunto si yo, de haber sido tu discípulo, de haber sido un

hombre sano para seguirte, ingenuo como era entonces, de haber sido tu treceavo apóstol, habría entendido a qué te referías con cuando no estuvieras. Tal vez, como Judas, habría creído que no estarías con nosotros porque te irías a vivir al palacio de un Herodes derrocado por tu legión de ángeles. Pero tú no querías que fuera tu discípulo. Te conocía mejor que cualquiera de los doce; pudiste curarme desde el día en que nos reencontramos, ya adultos, en Betania, y decirme como a los otros: deja todo y sígueme; pero me necesitabas enfermo, necesitabas dejarme morir para tu espectáculo. En el fondo, salvo por la meticulosidad y la frialdad de tus planes, no eras tan distinto a Simón el Mago.

Como fuera, aquel ritual del pan y el vino era tu lucha personal contra el olvido.

Y funcionaba. Ahí, en la casa de Arimatea, como en la cueva de Betania, como en la sinagoga de Galilea, estabas presente, desdibujando al resto.

La ausencia de mi madre murmuraba por encima de mis hombros.

No estaría más. Paseaba esa certeza en el paladar como con el aceite amargo de un curandero. Mi madre no estaría más. Mi madre había vuelto al Padre, habían dicho para consolarnos los vecinos, que deseaban todo menos volver ellos también al Padre. Mi madre eterna, mi madre nada, mi madre muerta.

Marta le contó a Gad lo que había sucedido en Magdala. Así fue como supe que él le gustaba también, a pesar de su negativa inicial. En Samaria, Gad ayudaba a su padre en la confección de odres y vasijas de barro. No eran ricos, pero vivían cómodamente. Tenía el aspecto de un joven copero de Herodes, al margen de la imperfección, pero sin la fuerza manifiesta de un soldado. Me incomodaba estar cerca de él, me sentía como deben sentirse aquéllos a quienes la visita de un ángel les recuerda la opacidad de su condición mortal.

Y extrañaba a mi madre.

Caminamos juntos los cuatro: Gad, Marta, María y yo, hasta salir de Samaria, donde mi padre sacó de entre sus ropas el perfume de nardo para llevarlo de nuevo junto al corazón. El perfume que sería un día de Marta.

Mi hermana era tan huérfana como yo, y no obstante sonreía cuando Gad moldeaba un odre imaginario para ella, cuando hacía trucos de magia —magia falsa— para María, cuando ponía una mano sobre mi hombro como si fuera mi hermano mayor, el hijo que por el que mi padre nos habría canjeado a los tres.

Lo aborrecía. Aborrecía su voz de adulto nuevo y la admiración que me provocaba contra mi voluntad. Entre más cuidadosa

era su intromisión en el duelo familiar más obscena me parecía. Y, no obstante, pensaba en Marta ungida de nardo, y en mi madre, a un lado del Padre, mirando a Marta y a Gad, y en el Mar Rojo de mi orfandad se abría, como en tiempos de Moisés, una breve tregua.

Al domingo siguiente, los que habíamos salido de Jerusalén nos pusimos en camino hacia el puerto de Jope. Entonces nuestra condición de nómadas se había solidificado. La idea de que volveríamos a establecernos, en un lugar que nunca habíamos pisado antes, se antojaba inverosímil; lo natural habría sido seguir caminando, de pueblo en pueblo, hacia el norte, llegar hasta Tarso, Éfeso, Tracia, Macedonia, Roma, y seguir caminando hasta aquel lugar que llaman Hispania, donde termina el mundo y donde, al acabarse la tierra que pisar, moriríamos en paz. Avanzábamos entre aldeas y caravanas salpicadas por el camino, como ratones en fuga. Ya no sentíamos miedo, sino sólo la premura de confirmar cada siguiente paso que ningún sicario de Caifás saltaría de entre la nada, la nada pegajosa del mundo, para asegurarse de que nunca viéramos el mar.

Había pasado ya más de una semana de tu muerte, pero entre los exiliados no se hablaba de otra cosa. Para mí, la vida tendría ya siempre tu rostro impreso en cada minuto de cada hora. Tu rostro era una llaga más en mi cuerpo, la más grande de todas las que vestía en la piel y albergaba en las entrañas, donde la muerte había dejado pequeños nidos vacíos. Pero lo que yo llevaba como una herida ellos lo cargaban como un relicario.

Lo que sucedió en el camino de Jope no hizo sino acrecentar tu presencia. Lo que sucedió en el camino de Jope cambió todo para siempre.

Nos emparejamos con una caravana que se dirigía a Cesarea por el sendero de la costa. Entre la gente había gran agitación. Bernabé se acercó a unos hombres que hablaban con

brío, para preguntarles la causa del revuelo. Los hombres nos recibieron entre ellos y nos ofrecieron vino y pan con levadura. Y hablaron de lo que los inquietaba.

Apenas hacía unas horas, había llegado un mensajero con noticias de Jerusalén. Allá, el sumo sacerdote Caifás había girado una orden para llevar ante el Sanedrín a todos los seguidores de un tal Jesús de Nazaret, a quien Poncio Pilatos había mandado ejecutar unos días antes. Si pocos te conocían, la persecución de tus amigos había logrado que tu nombre hiciera eco. Se decía que tus seguidores no habían huido, sino que estaban escondidos dentro de las murallas de la ciudad.

Pero ésa era la antecámara de la verdadera noticia.

El domingo anterior por la mañana, unas mujeres habían hecho correr la voz de que el sepulcro donde te habían puesto estaba vacío.

El anciano José de Arimatea se puso de pie, para el sobresalto de los demás. Su rostro era el de un hombre que advierte en sí los primeros síntomas de la lepra y se niega a creerlo: él mismo había hecho sellar ese sepulcro.

Por supuesto, nadie —a parte de José y quienes habían estado con él ese día— estaba al tanto de dónde habían puesto tu cadáver. Caifás había mandado poner guardias en todas las tumbas nuevas de la ciudad, porque, como el anciano sacerdote había contado el sábado anterior, se temía que alguien robara tu cuerpo y te proclamase resucitado. Por esa razón, no podía saberse si era verdad que el sepulcro estaba vacío, y nosotros no podíamos volver para comprobarlo. Lo cierto, continuaban los hombres de la caravana, era que la gente en Jerusalén hablaba del profeta nazareno que había vuelto de la muerte para burla de los saduceos y de Roma misma.

Bernabé, María y el resto de tus amigos no se permitieron dudar, porque la duda es, ante todo, el pecado original, la espada flamígera del querubín que se interpuso entre Adán y Eva y

el paraíso de no saber. Dios, a quien llamabas padre, ha creado un mundo entero y nos ha entregado todas sus complejidades con la única condición de que para ser felices no las entendamos. Tus amigos lo sabían, estaban inmunizados contra la duda por ti, y creyeron. Creyeron en que el domingo por la mañana el sepulcro en que fueron colocados tus despojos raídos había amanecido vacío, y que por lo tanto estabas vivo, y que por lo tanto tus enseñanzas tenían sentido, y que por lo tanto sus vidas lo tenían también.

Entonces, llenos de algarabía, se pusieron a hablarles a los hombres del camino a Cesarea de ti, de tu vida, de las historias que usabas para explicarles las cosas de Dios, de cómo ellos te habían conocido y por primera vez no sentían miedo de decirlo. Algunos oyeron con atención; otros, incrédulos, se levantaron en silencio y fueron a perderse entre la caravana; alguno más, celoso de la ley y la tradición, se puso de pie enfadado y se alejó sacudiéndose el polvo de los pies. Pero eso no mermó la alegría de tus amigos.

En lo que a mí concernía, bien podía ser cierto. No veía por qué, habiéndome resucitado a mí, no podrías hacer lo propio contigo. Tenía dudas, claro: si habías vuelto a la vida como te habían expulsado de ella, tu cuerpo sería un muestrario andante de heridas mortales; pero si habías vuelto restaurado, mi rencor hacia ti sería siete veces mayor, puesto que la cura que habías obrado en ti te la ahorraste conmigo. Si al morir habías dejado de estar, ¿desde dónde te dijiste a ti mismo "levántate y camina"? Y si, en cambio, te habías rescatado desde un cielo privado, posterior a la nada, ¿por qué me lo negaste a mí? Tu resurrección, verdadera o fraudulenta, no cambiaba en nada la situación mía y de mis hermanas; de cualquier modo íbamos camino a cruzar el océano, hacia tierras helenas, huyendo de tu estela.

Además, nunca volví a verte. Y no he conocido a nadie sin el sesgo de tu influencia que asegurara haberte visto. De hecho,

como la gente exigía pruebas, poco después tus amigos dijeron que habías ascendido al cielo en cuerpo y alma. Quizá por eso Dios no estaba en la muerte; porque vive en el cielo, no en la nada; quizá Dios sólo exista en lo que existe.

Resucitado o no, para mí estabas tan muerto como antes.

Los calores del mes de Siván mostraban su temperamento, y en la caravana que iba al sur se multiplicaban los trapos que hicieran sombra y las garrafas y los cuencos para tamizar la sed. Pronto mi padre, mis hermanas y yo tendríamos que despedirnos de Gad y su familia, y seguir nuestro camino hacia Betania.

La noche anterior a alcanzar la bifurcación entre el camino a Jerusalén —y, por lo tanto, a Betania—, y el sendero de Jericó, María y yo advertimos que Marta y Gad guardaban un secreto.

A diferencia de María, mi hermana mayor nunca se había mostrado entusiasta del futuro e inminente matrimonio con un hombre. María, aunque más floja, fantaseaba en su adolescencia con el nombre y las líneas del rostro de su hipotético marido, con recibirlo con la cena lista y el vientre cansado de parir cuantos hijos Dios les diera a su cuidado. Marta no se quejaba de su destino, pero tampoco se regodeaba en evocarlo. Entonces yo no habría podido ponerlo en palabras, pero su vocación de servicio era suya y sólo suya, hija del placer que le provocaba cuidar de los otros, no de la obligación que sin embargo le imponían las costumbres. Por eso creo que en Gad encontró antes un amigo que un hombre que orbitar, no obstante que él no fuera distinto del común de los hombres. Por eso creo que sonreía como nunca después la vi sonreír esa noche anterior a la llegada a Jericó. María también se dio cuenta, y era como si lo que le estaba sucediendo a Marta le sucediera también a ella, como si la alegría de ambas no fuera sólo suya, sino otra tradición judía, como si al ver yo la húmeda constelación de sus pupilas viera también las pupilas de Sara, la esposa de Abraham, y de Raquel, la mujer de Jacob. Marta

y Gad se abrazaban sin tocarse, y entre ellos fluía un dios más vivo que tu padre invisible y silente.

La mañana siguiente, Gad se presentó en nuestra tienda muy temprano. Mi padre, como desde el inicio del viaje, dormía poco, y lo recibió ya lúcido. Marta fue la siguiente en salir de la tienda, tras habernos despertado a María y a mí. La vigilia adelantada me supo al petricor del agua que mi padre había derramado sobre el polvo al lavarse la cara. Yo mismo tomé un poco de la jofaina y alcé ese rezo de agua para despejar de mis ojos el sueño. Creía saber lo que estaba por pasar, y sentí, junto con la alegría que los días anteriores profetizaban, la punzada de un temor conocido, la posibilidad de la pérdida, de la partida de Marta con aquel samaritano fabricante de odres. Mientras todos nos sentábamos en torno a lo que estaba por decirse, le preguntaba a tu dios, que era mi dios entonces, por qué incluso el gozo más diáfano cobraba un impuesto de tristeza.

Cuidadoso, conocedor de su lugar, Gad, hijo de Tadeo, anunció que quería casarse con Marta.

Marta aguardaba sin decir nada; mantenía la cabeza baja. Sabíamos que estaba de acuerdo, pero también que su opinión, fuera cual fuese, no modificaría en modo alguno el desarrollo de la transacción entre los dos hombres. El samaritano habló mucho, tanto como el silencio impasible y la superioridad en edad de mi padre se lo permitían. Hizo una defensa de su oficio y, por ende, del futuro de mi hermana a su lado; habló de su familia, que daba su bendición, y de la certeza de que su padre vendría después a formalizar el compromiso, no obstante que él había querido apersonarse antes, solo, para demostrar que era un hombre de mérito.

Cuando terminó, Marta, María, Gad mismo y yo estábamos satisfechos y conformes; esperábamos la réplica favorable de mi padre, que había encontrado en Gad lo que no tenía en sus propios hijos.

Mi padre calló un momento, los músculos de la cara en paz, pero sin intención de ponerse en movimiento. Y luego habló por fin.

Tus padres están de acuerdo, preguntó, como si no hubiera escuchado lo que Gad había dicho ya. El muchacho asintió con la cabeza. Estaba consumado.

Sin embargo, segundos después mi padre se levantó y entró en la tienda, sin decir una palabra. Los recuerdos del día en que murió mi madre se abalanzaron sobre mí como los leones de la cueva de Daniel, que habrían matado a cualquiera que no tuviera la fe del profeta. Luego, mi padre se asomó por la entrada de la tienda, y llamó a Gad al interior.

El tiempo que mis hermanas y yo esperamos tuvo una duración distinta para cada uno. Ninguno se atrevió a confesar que, entre las sonrisas expectantes, albergábamos un sentimiento neblinoso de alarma; que no confiábamos más en que Ciro, hijo de Ananías y padre nuestro, se adscribiera ya al curso natural de las cosas. María tomó la mano de Marta, que sudaba bajo el velo de verano.

La tienda se abrió de nuevo para alumbrar solamente la figura de Gad, pero una figura distinta a la que había entrado; errática, lastimada, vertida toda en una mirada que contenía, en el sentido de llevar dentro tanto como en el de luchar por no dejarla salir, toda la ira del dios que la noche anterior se paseaba risueño entre sus ojos y los de Marta.

Mi hermana se puso de pie. María y yo tardamos en comprender, pero ella no. Ella supo de inmediato, y en su rostro se formó una máscara que recordaba las facciones de mi padre. Gad pasó junto a ella, sin mirarla, se agachó en donde la sombra de las telas más altas daba paso al sol, tomó un puño de tierra y se lo echó en la nuca. Cuando se giró, fue a mí a quien miró con los ojos húmedos, humillados.

Su padre es un hombre roto, dijo.

Mi padre, gritaba el muchacho, estaba convencido de que Dios quería condenarlo a morir solo, por un pecado que desconocía; aseguraba haber visto en sueños cómo su hijo enfermo partía antes que él, igual que lo había hecho su esposa, y cómo sus hijas lo abandonan para irse, atraídas por serpientes, a otros rincones de Israel. Por eso, no permitiría que Marta desposara un samaritano.

Es una suerte que hoy mismo tomemos la desviación a Jericó, sentenció Gad. Era preciso que su familia pusiera distancia a una afrenta de semejante tamaño. Nos dio la espalda y se fue dando tumbos en la luz. Marta no fue tras él, igual que él no se había detenido a mirarla. Mi hermana no se movió. Todo el desierto incandescente permaneció inmóvil dentro de ella.

La tienda de la familia de Tadeo de Samaria no volvió a instalarse en nuestra caravana. Nunca más vimos de nuevo a ninguno de sus miembros. A medio día pasamos de largo la desviación hacia Jericó. Frente a nosotros, el camino a Betania estaba tapizado por apenas unas horas.

El mar. El mar de Jope era otro cielo. Toda mi infancia escuché a la gente del norte decirle "mar de Galilea" al lago de Genazareth. Pero aquél no era mar, sino un espejo oscuro y barato. Este mar era un cielo turbulento, con aves prehistóricas de espuma revolviéndose entre el vaivén de la guerra contra la bahía dentada. Y la brisa era poderosa e indolora. La brisa era, por los breves momentos que duraba en el aire, una inesperada razón para estar vivo otra vez. Caminamos por la arena sin dejar de ver el mar, y era como si, por ese espacio de tiempo, el mar fuera la única presencia que podía lavarte de sus mentes; el mar era profeta, hechicero y amigo.

Por primera vez, no nos preguntamos si habría saduceos tras nuestras huellas en la arena de la playa. Por primera vez, lo ya recorrido no hacía sombra sobre lo que estaba al frente. Habíamos llegado lejos, lejos, lejos, al puerto de Jope, y aunque no era ésta sino la mitad del viaje, tenía el sabor de los finales. Pronto, Marta, María y yo estaríamos suspendidos sobre el océano, sin patria, sin más que nuestra propia compañía. Y, por primera vez, en mi cuerpo la omnipresencia de las costras cedió ante un atisbo de alegría.

Mientras vendíamos los burros, José de Arimatea se adelantó con Bernabé hacia donde estaban los hombres que veían pasar las horas junto a la barca que nos llevaría del otro lado del mar. Al chipriota no lo esperaban ni el mar ni su casa, sino el camino de regreso a Jerusalén. No podía entender su determinación, la necedad de volver adonde no era bienvenido, con Simón y los otros, pobres pescadores en Galilea, perseguidos políticos

en Jerusalén. No entendía tampoco la voluntad de espíritu con la que había caminado hasta esta orilla de Israel, sólo para hacer la transacción con el barquero, como si un criado no hubiera podido hacerla en su nombre, y darse la vuelta. Y, sin embargo, así era cómo ocurrían las cosas. Bernabé pagó el importe en quinarios de oro que el barquero contó y mordió con delectación, y se dispuso a esperar nuestra partida para marcharse en sentido contrario.

Durante la despedida hubo gran revuelo porque Silas, un muchacho de nuestra caravana fugitiva, decidió que no continuaría más el viaje por mar, sino que regresaría junto con Bernabé a Jerusalén. Estaba convencido de tu resurrección y cegado por la posibilidad de engrosar tu comitiva; no soportaba, decía, la idea de huir por mar mientras tú, que te habías tomado el trabajo de volver de la muerte después de tu suplicio, habías ensuciado de nuevo tus pies con el polvo de Jerusalén para disgusto de los pontífices. Entre nosotros hubo silencio. Sólo Marta se atrevió a preguntarle si de verdad era eso lo que deseaba, y si había pensado bien en el peligro de volver sobre sus pasos. María callaba. Silas estaba seguro. Y Bernabé sonreía. Entonces comprendí: no era solamente para acompañarnos que había hecho un viaje tan largo. Él no era como tú, astuto rabí, sino un comerciante; él no sabía convencer con historias y artificios literarios, pero tenía sus pies, y esa mirada de que volvería a caminar Judea de un extremo al otro si con ello lograba vender la idea de ti a Silas o a cualquiera de entre nosotros que hubiera tenido oídos para oír. Bernabé no sólo había cambiado el saco de quinarios de oro por nuestra huida; también había comprado un alma en cientos de estadios recorridos y la certeza testaruda de ti. Y para qué. Acaso para llevarla a morir a las puertas de la ciudad, o sobre una cruz, como moriste tú, como murió Judas el Galileo y todos los otros que en la historia de este país plañidero han tenido la ocurrencia de importunar al imperio en turno.

Cuando mis hermanas y yo estábamos por subir a la barca, me topé con el anciano José de Arimatea. Durante las últimas semanas, había sido lo más cercano a un amigo. Veía en mí a un hombre más joven, pero que había visto cosas que él no imaginaba, y en lugar de tomarme por discípulo me hacía su cómplice en el silencio, un silencio que seguramente habría preferido compartir contigo, con su hijo muerto años atrás, con sus colegas del Sanedrín, y en el que yo habría preferido hundirme, solo, para siempre. El silencio impuesto por tu padre al que Jeremías se refiere en sus lamentaciones. El silencio impuesto por medio de la pérdida.

José me preguntó, un poco a modo de broma, si subiría a la barca, o si partiría yo también de regreso con Bernabé y Silas. Es demasiada molestia, le respondí; de todas formas no había un solo lugar en esta tierra en el que yo no fuera ya un extranjero. Marta sonrió con amargura, pero le devolvió la pregunta en el mismo tono irónico. José rio. Soy muy viejo para caminar de nuevo hasta Jerusalén, dijo, y todo lo que podía hacer allí está hecho ya. Luego agregó, con la sonrisa que parecía haberle robado a Marta: claro que no me disgustaría ir a echarle un ojo a mi sepulcro, por curiosidad. Luego me tocó el hombro, como si me bendijera, y subió con los trabajos de su edad por la rampa de la embarcación.

Finalmente, mis hermanas y yo subimos también por la rampa como tres animales sin pareja al arca de un Noé negligente. Marta me tomó de la mano. María lloraba. Quién eras, Jesús de la paupérrima Nazaret, hijo de José el artesano, que aun muerto movías los hilos de nuestras vidas, que de algún modo habías convertido tu lucha de amor al prójimo en nuestro exilio, en el despojo sistemático de quienes alguna vez te amamos. La única fuerza que nos empujaba hacia la barca, hacia el mar en calma, era el mar convulso de tu memoria, y el único consuelo, como desde aquella tarde lejana en que, guiados por mi padre

enloquecido, rodeamos el Jordán y llegamos a Betania, éramos el uno para el otro, Marta, María y yo.

Pero aquello no bastaba, no bastaría nunca, para saciar el hambre infinita de ese egoísmo tuyo que trascendía todas las muertes. Durante los pocos días que compartimos tú y yo en Betania, te escuché decir que tu mensaje era fuego, y que causaría la división. El padre estará contra el hijo, dijiste, y el hijo contra el padre.

Pero nosotros no teníamos padres.

Cuando llegamos a la base de la barca, y dimos un paso dentro, María dio un paso atrás.

Tengo que volver con ellos, dijo.

María, la menor, la que había heredado el carácter de mi madre.

Sin que hubiéramos comprendido del todo, se arrojó a los brazos de cada uno, como si abrazara las estatuas de sal en que sus palabras nos habían convertido, y nos pidió perdón setenta veces. Nos amaba, dijo, y le daba tranquilidad saber que estaríamos a salvo, pero te amaba a ti también, y su lugar, había comprendido ya, estaba con los tuyos. Marta y yo no dijimos nada. En el fondo, no estábamos sorprendidos. Estábamos, acaso, más solos.

Sólo Marta gritó su nombre, más como un conjuro que como una súplica, cuando mi hermanita ya bajaba por la rampa hacia la arena. Se volvió una vez más, en lágrimas, para prometer que trataría de enviar noticias.

Yo no pude articular palabra. De pronto, la brisa, como el mar, era otro sinsentido. María, la niña de Magdala que jugaba a las canicas, la mujer de Betania que amaba a escondidas, caminaba por la playa tras Silas, tras Bernabé, tras de tu fantasma, dejando a su paso una nueva ausencia.

III
CITIO, 70 D. C.

Entonces tampoco sabía nada. Aunque para entonces supiera el día de la semana en que desembarcamos en Chipre, aunque mis sentidos se hubieran tensado de nuevo sobre el tejido de mi vida, aunque tuviera fresco el recuerdo de la muerte que nadie más tenía, no sabía nada. No sabía cuánto iba a cambiar el mundo durante los años siguientes, tantas vidas después. Dos, que son ya demasiadas. Por eso te hablo a ti, que no tienes forma de oírme. Llevas tantos años muerto que, si estuvieras aquí, junto a mí, bajo el cedro frente al mar, compartirías mi sorpresa.

Tras aquel lejano desembarco en ésta, la ciudad chipriota de Citio, el tiempo para mí se desfiguró y se volvió amnésico. No fue y no es más un encadenamiento de días ni un camino hacia adelante, sino una laguna donde los eventos se pasean como sardinas, sin restricción ni orden. Así es como recuerdo mi segunda vida. Ese desorden flotante entre aguas de calma, de tiempo, de nada, me sabe a una forma luminosa de la ignorancia, propia de un anciano como yo, o como Marta. Así es como recuerdo todo ahora que miro arder a Jerusalén del otro lado del mar. Desde aquí, desde el exilio que, ése sí, parece siempre el del primer día, no alcanzo a escuchar los gritos mortales de nuestros compatriotas, de aquéllos a quienes tú llamabas hermanos, ni los aullidos bélicos de los soldados que luchan en nombre de Tito y de Nerón; pero puedo ver el humo que sube al cielo en volutas anárquicas. Así, como una imagen, es como pienso en Marta, sin tiempo. Así es como recuerdo a Lucas, de quien no te he hablado aún, fuera del tiempo. Así es como recuerdo todo lo que siguió para María y tus otros discípulos, como una vorágine de

triunfos y tragedias, todas causa y consecuencia de sí mismas, gritos de tu nombre en el desierto. Ruido, ruido, ruido en el lienzo sucio de la historia.

Y ahora, a diferencia de aquel sábado en Betania, soy yo quien mira de lejos y en paz, y son tus amigos los atribulados. Ahora, antes de morir de nuevo, miro el humo crecer y te llamo por tu nombre y te pregunto qué hiciste. Qué hiciste.

IV
CITIO, 33-70 D. C. / BETANIA, 16-33 D. C.

El resto de mis años se tendieron sobre largas inundaciones de tedio, ocupados en distraer mi cuerpo del hedor a muerte que, real o imaginario, se había quedado conmigo, rivalizando en su lealtad sólo con Marta. A veces, sobre todo al inicio, cuando el sinsentido me sacudía la cabeza, cerraba los ojos y recordaba el mar. Entonces vivíamos tierra adentro, en la finca de Bernabé. Ahí, entre las columnatas del jardín de ciclámenes, cerraba los ojos y recordaba el mar. Los primeros días tras habernos embarcado le habían pertenecido sólo a la ausencia de María, a la ausencia de la tierra, a todas las ausencias que seguía acumulando en la suma de mis dos vidas. Pero pronto el mar lo había absorbido todo. El mar, que en todo el mundo es lo más parecido a la nada. Citio era todo lo contrario. Desde el puerto hasta la finca de Bernabé, la ciudad estaba llena de griegos ruidosos y apurados con una prisa muy distinta a las de los judíos, quizá porque éstos hacían todo bajo la vigilancia de un solo dios, mientras que aquéllos parecían llevar a los suyos consigo a todas partes, en las telas, los peces y las especias que comerciaban, en las sandalias y los coturnos sobre el empedrado de los templos, en los vestidos de una sola pieza de lana o de lino que sujetaban con broches grabados. Cuando el palpitar de esa tierra extraña lo abarcaba todo, cerraba los ojos y pensaba en el mar, que en todo el mundo era lo más parecido a Dios, a quien llamabas padre, inmenso, voluble y tan callado que hasta cuando hace ruido parece estar ocultando su verdadera voz.

Entonces la existencia se parecía mucho a los primeros tiempos que pasamos en Betania mi padre, mis hermanas y yo.

A diferencia del Castillo de Magdala, la casa que mi padre había comprado era sencilla, quizá más parecida a la casa de Galilea donde viviste con José, tu madre y tus hermanos. Era una construcción de cascote de una sola planta, aunque con una escalera que llevaba a la terraza, donde dormíamos tendidos sobre paja en tiempos de calor. Tenía un pequeño patio cercado que hacía las veces de vestíbulo, y dentro sólo dos habitaciones, una para mi padre y otra para nosotros tres; el lujo de nuestra vida anterior se asomaba tímidamente en un par de cojines, un tapete fenicio de los que mi padre comerciaba, un par de sillas con respaldo y el perfume de nardo de mi madre, que mi padre escondió apenas nos instalamos; aparte de eso, no era diferente de otras casas de esa región, que nos acogió con indiferencia.

En cuanto llegamos, mi padre, obsesionado con la certeza de su futura muerte, me encontró un trabajo en la sinagoga. Me aseguró que había buscado la mejor opción en mis circunstancias, dada mi debilidad natural y mi incompetencia para las faenas físicas. Aun así, decía, era un trabajo agradable a Dios, pues dedicaría, cada día, algunas horas a ayudar a los copistas. Aquello fue a un tiempo un gran alivio y la confirmación de mis temores. Agradecía no tener que probarme en actividades para las que no estaba hecho, pero me hería que mi padre se hubiera resignado a no darme siquiera el beneficio de la duda. El de copista era, en efecto, un trabajo digno y útil, pero me avergonzaba que, tanto a sus ojos como a los de mis hermanas, no se tratara sino de la caridad de Dios para un niño enfermo.

Me presenté a la sinagoga sin más que mi cabeza, la única de mis partes que siempre ha cumplido cabalmente. Se me asignó el puesto de ayudante de un maestro llamado Neftalí, que había sido muchos años copista en el templo de Jerusalén, pero a causa de la edad había decidido volver a ejercer en la sinagoga de Betania, donde tenía su casa, para ahorrarse los quince estadios de camino. Era un anciano de pocas barbas, de mirada severa pero

sonrisa almibarada. De inmediato se puso a explicarme cómo se sostenía el pergamino, cómo se usaban los implementos y cómo debía limpiarse cuidadosamente la pluma antes de escribir la palabra Dios, aunque me dejó muy claro que no podría hacer nada de eso hasta pasado un tiempo, cuando ya supiera hacer otras labores; me advirtió de la peligrosidad del error, y de cómo un fragmento entero del rollo tendría que arrancarse y sustituirse con otro, remendado, si acaso se escribía una letra por otra, o todo el esfuerzo no sería digno de los estantes de la sinagoga; me aconsejó contar las letras velozmente, lo que sí constituiría una de mis actividades inmediatas, junto con el dictado y otros trabajos menores que en general obedecían a los impedimentos de su edad.

Sólo cuando terminó me preguntó quién era yo. Entonces dudaba al responder esa pregunta; hoy al menos estoy seguro de no tener respuesta.

Cómo te llamas, insistió.

Balbuceé mi nombre. Ése ya lo sé, dijo el anciano Neftalí, sin violencia.

Soy de Magdala, dije, de la tribu de Benjamín; mi madre murió y nos mudamos aquí.

Omití la parte en que mi padre había enloquecido, y expliqué solamente que quería vivir más próximo a Jerusalén.

Y por qué no se fueron a vivir a Jerusalén, quiso saber; tu padre tiene dinero; estarías ayudando a los escribas del Templo y no a este pobre viejo lampiño.

No supe qué contestar. Me gustaba estar en su presencia, y al mismo tiempo me sentía incómodo en mi propio cuerpo junto a él, como si a diferencia suya el mío se desbordara de movimiento y desequilibrio. De haber tenido entonces los recursos léxicos, habría podido destilar de esa sensación los síntomas de la pubertad.

Jerusalén es un caos, dije al fin; no somos gente sociable, y yo...

Mi padre debía habérselo dicho, pero le expliqué de todos modos que estaba enfermo, que a veces me falta el aire de la nada, y era como si me ahorcaran desde dentro, y por lo tanto no era apto para otros trabajos. Neftalí no se volvió para mirarme, sino que siguió limpiando las plumas de caña, o fingiendo que las limpiaba.

La enfermedad no siempre es un castigo de Dios, dijo, y las manos no son sólo para descoyuntar pescados.

Por primera vez, desde la mañana antes de que a mi madre la mordiera una serpiente, cedió, al menos un poco, el compromiso con mis propios pesares.

Me pidió que le acercara un nuevo rollo, que desplegó frente a mí.

Me imagino que sabes leer, dijo con una sonrisa. Le conté que en la sinagoga de Magdala me habían enseñado a leer hebreo y algo de griego.

Muy bien, respondió; en el futuro podrás leer las grandes epopeyas de los troyanos y de los aqueos, quizá hasta traducirlos, pero por ahora nos basta con que sepas distinguir la Tav del Alef. Luego, extendiéndome el pergamino, me pidió que le leyera un poco de Ezequiel. Tomé la piel curtida que habría pertenecido a algún carnero de Pérgamo, y repasé rápidamente las letras de carbón antes de leerlas en voz alta, con ritmo envidiable.

Esto dice Yahvé a las montañas y a las colinas, a las quebradas y a los valles: enviaré en su contra la espada, voy a destruir sus santuarios altos. Sus altares serán derribados, sus altares para el perfume serán rotos. Haré que sus habitantes sean masacrados delante de sus ídolos. Dispersaré sus huesos alrededor de sus altares.

Me interrumpió la carcajada ósea del anciano. Quizá debimos empezar con un profeta más festivo, dijo.

A partir de ese día y por muchos años, pasé las mañanas leyendo, sosteniendo, revisando y contando las letras de las palabras de los profetas.

Las primeras noticias que tuvimos de Israel llegaron con un nuevo grupo de judíos exiliados, entre los que tampoco se encontraba María. Habían llegado por la misma ruta trazada por Bernabé, y llegaron también, antes de buscarles un nuevo acomodo, a su casa.

Marta y yo teníamos la esperanza de que tu muerte y el revuelo que provocó en la capital terminarían por disiparse como la espuma, como otros escándalos que iban y venían mientras Roma permanecía. Aunque no habláramos de ello, creíamos en secreto que, pasado un tiempo, unos años quizá, podríamos volver. Ella lo deseaba más que yo, porque yo deseaba pocas cosas, pero dentro de eso poco deseaba que el mundo se reacomodara según los deseos de Marta. No obstante y contra toda lógica, nada había cambiado en Jerusalén; si acaso, era peor.

Esa noche nos acabamos el aceite de las lámparas oyendo el relato de los judíos recién llegados. No hacía frío, así que salimos al jardín de los ciclámenes y encendimos una pequeña fogata para vernos las caras. María estaba a salvo, decían, para nuestra tranquilidad. Su condición de mujer la mantenía un poco menos a la vista de la gente. Tus amigos, por el contrario, eran personajes cada vez más públicos. Habían vivido escondidos las primeras semanas, pero luego habían cambiado de opinión, y habían salido a las calles a hacer propaganda de tu nombre. Esta tendencia a la irracionalidad de su parte es algo que nunca entendí, pero me acostumbré a ella pronto. Se habían puesto a gritar en las plazas públicas, y los jerosolomitanos acudían y escuchaban, probablemente movidos por el morbo de ver a los

alumnos del hechicero crucificado, o acaso de oír a unos pescadores galileos pontificar con la seguridad de los saduceos. Pero precisamente a estos últimos no les hizo ninguna gracia la forma en que estaba creciendo tu secta, aun después de haberte dado la peor de las muertes. Dos de los pescadores, Juan y Simón, al que apodaban "la Piedra", se pusieron a predicar y, según los informantes, a curar enfermos en la Puerta Hermosa del Templo, en plenas tres de la tarde. Se encontraron ahí con Caifás, quien hirvió en cólera y mandó que los arrestaran. Los guardias no tuvieron consideración por la gente reunida, y se abrieron paso a empujones y con la espada en alto para aprehenderlos. Los golpearon y los encerraron en las mazmorras del sanedrín, donde siguen comiendo agua y pan sin levadura, si es que tu fantasma, o la magia que al parecer les heredaste, o un soborno más humilde que el de José de Arimatea, no los ha ayudado a escapar.

Lo más sorprendente era que tus discípulos de hecho habían atraído tantos incautos que estaban teniendo que reorganizarse en pequeñas comunidades autónomas, de las que María, por supuesto, formaba parte. Desarrollaron un sistema por medio del cual aquéllos con más derecho de antigüedad recolectaban las posesiones de cada uno y después repartían equitativamente bienes y alimentos para todos. Nuestra hermana, por ejemplo, se había ganado un lugar entre los galileos, gracias al mismo carácter que la hizo dejar a su familia y volver a la capital; los ayudaba a dividir la colecta y a atender a otras mujeres, además de visitar a Simón y a Juan en prisión y mantenerlos al tanto. El modelo funcionaba en apariencia hasta que el número de simpatizantes creció y se diversificó, y un grupo de judíos de origen griego comenzaron a quejarse de que a sus esposas no se les estaba repartiendo lo mismo que a las de los judíos israelitas. Entre los helénicos había un muchacho llamado Esteban, que protestaba por la repartición con la misma vehemencia con que decía creer en ti, en tu resurrección y en tu mensaje, a pesar de que sólo te

había visto de lejos, el día que entraste en Jerusalén montado en un burro, perfectamente consciente de que así identificarían en ti al Rey anunciado por Zacarías. Por esta razón, los galileos, tanto los que estaban libres como Simón y Juan, por medio de María, decidieron nombrar delegados de cada comunidad para la colecta y la repartición. Esteban, sin duda, fue elegido uno de ellos, pero no se contentaba con el problema del abasto, sino que a veces salía a las calles, igual que tus primeros discípulos, a hablar de los poderes que blandiste en vida y las promesas que, según él, acompañaban tu muerte y tu presunta resurrección. Tal era su fervor, contaban, que pronto llamó la atención de asiduos a la sinagoga y gente venida de otras partes, desde Cirene hasta Alejandría.

Un día lo cercó un grupo de sacerdotes. Me imaginaba al pobre muchacho como rodeado de pronto por viejos cedros envueltos en telas finas. Entre ellos había fariseos, y comenzaron a increparlo, preguntándole quién lo había nombrado a él jefe y juez de sus compatriotas. Esteban contestó que la misma pregunta le habían hecho a Moisés los demás judíos la primera vez que intentó sacar a su pueblo de Egipto. Estás acaso comparándote con Moisés, le preguntaron, y él contestó: los estoy comparando a ustedes con el pueblo necio que recibe la ley de lo alto y la corrompe, que recibe a los profetas sólo para asesinarlos.

Entonces los cedros se cerraron en torno a Esteban. A pesar de su juventud, no pudo liberarse de los hombres iracundos que lo tomaron de todas las extremidades y, con ayuda de otros judíos más jóvenes, lo llevaron ante Caifás, siempre Caifás, que debió distinguir en sus ojos y en sus palabras la misma peligrosa excentricidad que vio en los tuyos, porque apenas lo hubo dejado monologar, atizó las ansias del sanedrín con una acusación de blasfemia.

Sin embargo, el sumo sacerdote estaba aprendiendo de sus errores, porque esta vez se ahorró los procesos legales de los

romanos. Minutos después, una pequeña turba encabezada por él, los saduceos y algunos fariseos conducía a Esteban a un descampado para lapidarlo.

Tus amigos no podían acercarse al lugar de la ejecución sin temor de ser reconocidos y sufrir la misma suerte, pero María siguió a la comitiva a las afueras de la ciudad y atestiguó cómo los hombres que acusaban a Esteban se arremangaban las túnicas para recoger piedras del camino, cómo lo amarraron a un árbol y comenzaron a descargar la ira del dios de Moisés sobre él.

Conocía los ojos de mi hermana mejor que los míos, porque los había visto mirar toda la vida. Toda mi primera vida, al menos. Podía recrear en mi cabeza su mirada líquida y ligera, corriendo y escabulléndose entre los cuerpos, viendo entre los cauces de la masa humana esa otra masa menor, ajada por el beso violento de las piedras, que hacía unas horas era un muchacho, mucho más joven que tú el día de tu muerte. Fue María quien les relató a estos nuevos exiliados lo que ahora ellos narraban entre el miedo y oleadas perversas de vigor, como si el acontecimiento del primero de tus mártires validara sus certezas. Por encima del horror, estaban orgullosos del sacrificio de Esteban.

Si tan heroico les parece, por qué no se quedaron también, preguntó Marta, sin disimular el desafío de sus palabras. El crepitar de la fogata relumbraba en la neutralidad de su rostro, una neutralidad esculpida con los años desde aquel día en el desierto en que nuestro padre impidió su matrimonio con el samaritano, y quizá desde antes. Los israelitas agacharon las frentes, avergonzados. Guardaron silencio antes de hablar otra vez, pues sabían que conocíamos la respuesta. Finalmente, uno de ellos aventuró una explicación.

Entre quienes habían presenciado la lapidación, dijo, no sólo estaba María, sino también un hombre venido de Tarso, un aprendiz de fariseo cercano al anciano Gamaliel, sacerdote del Templo. Se llamaba Saulo. Era pequeño y magro, más una serpiente

abrasadora que un hombre, y, a diferencia de María, no se habían contentado con mirar, sino que se abrió camino entre la turba, azuzándola, y él mismo tomó una piedra que luego fue a estrellarse con el rostro ya irreconocible de Esteban. Saulo había escuchado el discurso de tu primer mártir frente al Sanedrín, y se había escandalizado con toda la vehemencia y la claridad que abandonaba a otros más ancianos. El suplicio de Esteban, había declarado junto al cadáver aún atado al árbol, sería poco comparado con el que sufriría cualquiera que lo imitara, pues él en persona se haría cargo, si Caifás se lo permitía, de perseguir a los agitadores.

Saulo era en una sola persona la devoción por la ley de Moisés y también la crueldad de los romanos, el cerebro de Gamaliel y el corazón de Caifás. De pronto, cuando el eco de tus palabras parecía haberlos engrandecido frente a las autoridades de Israel, cuando sentían que en Jerusalén hacía más sombra el recuerdo de tu cruz que la mano de Herodes, había aparecido Saulo de Tarso y su promesa de muerte, y de pronto no había que esconderse sólo de Caifás, sino de la serpiente abrasadora. Por eso huimos, dijo otro de ellos, y por un momento el único que habló fue el fuego de la fogata.

Hay, en la parte honda de mis recuerdos, una mujer, una que no eran mis hermanas ni mi madre, ni aquella esclava que mi padre vendió junto con todo. A veces, sin darme cuenta, la olvido. Mi vejez es como las demás, como la que no debí tener y como la que no tuviste tú. Contrario a lo que suele decirse, mi mente no es menos rápida que antes. Sólo es menos espaciosa. No es una cuestión de agilidad, sino de holgura. La manzana que ennegrece sobre la mesa se adelgaza sin dejar de ser manzana, sin perder la lucidez de su esencia, y termina de descomponerse en la consciencia frutal de sus horas acumuladas. Así yo, dentro de este cuerpo que vuelve por segunda vez al polvo, hago espacio a los recuerdos monumentales esculpidos una y otra vez por el tiempo, y despacho otros más pequeños, para que no hagan fardo.

Tú y yo compartimos también la vergonzosa soltería de un hombre pasado de los veinticinco. A ambos alguna vez hubo quien nos mirara con lástima, porque nuestros padres no habían estado ahí para encontrarnos una esposa, y nosotros tampoco habíamos hecho nuestra parte. Claro que tú te aseguraste de tener una reputación suficientemente buena para nivelar el peso de aquella falta, pero yo no. Quien se refiriese a mí en Betania, en los años previos a mi muerte, lo haría en voz baja, como se habla de los accidentes.

Pero no siempre fue así. O al menos, eso habría querido. Años antes de reencontrarte siquiera, estuvo aquella mujer que ahora se esconde en mi memoria.

Yo tendría más o menos dieciséis años, cuando comenzó. Entonces, si no estaba muy ocupado o si no acompañaba a

Neftalí, como hacía cada cierto tiempo, a ayudar a los copistas de Jerusalén, podía ir y volver de la sinagoga sin supervisión, y algunos días en que no había nada que hacer, el anciano me daba una moneda de bronce para comprar una medida de higos secos, y me dejaba ir. Al principio regresaba a ofrecerle algunos higos, o volvía a casa a ayudar a Marta a escondidas de mi padre, que si estaba lúcido se quejaba de que me rebajara a hacer labores intramuros, pero más tarde ocupaba ese tiempo en deambular por las calles de Betania; a veces caminaba falda arriba del Monte de los Olivos y recogía higos frescos, que le llevaba al otro día a Neftalí diciéndole que eran los del día anterior, revitalizados por arte de magia.

En una ocasión, mientras recorría una calle en la parte sur de la aldea, vi junto a una pequeña casa sin revestimiento de cal a una mujer arrodillada sobre la hierba, sacando tierra con las manos. No podía verle la cara, que tenía cubierta por el manto, pero tenía la túnica arremangada, y pude ver sus brazos del color del pan. Cuando me acerqué, tratando de que no me advirtiera, noté que junto al montículo de tierra removida estaba un gallo, envarado y desvaído por la muerte. La mujer debió sentir mi presencia, porque preguntó: quieres que te entierre a ti también.

Salí corriendo. Pero la semana siguiente volví a pasar por ahí. La mujer no estaba, y aún podía verse junto a la casa una pequeña parcela de tierra más oscura que el resto, con la oscuridad que adquiere la tierra cuando se contamina del aire, donde yacía el cadáver del gallo. Ni siquiera había visto el rostro de la mujer, pero la forma en que me había hablado era una alquimia entre el recuerdo de mi madre y unas coloraciones cálidas que no me provocaban las voces de mis hermanas, y la intriga me hizo volver no sólo aquélla, sino otras veces. Por esos días comencé a tener errores, hasta entonces escasos, en mi trabajo en la sinagoga. Me equivocaba en el conteo de las palabras o

derramaba la tinta; incluso rasgué la orilla de un pergamino sin querer. En lugar de molestarse, Neftalí se reía y atribuía mi torpeza a los cambios de mi cuerpo, que no se reconocía en unas proporciones que no terminaban de cambiar. Me había vuelto un muchacho largo y lívido, como me imaginaba que sería al crecer tu hermano Santiago, como quizá lo fue también.

Una de aquellas veces, a cierta distancia de la casa de la mujer del gallo, oí su voz tras de mí.

Ya me vas a decir por qué te la pasas espiándome, dijo.

Tenía el rostro un poco endurecido, como si llevara dentro muchas historias y con el tiempo éstas le hubieran empujado los huesos hacia afuera para hacerse espacio. Su mirada tenía la robustez de un cedro del Líbano. Se rio de mi indefensión, de mi orfandad de respuestas, de la vergüenza en mi rostro.

Me invitó a pasar.

La casa era decididamente pobre, apenas una estancia con una mesa, un poyo y una cama hecha de un par de esteras y muchas telas superpuestas. La cama, a diferencia del resto del lugar, tenía un aire de espacio ritual; no estaba en una esquina, sino en medio, recargada en una pared, y a un lado tenía una mesita con aceites. Sólo unos años antes, cuando vivíamos en el Castillo de Magdala, me habría costado imaginar que otra gente pudiera vivir así, con apenas lo mínimo.

La mujer tomó uno de mis higos secos, y me extendió una jarra con agua.

Me llamo Rahab, dijo; y me imagino que algún nombre tendrás tú.

Se lo dije.

Eres mi primero con ese nombre.

Tu primero, pregunté.

La mujer hizo gesto de comprender de pronto que yo ni siquiera había alcanzado a arañar a qué se refería. Me miró con ternura. Me preguntó qué era lo que hacía entonces afuera de su

casa, como las otras veces. Como no sabía contestar sin sonrojarme, mencioné el entierro del gallo.

Ese pobre animal, dijo, es lo último que me quedaba de mi esposo, y ahora los dos están bajo la tierra. Al menos de éste, añadió señalando hacia afuera de la casa, sí me consta; pude habérmelo comido, pero estaba viejo y enfermo y no es buena idea abrirle la puerta a las desgracias cuando ya se tienen muchas viviendo a costa de una.

Le pregunté qué le había ocurrido a su esposo.

Se fue, hace años, a la revuelta de Judas, y nunca volvió.

De inmediato vino a mi mente el recuerdo de aquel crucificado en el camino de Séforis, años atrás, también caído durante las guerrillas del Galileo. No dije nada, y no hizo falta.

Tú debías ser un niño entonces, dijo la viuda, apartando el pasado frente a sus ojos con el anverso de la mano.

Tengo que regresar a mi casa, escupí, y me dirigí al umbral. Rahab sonrió con todos los huesos de la cara.

Vuelve cuando quieras, dijo, casi no tengo amigos.

Afuera el día seguía siendo el mismo. Llegué a mi casa sin recordar un solo paso del trayecto.

Tras la llegada de los judíos exiliados, me cuesta recordar qué ocurrió antes y qué después, o cuándo exactamente sucedió cada cosa. En la vejez es más fácil recordar los eventos de la niñez que un nombre oído esa misma mañana. Con el tiempo, la ausencia de María dejó de ser una herida que despertaba al rozarse con cualquier cosa para convertirse en un dolor crónico, pero no fatal. Tanto los nuevos exiliados como nosotros tuvimos que dejar la finca, que Bernabé había vendido para solventar la vida comunitaria de la incipiente secta que llevaba tu nombre, así que Marta y yo alquilamos otra, mucho más pequeña, cerca del puerto, la misma en la que tenemos esta conversación, de un muerto a otro, del muerto que habla, que camina entre los vivos, al muerto que no oye, que no responde, que imita a su dios con maestría. A partir de entonces conservo sólo episodios; en algunos soy más joven, en otros más viejo, y son como las diminutas aves que ahora huyen del cielo rojo de Jerusalén y se pierden con un parpadeo.

Recuerdo haber temido a Saulo de Tarso. Si Saulo perseguía a mi hermana, era como si Saulo me persiguiera a mí, y le temía aun del otro lado del mar. Había pasado el tiempo desde mi primera muerte, y se había volcado de nuevo todo el odre de la vida sobre mí, pero mi cuerpo no olvidaba el olor de la carne seca, que me acompañaba pertinaz, ni el vacío, la nada, la ausencia de todo incluido tu dios. Entonces me aferraba sólo a lo inmediato, a lo que dejara sombras en mi piel; entonces Marta y María eran la única pulsión vital de mis horas. Y María estaba en algún lugar de Jerusalén, escondida, temiendo los tentáculos flamígeros de Saulo.

Pasaron años, me parece, antes de tener alguna nueva noticia de ella. Años que mi memoria rellena con arcilla a falta de un mejor material. Y finalmente Bernabé volvió a Chipre. No pensaba quedarse, sino que había hecho el viaje para poner en orden la venta de sus últimas pertenencias, que no había ocurrido tan tersamente como aquélla de la finca. Regresaría a Jerusalén, esa ciudad que era para tus amigos como esas piedras exóticas que atraen a otros metales con sólo ponerlos cerca.

Bernabé se había encogido. O eso me parecía. Era como si su cuerpo hubiera adelgazado todavía más, pero no a causa del deterioro, sino de la concentración de la materia. Se le habían ahondado lo mismo la mirada que las ojeras. Y tenía noticias, algunas de ellas imposibles de creer.

María estaba viva.

Y con María estaba vivo yo.

No sólo estaba viva, sino que se encontraba con Simón la Piedra en Jope, cerca del puerto en que nos vimos por última vez. En mi pecho, donde alguna vez se albergó la enfermedad, sopló una ráfaga de esperanza: quizá María se embarcaría por fin para volver. O para irse, en realidad. Algo que hace el exilio es trastocar el significado de los verbos. Pero la ráfaga hizo una voluta y se fue tal como llegó. María no estaba en Jope para embarcarse a Chipre, sino para enseñar —ése fue el verbo que usó Bernabé, *enseñar*— a los judíos de la región. Marta y yo no conseguíamos asir cómo era que tus amigos habían pasado de fugitivos a rabíes itinerantes, por lo que Bernabé nos contó lo acontecido en esos años, con una sonrisa que, de no estar yo mismo ebrio de la certeza de que María vivía, me habría resultado insoportable.

Al inicio la persecución se había recrudecido. A la ira de Saulo se sumaban los conflictos políticos que eran, han sido siempre, el otro templo de Jerusalén. Tanto Caifás como Pilatos tenían ya las manos hundidas en la sangre de tus prosélitos, pero la carnicería se dosificaba de tal forma que apenas merecía

la calidad de extraordinaria. Hasta que, un mal día, el procurador exigió de la tesorería del Templo el dinero para construir un acueducto. El Sanedrín se negó, por supuesto, pero Pilatos amenazó con subir los impuestos, lo que habría comprometido la popularidad de la élite saducea, así que terminaron por acceder, siempre y cuando el acuerdo se mantuviera en secreto. En Israel, por supuesto, los secretos no los guardamos ni los muertos. Quizá fuera un fariseo idealista del Sanedrín, quizá un oficial de Pilatos contaminado en silencio por tus amigos y sus doctrinas. Pronto, la ciudad supo que el procurador había saqueado las arcas del Templo para sus obras romanas, aunque tal vez estés de acuerdo conmigo en que un acueducto no le viene mal a nadie, y una oleada de protestas se fermentaron pronto en auténticas matanzas. Pilatos mandó reprimir y asesinar judíos lo mismo a las puertas del Templo que en el monte Guerizim, donde se decía que reunió a un grupo de samaritanos disidentes para masacrarlos. Durante esos despliegues de insignias romanas y sangre judía, sin duda, el procurador aprovechó para disminuir los números de seguidores de aquel virulento crucificado de unos años atrás que parecía negarse a morir por completo.

No obstante, la suerte de tus amigos, y la de mi hermana con la suya, se revirtió de la noche a la mañana, objeto de una magia más grandiosa que la tuya, la de Simón el Mago o la de cualquier otro hechicero que haya pisado esas tierras. La magia de la casualidad.

Cualquiera de aquellos días, cualquiera de aquellos meses, Saulo, la serpiente flamígera, se apagó. No había muerto, sino algo peor: se había convertido a tu secta. Hago como si estuvieras aquí, sentado a mi lado de frente al mar de Chipre, y no logro imaginar si esto te provocaría una sonrisa o una mueca de contrariedad. Aquél que persiguiera a tus amigos con pezuñas de bronce encendido una mañana volvió de Damasco, adonde había ido detrás de seguidores tuyos, ululando que te había conocido

en persona. Lo más probable es que el calor del desierto y la soledad de su viaje lo hubieran inducido a una alucinación, pero, fuera como fuese, ese día cualquiera, de ese mes cualquiera, Saulo volvió a Jerusalén tan purificado en arrepentimiento como empapado en sangre había partido.

Naturalmente, nadie le creyó. De hecho, algunos miembros de la secta le tenían tanto odio, por lo demás justificado, que tomaron aquello por una ofensa mayor, y, superándolo en número, lo amagaron y lo metieron a la fuerza en un cesto de mimbre que fueron a arrojar por la pendiente de una colina.

Saulo sobrevivió, y sólo la intervención de Simón, ese pescador analfabeta ahora erigido en líder, evitó que lo desmembraran y alimentaran a los perros con sus despojos. María debió estar ahí, debió verlo de cerca, ajado y disminuido, tan cerca como lo había visto en toda su ira el día en que no le escatimó una sola piedra al cuerpo de Esteban. Incluso si no entiendo a tu gente, incluso si me equivoco, me consuelo con pensar que María es la mejor entre todos ellos. Ella debió ser la primera en perdonarlo, antes incluso que Simón, porque María, a diferencia de Marta o de mí, es incapaz de soportar el sufrimiento ajeno, y sentiría en carne propia de las heridas de ese Saulo penitente como había sentido, aquel viernes en Jerusalén, las tuyas. De esa forma, a través de lo que yo imaginaba que era la mirada de María, vi cómo Saulo se levantó, contrito, y pidió el favor de Simón para ir a hablar de ti en tierras donde ellos no tuvieran que verlo más, en las tierras lejanas en las que nadie había pronunciado tu nombre.

Simón accedió, quizá aún desconcertado, pero convencido por la doble ventaja de deshacerse de Saulo y *enseñar* por vía suya en lugares que él sólo conocía de oídas y en las que sólo vivían paganos. En el peor de los casos, tomarían a Saulo por loco y se encargarían de él allá, lejos. Así que Saulo se puso otra vez de camino al norte, pero esta vez hacia Antioquía, y esta ocasión para ganar adeptos a tu causa en lugar de para fulminarlos.

Y así fue como, por primera vez, tu nombre viajó fuera de Judea, en la boca de una víbora humeante.

También, si recuerdo bien, debió ser por esos años que tu hermano Santiago apareció de pronto en Jerusalén, para reclamar los réditos de tu legado.

Rahab sostenía las medidas de barro de una forma que me recordaba a mi madre. Quizá no se parecieran en nada. Quizá era sólo que no conocía de cerca a bastantes mujeres fuera de mis hermanas. En honor a la verdad, visto a la distancia, eran muy distintas. Mi madre había sido una mujer feliz, una flor arrancada en la plenitud de su color, y Rahab, por el contrario, era triste, y vivía como si hubiera debido morir antes, junto con su marido, aquel revolucionario que desapareció junto con la revuelta, y que no dejaba, hasta donde sabía, hermanos que se ocuparan de ella. No tuvieron hijos. Ahora que había muerto el gallo, en su casa el silencio aplastaba el aura sonora de su individualidad, los pasos, los roces accidentales con las telas, con los trastos, un chorro de agua, un suspiro. Estaba sola. O casi. Me tomó tiempo entender el asunto de los hombres que la visitaban. A veces, con una sutileza que funcionó por algunos días, me convencía de marcharme. Alguna otra vez me liberé temprano de mis deberes con Neftalí, y llegué antes de la hora usual, y la encontré en la puerta, despidiendo a uno de ellos. Pronto asocié esas presencias con otras que había intuido cuando la espiaba los primeros días, cuando creía que ella no se daba cuenta. Hace muchos años que no sé nada de Rahab, es muy posible que haya muerto ya, pero recuerdo todo aquello y el hombre que soy ahora siente vergüenza con ella por el niño cándido de entonces. Como tú, como todos, yo no era ajeno a que la vista de un cuerpo extraño provocara que mi mente comenzase a mordisquear mi carne desde dentro; aunque nunca había tocado a una mujer, mi cuerpo poseía una

memoria heredada que intuía, a pesar de no tener referentes, lo que ocurría en su casa durante mi ausencia. Sin embargo, cuando sentía recelo de aquellos hombres, no era por lo que hacían con el cuerpo de Rahab, sino por lo que hacían con su tiempo. Solía preguntarme si a ellos también los escuchaba como a mí, si ellos estaban tan solos como yo. Como ella. Porque eso eran nuestros encuentros. Un intercambio de soledades. Ella, una viuda sin más opción de supervivencia que la indignidad. Yo, una mota de polvo, un enfermo, un hijo de madre muerta y padre loco, un medio hombre, una primogenitura malgastada. En el fondo éramos como una pareja de leprosos. Y éramos, por eso, amigos. Cuando pienso en todo lo que hicieron los otros galileos por ti, comprendo. Porque en aquella época, mucho antes de que tú comenzaras tu cruzada, yo también habría dejado a mi padre si Rahab me lo hubiera pedido. Y me preguntaba si los hombres que visitaban su casa serían, de alguna otra forma incomprensible, sus amigos.

Cómo es estar con esos hombres, le pregunté un día.

Rahab guardó silencio. Me acarició la mejilla, y sonrió, triste.

Usualmente hablábamos de cualquier cosa. Yo le contaba del pasado: mi infancia en Magdala, mis hermanas, mis padres y la esclava Noemí, y ella del suyo: una casa paupérrima en Belén, unas hermanas, unos padres, un matrimonio temprano y otra casa, no menos pobre, en Betania, y un marido al que no le daría hijos vivos y al que le lloraría muy pronto. Yo le contaba del anciano Neftalí y de las profecías de Zacarías, Daniel y Jeremías; ella, del ciego que pedía limosna en el camino al pozo y que, estaba segura, fingía su ceguera. Yo le ocultaba los delirios de mi padre, las veces que se encerraba sin comer o se obsesionaba con plantar nuevas higueras donde ya había plantado otras; ella me ocultaba lo que hacía con los hombres. Hasta ese día. Mi pregunta rompió un delicado equilibrio.

Me había acariciado la mejilla, y había sonreído, triste.

No puedo decirte.

Por favor, insistí.

La primera vez que te dejé entrar a mi casa, dijo después de un largo silencio, creí que eras otro más de esos hombres, como los llamas; ese día te lo habría mostrado todo, te habría ayudado a saberlo todo, porque no te conocía, pero ahora me avergüenza siquiera hablar de ello contigo.

Nunca he estado con una mujer, dije, quiero saber.

Rahab negó con la cabeza. Un hervor inesperado me nació en el paladar. La punzada de algo anterior a todo aquello. De pronto ella, como los demás, me separaba del grueso de los hombres, me consideraba inmerecedor de lo que daba a otros. Cuando Rahab vuelve a mi memoria desde el tiempo y el olvido, repaso lo que ocurrió después, y cada vez me arrepiento, cada vez el recuerdo tiene exactamente el mismo peso.

Tienes que hacerlo, le dije, si te pago.

Una vez más, Rahab guardó silencio. Sólo que esta vez no sonrió, ni dejó escapar ninguna tristeza. Su cara estaba fija y grave, como los bustos de los emperadores romanos.

No puedes negarte, dije más fuerte, no puedes.

Y una vez más Rahab negó con la cabeza.

No, por favor, murmuró por fin.

Me puse de pie, y golpeé la mesa con la palma de la mano. No puedes negarte, grité. Había una voz en mi mente al rojo vivo, una voz que hablaba en una lengua extranjera, y sin embargo comprensible, aunque apenas, como en una mala traducción, un ruido cargado de significado, que mezclaba mi nombre con la certeza de que aquello era ser un hombre, de que por mis dedos corría el poder que había en los gritos de guerra de Judas el Galileo y en la mirada sentenciosa de los patriarcas. Y era ése un poder artificial, pero eficaz. Rahab era más que yo en muchos sentidos. Más grande, más sana, de una materia más sólida. Pero el golpe en la mesa cimbraba el orden natural de las cosas, y me

colocaba, podía sentir, por encima de ella. Rahab lo entendió al instante. También era más inteligente que yo. Entendió que yo había puesto una distancia vertical entre nosotros, una distancia a la que la tradición y la ley me daban derecho, y que hasta entonces no había ejercido porque una parte de mí, la mejor, sabía de ese otro orden, el natural, en el que Rahab y yo éramos sólo dos personas, dos soledades, en la horizontalidad del valle del Edén. Pero la otra parte de mí, la que había acumulado años de una niñez torcida y los cocinaba ahora en el fuego de esa edad turbulenta, quería saber, quería tener para sí lo que los hombres tenían.

Rahab entendió que yo, de pronto, era uno de ellos.

Era como si su cuerpo y su mirada fueran dos entes distintos. Aquél se quitaba la túnica, sin titubear, mientras ésta se inundaba de amargura. Se sentó en la orilla de la cama, y su cuerpo todo era del color del pan. Y su mirada toda era un corazón roto.

Me acerqué, con el puño cerrado, sosteniendo la estela del golpe en la mesa. Pero no pasó mucho tiempo para que mi cuerpo y mi mirada fueran también dos entes distintos. Ésta humeaba de ira y de orgullo, mientras aquél comenzaba a sentir unos nervios de niño. Mi cuerpo no estaba a la altura del escenario que yo mismo había montado. Me levanté la túnica, sólo hasta la cintura, pero cuanto debía estar listo estaba apenas dudoso. La memoria heredada se evaporó. Entonces Rahab, tomando prestada mi ira, me atrajo hacia sí con violencia y comenzó a masturbarme, mientras embarraba el rencor de sus ojos en los míos. Cuando estuve listo, ella se encargó. Se recostó, y yo sobre ella, y de pronto mi peso me pareció excesivo, estúpido, tanto que cuando entré en ella me resultó más incómodo que placentero. No estaba bien. Moví la cadera un par de veces. El aire daba vueltas enloquecidas por mi pecho. En la respiración de Rahab había tonalidades y colores sutiles, mezclados con el enojo. No estaba bien. En sus pupilas había algo de lo que había

en las de mi madre, traicionada por la vida, la mañana en que la mordió el áspid.

El pensamiento de mi madre se llevó consigo el aire.

Ni un segundo tardé en darme cuenta de lo que sucedía. La sensación me era de sobra conocida. Mi garganta se cerraba como si le cayera encima una avalancha de arena. Se avecinaba una crisis y no habría dios en la tierra para evitarlo.

Me aparté, trastabillé y terminé de rodillas junto a la cama. Rahab, de pronto, era otra vez ella. Corrió hacia mí, sin reparar en su desnudez. Yo no podía hablarle. Las fronteras de la realidad se me desmoronaban, las paredes se fundían unas con otras como si fueran de arena. Respira, dijo. No podía respirar. Respira. Intenté respirar. Desapareció y volvió de inmediato con un cuenco de agua. La crisis estaba pasando. Tampoco ese día moriría. Tomé el cuenco y bebí, y el mundo recobró sus líneas.

Rahab me veía, sin tocarme. Y su mirada toda era un naufragio. El mío, el nuestro.

Me puse de pie, tambaleante, presa de una vergüenza insondable, siete veces mi tamaño. No trató de detenerme. Perdón, musité, cuando ya estaba en la puerta. Nunca supe y nunca sabré si Rahab escuchó. Me aseguré de llorar sólo cuando estuve fuera y me aseguré de que nadie podía verme. Detrás de mí, su casa era otra ciudad abandonada.

Alguno de esos días, alguno de esos años, cuando volvía del templo de Atenea, Marta escuchó los rumores de que Saulo de Tarso estaba en Chipre. No le fue fácil reconocer entre los cuchicheos a la serpiente conversa que había perseguido a María y a los tuyos, porque ahora se hacía llamar *Paulus*, en griego; es decir, pequeño.

Y pequeño sí era. Lo vimos la primera vez en la plaza de Citio, hablando entre la gente, subido en un banquillo porque, de otra forma, la multitud habría devorado su insignificancia. Era un hombre de aspecto desagradable, pero en su rostro había la máscara serena de los poderosos. A diferencia de Marta o de mí en nuestros primeros días, Saulo no parecía un extranjero entre los griegos. Su forma de moverse era la de quien nada en aguas familiares. A fin de cuentas, había crecido en Tarso, un judío entre griegos. Toda su infancia debió ser una tachadura de fronteras. La sola manera en que sus pies se apoyaban en el banco daba testimonio de por qué había sido él y no tus amigos, no sólo judíos, sino además galileos, quien hiciera tu proselitismo entre los gentiles. Sin serlo, era uno de ellos. Su fuerza radicaba en su ambigüedad, en su calidad de infiltrado permanente.

Con él estaba Bernabé, y otro hombre, mucho más joven, que ahora hablaba. Saulo, contaba a la muchedumbre, había desembarcado en Salamina, donde, según sus palabras, convirtió un cónsul a tu secta. Las palabras exactas que usó el muchacho fueron "ganó a un cónsul para *Cristós*". *Cristós*. El Ungido. Ya antes te habían llamado así, en hebreo, el domingo que entraste en Jerusalén después de condenarme de nuevo a la vida. *Mashíaj*.

El Unigido eras tú, un judío pobre emergido de entre la suciedad de Galilea, martirizado por una imprudencia de la que no eras ni el primero ni el más notable representante. Al escuchar ese apelativo en griego, en tierras y circunstancias tan distintas a aquella sinagoga de Magdala donde escuchábamos juntos al anciano rabí Zacarías, temí por primera vez que el accidente de tu nombre no se apagaría ya.

Bernabé nos vio entre el gentío, y se acercó a Marta y a mí. Nos saludó con el consabido deseo de paz. Ése que habla es Lucas, dijo, el médico de Saulo; viaja con nosotros desde Antioquía.

Bernabé, le pedí, no le hables a Saulo de nosotros; y si lo haces, no le digas nuestros nombres; dale otros, falsos.

En realidad, hacía años que Marta y yo íbamos y veníamos con nombres que no eran los verdaderos. Conforme el flujo de exiliados de Judea se alejaba de la primera generación, menos gente nos reconocía, y nuestros nombres se perdían con la memoria de otra vida.

Por qué, preguntó Bernabé, con una mueca de dolor que Marta atrapó y aplastó al vuelo. No te parece que hemos tenido ya bastante de tu Cristós, le espetó.

El viejo chipriota bajó los ojos, como si contuviera la ofensa, como si se tragara las palabras avinagradas de mi hermana, pero también como si entendiera.

Me temo que es demasiado tarde, dijo, Saulo sabe de ustedes, y quiere conocerlos.

Guardamos silencio. Lucas, el médico, contaba que un mago judío de nombre Elimás había tratado de impedir la conversión del cónsul —Chipre no era, por supuesto, la capital del racionalismo helénico, y como Elimás pululaban agoreros y nigromantes de otros pueblos, que lo mismo decían el futuro o presumían haber sacado demonios con el olor de unas raíces preferidas del rey Salomón—. Saulo, en respuesta, había cegado al mago. El cónsul

había quedado tan impresionado, que decidió aceptar la fe del tal Cristós. Quién sabe qué habrá sido de aquel cónsul, pero sospecho que no llegó mucho más lejos en el escalafón del imperio.

Vámonos, espetó Marta, molesta. Pero yo quería oír la voz del hombre que había perseguido a María. Entonces te veo más tarde en la casa, dijo, y se alejó entre la gente.

Antes de comenzar a hablar, Saulo dirigió una mirada general a los presentes. *Hermanos*, dijo al fin. Hermanos. Una extraña manera de referirse a un pueblo extranjero. No vengo, siguió, a hablarles con palabras sofisticadas; no vengo a hablarles de ningún bautismo; vengo a pedirles que sean como yo, pero no porque yo sea judío y quiera que lo sean también, sino porque yo he conocido a *Cristós* llamado Jesús, no en vida, sino en espíritu.

Había, en su voz y en su retórica, algo que faltaba en la tuya. Un refinamiento y una amabilidad que tú nunca tuviste. Tú contabas historias, y soltabas verdades como raíces arrancadas. Saulo se metía en las cabezas de sus oyentes y acariciaba sus oídos desde adentro. Era un hombre inteligente, educado, y sus palabras estaban estudiadas para su público en turno. Sepan, continuó, que en Jerusalén de Judá murió y resucitó Jesús, el galileo, pero su mensaje no es sólo para los judíos, sino para todos; *Cristós* vino al mundo a darnos la noticia del Reino de Dios, del que todos podemos ser herederos, porque en el Espíritu no hay distinción de judíos y griegos, de esclavos y libres, de hombres y mujeres.

El efecto era tan inmediato como seguramente premeditado. Chipre, como Antioquía, Cilicia, Corinto y tantas otras ciudades, vivía no sólo bajo el poder romano y la herencia griega, sino también bajo la incesante oferta de credos e ideologías de sus vecinos. Y he aquí que un hombre los llamaba, no a convertirse en judíos, sino a buscar algo que trascendía su origen, su estatus o su sexo, ese mundo imaginario del que ya hablaba

Platón, pero que tú habías renombrado y mezclado con las virtudes esenias de Juan el Bautista.

Y la gente de Citio escuchaba.

Me perdí por horas en el Huerto de los Olivos, y no volví a casa hasta que el color rojo se había despintado de mis ojeras.

Marta y María estaban en la cámara principal, acompañadas de Joaquín, el músico que se ganaba la vida tocando el pífano en las calles de Betania. Vestía su túnica de siempre, y llevaba el pelo largo y enmarañado. Visto bajo techo daba ya una sensación de que el orden de las cosas se había agrietado. Bajo nuestro techo.

Marta tendría unos dieciocho años, y María, doce. Sus rostros eran ensayos del miedo. Por un momento creí que Joaquín había tratado de hacerles daño, pero la postura del hombre no era la de un depredador, no era la que yo había adoptado frente a Rahab y que todavía hacía eco en mi memoria corporal, sino que miraba el piso, avergonzado; y mis hermanas se protegían, abrazadas, pero no de él, sino de algo más grande, de eso que nos acechaba desde la muerte de mi madre y que reconocí de inmediato en la mueca de sus labios.

Joaquín lamentaba ser él quien nos dijera la noticia, decía. Nunca le habíamos hecho daño y ahora él venía como un ave negra.

La gente de Betania estaba acostumbrada a los devaneos de mi padre; nunca se habían burlado de él porque no molestaba a nadie y sabían que en Magdala había sido un hombre de cierta prominencia. Cuando lo veían vagar con la mirada perdida en el camino a Belén o bajar del Huerto de los Olivos sosteniendo el viejo perfume de nardo, lo compadecían en silencio, como a un héroe trágico. Pero esta vez era diferente.

Alguien, contaba Joaquín, lo había visto a un lado de la ruta del sur, en dirección al mar Muerto, atravesando una comunidad de leprosos. La voz se había corrido ya, y en la aldea nadie estaba dispuesto a dejarlo volver.

Nuestro padre estaba impuro, y los impuros no deben compartir la vida en sociedad.

En verdad lo lamento, insistió Joaquín. El pífano vacilaba en sus manos nerviosas, y su mirada era una mosca que se paseaba entre nosotros tres. Parecía estar esperando nuestras lágrimas, aunque tampoco habría sabido qué hacer de ellas una vez que aparecieran, pero sólo María, apenas digirió la primera certeza de su orfandad, trató de ocultar un llanto entrecortado en la túnica de Marta. Lo lamento, repitió Joaquín, y salió de la casa, aprovechando que Marta y yo nos mirábamos el uno a la otra y que su presencia había perdido peso.

En los ojos de Marta había tristeza, pero también había paz. Y mi mirada debió ser un azogue para la suya. Ciro de Magdala, hijo de Ananías, había muerto con su esposa, hacía años. El hombre que vivía intermitentemente en nuestra casa era otro, un despojo, un inestable sembrador de higueras que había suplantado al solemne comerciante de telas de otro tiempo. Sentíamos una pena terrible por ese pobre hombre que, en su locura, se había topado con la promesa de la lepra; nos horrorizaba el pensamiento de su suerte, la imagen de su piel poblada de pústulas blanquecinas, su cuerpo muriendo por partes. Y al mismo tiempo, había tras esa pena un respiro inconfesable. Jamás lo habríamos dicho en voz alta, mucho menos frente a los demás, pero yo sabía que ella sentía lo mismo: ahí, con los leprosos, fuera del mundo, mi padre estaría mejor; quizá, con el pasar del tiempo, sus propios dolores lo harían olvidar lo que perdió y lo que abandonó.

Quizá un día no recordaría su nombre, ni el de su patria, ni el de su dios, y, por primera vez en muchísimo tiempo, podría sonreír otra vez.

Al día siguiente de su arribo, Bernabé, Saulo y Lucas se presentaron en nuestra casa. Yo iba a salir a recibirlos, pero Marta me lo impidió.

Tal vez tengan noticias de María, le dije.

Si María quisiera que tuviéramos noticias suyas, habría enviado un mensajero cualquiera de estos años, contestó. Tenía razón, aunque me doliera aceptarlo.

Afuera, Bernabé gritó mi nombre de nuevo, y añadió: *Paulus* está aquí.

No queremos nada con él, insistió mi hermana.

Marta y yo hablábamos poco. No sólo habíamos cambiado nuestros nombres, sino que la gente de Citio nos creía marido y mujer. Nunca los desmentimos, pues de esa forma ni a ella ni a mí se nos juzgaba por nuestra soltería, algo que ocurre en tierras paganas tanto como en Israel; por el contrario, desempeñábamos bien nuestros papeles hasta cuando nadie nos veía. Apenas conversábamos, nos guardábamos un cariño profundo y cuidábamos del otro en silencio, y, sobretodo, no nos molestábamos mutuamente con nuestras inquietudes particulares. Deambulábamos la casa como si siempre sólo uno de nosotros estuviera vivo y el otro fuera un fantasma, como si la realidad del otro fuera inaccesible. Ella pasaba buena parte del día en el templo de Atenea, en el mercado o en sólo ella sabría dónde, y yo veía pasar las horas frente al mar, escribía historias en las que tu dios y los dioses de los griegos jugaban a las canicas de hueso o practicaba tocar la cítara que un vendedor me había cambiado hacía unos años por uno de los viejos cojines fenicios. Nos veíamos a la hora

de comer o por la noche. Una vez que le dije que no era obligación suya hacerme de comer que podía hacerlo yo solo, incluso en el Shabat que, poco a poco, sin que nadie se diera cuenta, dejamos de practicar. Por años creí que Marta añoraba la vida en Betania, tanto como la vida en Magdala antes. Pero no era así. Yo viví, por años, enemistado con la felicidad; el olor a muerte me perseguía y María, como un miembro amputado, me dolía sin dolerme. Pero Marta había aprendido a ser feliz. Marta, que lo había perdido todo: a su madre, a su tierra, a aquel muchacho de Samaria, a su padre, a su tierra otra vez, a María, había encontrado en el exilio la paz que su dios, también perdido en uno de tantos caminos, le había negado antes. Sólo esa mañana, con Saulo de Tarso esperando afuera de la casa, comprendí.

No quiero que ponga un pie en esta casa, volvió a decir, y en sus ojos había una amargura antigua.

No salí, sino que me coloqué junto al umbral, y hablé tan fuerte como creí apropiado.

Saulo de Tarso no es bienvenido en esta casa, dije.

Callaron un momento, y luego Bernabé intentó nuevamente: peroró sobre nuestra amistad, y sobre las buenas intenciones de su acompañante. Hablaba bien de él, pensé, que no intentara sugerir que estábamos en deuda con él. Marta no me quitaba los ojos de encima.

Lo siento, dije, aunque mi voz era menos firme que la primera vez, no es posible.

Entonces habló Saulo. La paz sea con esta casa, hermanos, dijo. Y eso bastó para que el odre caliente que era Marta reventara.

La paz ya vive en esta casa, gritó, y no gracias a ustedes, ni a su ungido, ni a su Reino; la paz vive en esta casa porque hace mucho que aquí no habitan ésos a quienes ustedes llaman; si Saulo de Tarso ha venido buscando a quienes conocieron a Jesús de Galilea, para que le hablen de él y pueda incluir sus palabras en sus discursos, busca en el lugar equivocado, porque esas

personas se ahogaron en el mar Muerto hace muchos años; en esta casa no conocimos ni queremos conocer a ningún *Cristós*, y estamos muy bien como estamos, así que váyanse con su paz y sus *hermanos* a otra parte.

Hubo un silencio largo y preñado de incomodidad. Luego, apenas el ruido de las telas contra el aire y las sandalias contra el polvo. No se dijo nada más. Cuando salí de la casa, momentos más tarde, no había nadie.

No obstante, un par de días después, estaba sentado bajo un cedro frente a la costa, practicando la cítara, cuando vi acercarse a Lucas, el joven médico, pendiente arriba. Las notas del instrumento trastabillaron con un momento de alarma, pero de inmediato advertí que Marta no estaba ahí para negarse al encuentro.

La paz esté contigo, gritó, apenas estuvo a distancia.

No contesté.

Bernabé dijo que aquí podía encontrarte. Vine ayer también, pero no te vi, y aquí estoy.

Pues henos aquí, dije.

Lucas se sentó a mi lado, de frente a la costa. El mar, conforme se alejaba hacia Israel, adquiría un tono de nube gris. Y allá, del otro lado, se avistaba una línea oscura, las costas de Judea y de Samaria, como un rayón en el pergamino del paisaje.

La de Saulo era una visita de cortesía: era yo quien quería conocerte, dijo el médico; Saulo está convencido de haber visto a Jesús en visiones, y no le interesa tanto como a mí conocer a quienes lo conocieron.

No era el primero, y empezaba a temer que no sería el último.

Un día voy a escribir todo esto, siguió, siempre he tenido inclinación por la escritura, y un día voy a escribir todo en griego, para que todos puedan leerlo: la historia de Jesús, la de Saulo, la tuya.

Y a quién podría interesarle mi historia, pregunté.

Estuviste muerto, y estás aquí, a mi lado, respirando.

Para vivir muchas vidas no es requisito morir y resucitar.

Guardó silencio. Jugueteó con una rama del pasto, de por sí escaso, y luego la trozó y la arrojó al frente. Notó el polvo de sus pies, y se lo sacudió sin mucha esperanza.

Lo odian, tú y tu hermana, quiso saber.

No te odiaba, me dije. No te odio. Quizá los primeros días tras aquel sábado te odió mi cuerpo y te odió el cementerio encendido de mi mente, pero no te odio ahora.

No lo odio, dije, tan sólo hemos tenido suficiente de él. Le conté que una vez, poco antes de tu muerte, te había visto secar una higuera con sólo desearlo. Yo era la higuera seca que camina. Yo era el polvo inocente de Israel que aplastaron con sus pasos Judas el Galileo, Juan el Bautista y tú, Jesús de Nazaret. Yo era la fibra de una vela que empujan los vientos de Roma, de los reyes de Israel y de la inmundicia en la que nacen los hechiceros y los libertadores. Y la higuera, el polvo y la vela por una vez querían sólo la ausencia y el silencio en vez del ruido de los hombres y sus dioses. No quiero, le dije, que tú o cualquier otro cuenten mi historia; lo único que quiero es aprender a tocar la cítara decentemente antes de morir de nuevo, un día, debajo de este mismo cedro.

Duele, preguntó, duele morir.

Duele estar enfermo, dije, morir, no.

Lucas calló de nuevo, como sopesando qué tanto de una ofensa debía extraer de mis palabras y qué tanto del juego intelectual de un hombre que pronto comenzaría a hacerse viejo. Era cierto, en todo caso. Entonces tendría unos cuarenta y tantos años, pero mi cuerpo, aunque ya no padecía de la enfermedad respiratoria de mi primera vida, llevaba consigo la estela de la muerte, y mi cuerpo se precipitaba a una ancianidad prematura, de piel magra y blanquecina, nunca del todo reanimada, que empezaba

a sentir las secuelas a largo plazo de haber estado muerto. Lucas pareció comprender lo que pasaba por mi mente, porque quiso saber si me sentía bien.

El olor no me abandona, dije. Desde ese día, el olor a muerte no se va; no estoy enfermo, o no todavía; es sólo el olor, que me acompaña siempre.

No contaré tu historia si no quieres, dijo al fin, pero déjame ayudarte; soy médico; podemos deshacernos del olor; he estudiado con maestros de Siria y de Antioquia.

Era un buen hombre, Lucas. Sin la grandiosidad de Saulo, pero con un corazón más delicadamente esculpido. No estaba, o al menos no aún, contaminado del todo por esa locura de espíritu que arrobaba a todos tus seguidores. No le dije que otros ya lo habían intentado y el hedor persistía; que quizá estaba dentro de mi mente, en un rincón al que ningún médico o nigromante conseguía llegar.

Guardé silencio y seguí viendo la nube gris del mar. Siempre que hubiera tiempo para la cítara, nada se perdía si Lucas, el médico escritor, lo intentaba también.

Mi padre moriría, años más tarde, sin que mis hermanas y yo pudiésemos recuperar su cadáver. Lo vimos, aún vivo, algunas veces, a lo lejos, hablando entre los leprosos, hasta que ya no lo vimos más. Al inicio, nos angustiaba preguntarnos si viviría atormentado o si acaso no se enteraba de nada, si pensaba que las escamas de su cuerpo habían estado ahí desde el principio de los tiempos. Después, la angustia cedió al tiempo, igual que cedió él. Los leprosos lo enterraron, junto con sus historias y todos los caminos que recorrió en vida y que lo llevaron hasta esa colonia maldita.

Fue antes de la época en que mis enfermedades se agravaron. Estaba lúcido cuando ocurrió. Mis hermanas y yo pusimos un pequeño altar en la primera de las higueras que había plantado junto a la casa.

Fue la única muerte, además de la tuya, que no lloré. Toda la vida, mi padre me había provocado emociones contradictorias. Lo admiraba y lo aborrecía. Le tenía miedo y, al mismo tiempo, habría dado lo que fuera porque me abrazara. Lo mismo me pasaba entonces. Sentía desamparo, y también alivio. Me alegraba pensar que quizá, en algún lugar, había ido a reunirse con su esposa, y también dudaba si mi madre habría preferido, aunque fuera un poco, no tener que pasar la eternidad con él.

El día en que aceptamos que no lo veríamos más, que había muerto de lepra, mis hermanas se fueron a dormir, cansadas de llorar, y yo me quedé en la sala todavía unas horas, pensando. En medio de la tristeza que me permití sentir en el silencio de la noche, se me ocurrió que quizá aún era tiempo de conseguir una cítara.

Lucas me dio toda clase de remedios, en vano. No obstante, su compañía me hacía bien. Nos veíamos bajo el cedro frente al mar cuando Marta no estaba, o algo más lejos cuando sí, y hablábamos de muchas cosas que no tenían que ver contigo ni con Saulo. Conversábamos atravesados por la inminencia de su próxima despedida. Se interesaba por los libros que yo había leído, y yo por los lugares en los que había estado. Al final se marchó, con la promesa de volver. Saulo continuaba su viaje.

Con el pasar de los años, Marta y yo comenzamos a interesarnos sólo por las noticias que parecían importantes. A veces incluían a María, a veces no. Seguidores tuyos iban y venían de vez en cuando, arrojados a las orillas de Chipre por una nueva ola de persecuciones, que no obstante adquirían la entonación de lo rutinario. Herodes murió. El emperador Tiberio murió, y el trono de los conquistadores lo ocupaba ahora un niño irritable y sanguinario al que apodaban Calígula. El poder de Caifás se apagó por fin y los saduceos pusieron a otro sumo sacerdote de Israel en su lugar. Todo esto lo sabíamos de oídas y algunas de esas cosas me las confirmó el propio Lucas cuando volvió, muchos años después.

Entre esas cosas que el médico me contó más tarde, estuvo el primer gran conflicto interno de tu naciente culto, y te interesará saber que se libró en torno a un pellejo.

Había muerto el emperador, había caído Caifás, y, de alguna forma, la improbable secta que orbitaba tu nombre los había sobrevivido. Pero la multiplicación de tus adeptos, entre los judíos de Israel, por un lado, y los gentiles que Saulo convertía a

su paso, por el otro, no podría sino enfrentar tarde o temprano a ambas facciones.

Poco después de su visita a Chipre, Saulo volvió a Jerusalén, acompañado de Bernabé, Lucas y otros gentiles conversos que llevaba de Antioquia y otras regiones por las que había pasado esparciendo el mensaje que antes perseguía. La recepción la presidieron Simón, Juan y Santiago, tu hermano menor, que se había quedado a la cabeza de la comunidad de los tuyos en Jerusalén una vez que Simón y otros que te conocieron empezaron a predicar tu filosofía fuera de Judea. Nunca lo vi vuelto un adulto, pero siempre lo he imaginado largo como una espiga y con esos ojos que siempre miraban como si sólo pudieran mirar lo que ya habías mirado tú. Debió ser una reunión de alegría y recelo en partes iguales, hasta que se tocó el asunto de los prepucios.

Para convencer a los gentiles, Saulo había tenido que torcer un poco el mensaje original. O quizá ése era el mensaje original. O quizá no lo era para nadie más que para Saulo, mucho más visionario que tú. Hasta entonces, tu memoria había sido un asunto judío. Con todo y que tú mismo habías relativizado algunas leyes en vida, nadie creía, ni por asomo, que tus palabras implicaran un alejamiento práctico de las costumbres judías. Pero Saulo había omitido esa parte, quizá por incómoda, en Antioquia, en Tesalónica, en Chipre y en cada lugar que había pisado, y tus nuevos seguidores, que se habían comprado todo el discurso platónico del Reino de Dios y el espíritu y el bautismo, por otra parte no tenían planes de dejar de comer carne de ganado sin desangrar ni de ejercer sus muy diversas prácticas sexuales.

Ya no hablemos de circuncidarse.

Santiago, quizá un hombre celoso de su identidad, quizá más hijo de tu padre José que tú mismo, debió sugerir que los gentiles que quisieran abrazar tu fe habrían de adscribirse a todas las leyes judías, sin excepción. Seguramente citó a Amós o a algún otro profeta. Pero cualquier griego habría preferido

tomar sus cosas y regresarse a erigirle una ofrenda a Atenea antes que autoinflingirse lo que para ellos era simple y llana mutilación genital. Con la vejez he descubierto el buen humor, pero siguen siendo pocos los contextos para ejercerlo; y, sin embargo, aquella vez que Lucas, a su vez muy solemne, me contaba de aquella reunión, me causaba gracia pensar que alguno de los griegos habría intentado hacerse pasar por circuncidado, y entre tus amigos nadie habría tenido el valor de intentar comprobarlo. En realidad, el concilio se tornó hostil; ante la negativa de los gentiles, Santiago improvisó originales formas de humillarlos, y a Saulo con ellos. Después de todo, el fariseo de Tarso nunca dejaría de ser objeto de sospecha. No fue sino hasta que Simón intervino, conciliador, que se llegó a un acuerdo agridulce: los gentiles conversos no tendrían que circuncidarse, siempre que accedieran a respetar otras reglas menores de la ley judía.

Saulo y sus acompañantes se pusieron de nuevo en camino, esta vez con Europa en mente. Debieron marcharse consternados por el resultado. Santiago, Simón y los demás judíos permanecieron en Jerusalén. Debieron quedarse consternados por el resultado.

Si estuvieras aquí conmigo, de cara al humo que no cesa al otro lado del mar, todo esto te parecería a ti también dos veces absurdo. O no. A fin de cuentas, eras uno de ellos. Al día de hoy me pregunto, ya que Lucas nunca supo decirme, cómo habrá vivido María todo esa pantomima de hombres discutiendo en torno a sus prepucios.

Fueron días especialmente sombríos los posteriores al exilio de mi padre. Quizá el único momento de mi existencia en el que me sentí de verdad miserable. Mi padre era un leproso, expulsado de la ciudad, y nosotros sus hijos; había perdido a la única mujer, y quizá la única amiga, que había tenido, y era incapaz de tomar las riendas de mi casa y ver por mis hermanas. Marta y María sobrellevaban el desastre como podían. Marta, irritable y envejecida; María, la niña más sola del mundo. A mí me abrumaba el recuerdo del camino entre Magdala y Betania, cuando pensé por primera vez en la ausencia de mi padre y me aterrorizó la idea de ser un hombre. No tenía a nadie en la Tierra más que a mis hermanas.

Y al viejo Neftalí.

Dejé de ir a la sinagoga por semanas, pero cuando volví, el anciano no me lo reprochó. Tampoco dijo nada. Mucho menos alguna palabra de aliento. Yo sabía que me miraba con tristeza cuando yo no lo veía, y trataba de ocultarla entre las barbas cuando sí. Pero al segundo día, mientras yo trabajaba en el retoque de una copia del profeta Daniel, puso varios pergaminos sobre mi mesa.

Éstos no son de la sinagoga, dijo, son míos.

Quiere que los copie, pregunté.

Quiero que los leas.

No eran palabras de los profetas, me explicó. Eran libros griegos. Yo podría leerlos, dado que comprendía el griego, dijo. Yo no entendía, así que se sentó, y comenzó a hablar despacio.

Esos libros no eran libros felices, y no me iban a consolar en mi tristeza. Pero te van a acompañar, explicó, como me han acompañado a mí; son historias de héroes, y de dioses, que naturalmente no están permitidos en la sinagoga, pero que no hacen daño si se leen como ficción; son también las ideas de hombres sabios, que dedicaron sus vidas a tratar de entender por qué hacemos las cosas que hacemos; podrían apedrearme por esto que te voy a decir, pero es como si los helenos vieran el futuro, como si pudieran vislumbrar más allá de lo que nadie puede en Israel. Me permitió leer los que quisiera, siempre que a partir del día siguiente hiciera un turno doble por los días que me había ausentado.

Y sonrió. Sonrió como habría querido ver sonreír al padre de mi padre, si lo hubiera conocido.

Así que comencé a leer.

No siempre me era tan sencillo el griego, pero no tenía prisa. Neftalí me ayudaba, aun cuando se burlaba de mí cada vez que le preguntaba por el sentido de una frase. Y en esos tiempos fue que conocí las historias de Aquiles y de Odiseo, de los ejércitos aqueos apostados sobre el mar a las puertas de las murallas troyanas, de los soldados de todas las jerarquías y de los reyes que actuaban como marionetas de unos dioses caprichosos, no muy distintos del dios hebreo que nos enseñaron a ti y a mí cuando niños, del ascenso y caída de Príamo, de Agamenón, de tantos otros, de sirenas y su canto de locura, de viudas y de esposas que esperan, de Perséfone y Hades, su raptor, de Perseo y su caballo alado, de los sátiros y los hombres que persiguen a las ninfas y las ninfas que, para huir de los sátiros y los hombres, se transforman en árboles de laurel, de la hermosa Afrodita, del horrendo Hefesto, de Eros, hijo de ambos; conocí también las historias de los reyes de Tebas, cuyos versos trataba de releer en voz alta, de Edipo, ciego, de su hija Antígona, muerta en su cámara al mismo tiempo fúnebre y nupcial, de Creonte y su soledad prevista por el adivino Tiresias, del que nunca supe si era un hombre, una mujer

o una mezcla de ambos, de las tragedias de Medea y de Orestes, y de la vulgar rebelión de Lisístrata; leí también los himnos y los ditirambos de Píndaro y las odas amorosas de Safo; y supe de los hombres sabios prometidos por Neftalí: de Epicuro y los placeres, de Zenón y el orden natural de las cosas, de Empédocles y los cuatro elementos básicos, de Sócrates y la cicuta, de Platón y los dos mundos en los que se divide una misma realidad, y de Aristóteles, que era a un tiempo suma y contrario de todos los demás.

A veces sentía que la cabeza estaba por estallarme, y ese dolor me distraía del otro. La aflicción no se iría, pero al menos se la podía domesticar. Cuando salía de la pequeña sinagoga de Betania para volver a la casa, el aire no era el aire de siempre, sino el mismo aire que habían respirado todos esos griegos de imaginaciones insondables.

Con el tiempo, sin embargo, la realidad se impondría. Al tiempo que terminaba de convertirme en un hombre, la enfermedad se agravaba, como si de ella, la cachorra de mi infancia, hubiera granado también a una bestia adulta que me devoraría desde dentro. Durante aquellos años, las crisis eran constantes e indómitas. La razón por la que había sobrevivido hasta entonces eran las infusiones de jengibre con limón y los ejercicios de respiración que Noemí, la esclava, me había mostrado de niño. Cuando partimos de Magdala y mi padre vendió a Noemí, era Marta quien me ayudaba a sobrellevarlo; me enseñó a identificar los síntomas de una crisis venidera, los rescoldos en la garganta, la opresión en el corazón, y a guardar la calma. La técnica funcionaba la mayoría de las veces, salvo por aquéllas en las que me encontraba bajo agitación emocional. Pero durante la segunda década de mi vida, una vez que todo se había desmoronado a mi alrededor, una vez que el efecto adormecedor de los libros de Neftalí había pasado, ella, mi novia mortal, mi única novia, volvió para dormir su sueño turbulento en mi pecho. Quizá las enfermedades del alma y las del cuerpo se alimentan entre sí.

Quizá son como las dos caras del mundo doble de Platón, una visible y otra no. Quizá son como los sueños que José, hijo de Jacob, interpretó para Faraón, dos sueños distintos con un mismo significado. Para él, vacas flacas y espigas quemadas profetizaban años de escasez; para mí, la tristeza y la asfixia profetizaban siempre el día siguiente. Comencé a tener crisis nocturnas, que me despertaban en pánico; la falta de sueño, como el cansancio general, traía consigo nuevos malestares, y mi cuerpo, que debía volverse vigoroso y atractivo como el de otros hombres de mi edad, lo resentía visiblemente. Salía poco de la casa. Pasaba días a la sombra, con miedo de que un ataque me asaltara en el camino a cualquier parte. Me imaginaba la cara de los otros, al verme silbar con la garganta, con los ojos agigantados, con las manos buscándolos a ellos, desconocidos. Y me quedaba en casa. A veces no quería ni siquiera levantarme de la estera. Una y otra vez venían a mi mente las palabras del libro de Job, que más de una ocasión copié en la sinagoga. *Mi piel se ennegrece sobre mí y mis huesos se queman por la fiebre*. Y otras más. *Él debilitó mis fuerzas en el camino: acortó mis días.* Mi piel emblanquecía más que ennegrecía, y mi fiebre no era ardiente, sino seca y silenciosa, pero las palabras del profeta eran también mías. Me volví el espectro de mí mismo, y una carga para mis hermanas. Me volví el despojo que encontraste, tiempo después, en tu visita a Betania. Mi trabajo en la sinagoga, por supuesto, se fue tornando un telar de intermitencias, y en un par de ocasiones dejé de ir por meses. Me dolía defraudar a Neftalí, pero a mi cuerpo era como si eso le tuviera sin cuidado.

Tras la última de mis largas ausencias, un rabí que no había visto antes me anunció con solemnidad que Neftalí había muerto una muerte apacible hacía una semana. El nuevo encargado se alegraba de verme, dijo, esperaba mi llegada para darme lo que el anciano maestro, apenas se sintió enfermo, le había dejado para mí.

En medio de la tristeza, me consolé pensando que, fiel a su vocación de enseñante, me había dejado sus libros. Pero el joven rabí me extendió un pequeño paño anudado. Dentro, había unos cinco o seis higos secos, ya endurecidos.

Lucas regresó a Chipre muchos años después. Después de todo, era el médico de Saulo, y Saulo no sabía mantenerse en un lugar. Cuando Lucas iba solo a alguna parte, era porque Saulo lo había mandado. A veces nos enviábamos cartas, pero eran escasas; un mensajero era un gasto mayor, y había que aprovechar las idas y venidas de los miembros de tu creciente culto para filtrar algún saludo. Alguna vez, durante ese tiempo, me llegó noticia de que había conocido a tu madre en Éfeso, donde hacía tiempo vivía con Juan, el galileo; otra, de los planes de Saulo de ir hasta Roma. A mí me parecía un disparate la sola idea de intentar convertir a los romanos, y en la capital del imperio. El gobierno del César los aplastaría con el dedo, y el pueblo romano con el escepticismo malicioso de las urbes. Por mi parte, le hablaba de la cítara, de las manías de Marta y de mis vecinos chipriotas; a veces, del extrañamiento que aún me provocaba estarme convirtiendo en un hombre viejo. Los pequeños dolores de mi cuerpo los recibía sin angustia, con humor incluso, pero aún con algo de asombro. Mi madurez era, como cada momento de mi segunda vida, prestada; no había estado destinada a ser, hasta tu intervención. Y me asombraba todavía más porque esa magia con la que habías nacido se veía cada vez menos. Quizá era distinto en el resto del mundo, pero en Citio casi no llegaban ya hechiceros a vender sus productos o sus revoluciones. Ninguno judío, al menos. Los griegos —aquéllos que no esperaban ahora el Reino de Dios, claro está— tenían sus oráculos, pero ningún hechizo patente como el que tú operaste en mí. El mundo empezaba a quedarse sin magia,

pensaba. Y mi resurrección se escondía en aquel pasado conforme se imponía mi innegable decadencia. Le contaba a Lucas de las manchas de edad que se me asomaban por los brazos o en las mejillas, o de una recién descubierta molestia en la rodilla. O del olor. Y era fácil hablarle, porque sabía que no esperaba más de mí. Cuando nos despedimos la primera vez, me prometió que no me preguntaría por los gentiles conversos de Chipre, ni por mi historia, ni por ti, y que quemaría mis cartas una vez leídas. Así, decía, protegía nuestra amistad de los intereses de la época. Yo le devolvía la cortesía quemando las suyas. Me gustaba verlas disolverse en el fuego, en la nada, e imaginar mis propias palabras consumidas de igual forma. Mis palabras, incluida aquélla con la que firmaba: *Odmé*, olor. El olor, al menos por un momento, tragado por el fuego.

El olor.

Todavía algún tiempo después volví a intentarlo, por última vez. Marta era entonces una antigua conocida en el pequeño templo de Atenea; participaba de las ceremonias e incluso se encargaba de la fabricación de los pastelillos de harina, levadura y azúcar que se le ofrecían a la diosa. Nunca he creído que Marta haya adoptado realmente la religión de los griegos, aunque podría equivocarme; pienso más bien que su corazón impetuoso aprovechaba el lugar y la voz que la religión griega le permitía a las mujeres, y que la judía les negaba con severidad. Aquella vez supo, por boca de una chipriota del Templo, que en el camino a la ciudad de Idalión había una pequeña laguna, a la cual, se decía, el primer día de cada mes —el día que los griegos llaman *nouminia*— bajaba el dios Hermes para curar a los enfermos que allí acudieran. Algunos conversos de tu secta, de los que Saulo había dejado esparcidos en estos lares, aseguraban que no se trataba de Hermes, sino de un ángel de Dios. Faltaban cuatro días para la próxima *nouminia* cuando mi hermana rompió la fina membrana de silencio que solía separarnos, y me propuso

intentarlo, a falta de algo que perder. Marta y yo nos amamos dos veces, como dos vidas tuve: la primera como hermanos, y la segunda como heridos de guerra, vecinos de convalecencia. Pero nos amamos. Y yo habría hecho por ella lo mismo que ella hacía por mí, incluso si aquello involucraba dioses y ángeles y demás criaturas que servían sólo para recordarnos nuestra condición minúscula.

Ese día nos levantamos muy temprano y partimos hacia Idalión. La laguna estaba a sólo unas horas. Era muy pequeña, casi una charca, en realidad. En torno a ella crecía hierba verde, que se disolvía en el amarillo apenas unos metros más allá, y sobre las piedras blancas esperaban ya los ciegos, los cojos y los pobres que no tenían otro remedio que intentar convencer a Hermes de que su hambre era también una enfermedad.

De igual forma esperamos nosotros, sobre las piedras. Marta contenía el asco disfrazándolo de compasión. Yo, por una vez en mucho tiempo, no me sentía un extranjero. Lo más probable es que ella, como yo, haya sentido la estela del lejano recuerdo de nuestro padre en su colonia de leprosos.

De pronto, un ciego se puso de pie, nervioso.

Es él, dijo.

Los demás buscamos, sin entender.

Está aquí, escuchen el movimiento del agua.

Era cierto que el agua se había agitado a causa del viento. Pero no había ningún dios a la vista. Aun así, los enfermos se precipitaron hacia la laguna, algunos solos y, quienes no podían moverse solos, ayudados por otros. Los sordos fueron los últimos, pues tardaron más en comprender lo que sucedía. De pronto, el cuerpo de agua era una colección de chasquidos, y tuve la impresión de que, si entraba ahí, no sólo no me curaría, sino que saldría sordo, ciego o cojo. A pesar de ello, miré a Marta, con quien había caminado hasta ahí, no sólo desde Citio, sino desde Betania, desde Magdala, y decidí acercarme.

Metí los pies donde encontré lugar, y avancé con cuidado. Cuando el agua me llegó al pecho, me agaché para sumergirme por completo. Cerré los ojos, y dejé que el agua aplastara el ruido. Por unos segundos me permití la breve punzada de la esperanza. Después de todo, tengo motivos suficientes para creer en la magia. Y en el silencio del agua esperé a que Hermes o el ángel de Dios que habían soplado sobre la laguna, en esa indigna rifa de sanación, obraran su magia en mí.

Contuve el aire, y esperé como esperan los que tienen fe.

Entonces me empujaron. Una vez, y luego otra. Abrí los ojos, y vi formas de hombres serpentear y andrajos como medusas. Saqué la cabeza del agua, y de nuevo el ruido se me metió, helado, por las orejas.

Un paralítico se estaba ahogando, gritaban. El que lo acompañaba había tropezado y lo había perdido entre la multitud, y ahora quienes podían lo buscaban bajo el agua. Los ciegos seguían buscando a tientas, y los sordos seguían aullando y los cojos seguían tratando de salvarse a sí mismos de aquella convulsión de gente.

Sentí un destello de lástima por la suerte el paralítico, pero no me sumé a la búsqueda. Tuve miedo, y salí del agua como pude, sin poder librarme de los golpes y las manotadas. Marta me esperaba en la orilla.

Vámonos de aquí, dijo, y yo asentí con la cabeza, porque me había quedado sin aire. Por primera vez en muchos años, mi cuerpo recordaba la sensación de la asfixia. Me detuve, mareado, sosteniéndome de sus hombros, para recuperar el aliento. Marta me miraba, inquieta. Entretanto, habían sacado al paralítico del agua.

Estaba muerto.

El hombre que lo acompañaba, apenas advirtió lo sucedido, huyó corriendo del lugar. Otros de los presentes tomaron el manto raído del muerto —ninguno estaba dispuesto a usar

el suyo— y se lo echaron encima. Algo habrá que hacer con éste, dijo alguien.

Quizá no era Hermes, dijo otro, y, como si hubieran escuchado un veredicto, muchos de los enfermos, empapados y maltrechos, se sentaron a esperar en las piedras, una vez más.

Vámonos, le dije a Marta.

No hace falta ningún Hermes ni ningún Dios, respondió, asintiendo, me tienes a mí y te va a tener que bastar con eso.

Y Marta lloró. Lloró como no lo hacía en años, con el llanto que había reservado para las fechas importantes, para mi primera muerte y para las primeras noches tras la partida de María. Nos abrazamos, ignorando también nosotros, por un momento, que a unos codos de nosotros yacía el cadáver del paralítico.

Una vez que recobré la respiración, dimos la espalda a todo aquello y caminamos de regreso, tomados de la mano.

Marta y yo.

Y el olor.

Como sería ya para siempre.

Yo era, pues, esa colección de lutos y dolencias cuando años después volviste a nuestras vidas.

Del niño respondón de la sinagoga de Magdala había germinado un aspirante a profeta de mirada severa y modos lentos. Estabas de camino a Jerusalén. Sabías que mis hermanas y yo vivíamos en Betania, no tanto por causa mía, sino porque María, interesada por lo que escuchaba de ti entre la gente del norte que pasaba por la aldea, había comenzado a proveerte a ti y a los tuyos con donaciones que enviaba a escondidas de Marta. Así que decidiste hacer tu escala en nuestra casa. Un muchachito fue a anunciarte con nosotros un día antes.

Jesús de Nazaret manda decir que la paz esté en esta casa.

Quién, preguntó Marta, con el ceño fruncido, en cuanto escuchó tu nombre.

Jesús de Nazaret, preguntó María, apenas escondiendo su entusiasmo.

Marta se quedó callada. Entonces ambas eran ya mujeres. Aquélla era la primera vez en toda nuestra vida en Betania que alguien nos visitaba de tan lejos.

Yo lo conozco, dije, para romper el silencio; dile que es bienvenido.

Qué más daba. No tenía el mejor recuerdo tuyo. Pero pensé que quizá te acompañaba tu hermano Santiago, a quien prefería y, de cierta forma, extrañaba. Pensé además que a Marta y María, ocupadas siempre de mí, no les vendría mal la compañía de nueva gente. No había nada que perder. No había nada más que perder.

Llegaste con tu mosquerío de amigos, o seguidores —tratándose de ti, nunca he tenido clara la frontera—. Salimos a recibirte los tres. María, curiosa; Marta, prudente. Yo, fantasmagórico. Y sin embargo, fue a mí a quien te acercaste para abrazar. Dijiste mi nombre, como si apenas el día anterior lo hubieras pronunciado por última vez, y repetiste tu saludo de paz. Olías al polvo de Jericó y a la sal del Jordán. Santiago no estaba contigo. No le gusta viajar, dijiste cuando pregunté por él.

Hice las presentaciones. María escuchó con atención cómo hablabas del recuerdo infantil que tenías de mí. Marta estaba inquieta; apenas vio la cantidad de gente que te acompañaba, debió sentir la urgencia de alistar la casa para acomodarlos, porque de inmediato volvió al interior, donde más tarde la encontramos yendo y viniendo con odres de vino e higos recién cortados de los árboles de mi padre. Le hizo una seña a María para que la ayudara, y María dijo que iría en un momento, pero no lo hizo.

De pronto, esa casa solitaria estaba repleta de gente de todo tipo: hombres y mujeres, el keriote de modos finos y los pescadores galileos. Te sentaste en el piso y otros te imitamos. María cerca de ti.

Y hablaste.

Feliz esta casa, dijiste, que nos ha recibido; allá donde vayan y no los reciban, sacúdanse el polvo de las sandalias, pero donde sí, llévenles mi mensaje, que es el mensaje de mi padre, y por lo tanto el de su Reino.

Cómo es el reino, preguntó María.

Marta, que pasaba, le lanzó otra mirada entre regañona y suplicante.

El Reino de los Cielos, respondiste, allá desde donde Satanás cayó como un rayo para no volver jamás, y adonde van las almas limpias de espíritu.

María asintió. Me preguntaba si entendería todo lo que decías. A mí tus palabras sobre el Reino me sonaban muy parecidas

al mundo de las ideas que había conocido tiempo atrás en los libros del anciano Neftalí, pero revestido de buenas intenciones. Y aquello del espíritu tampoco era nuevo para nadie, aunque se sabía que era una palabra que gustaba mucho a Juan el Bautista. Nada material, todo espíritu. Y ahora los limpios de espíritu, al morir, irían a un mundo de ideas donde reinaba un Jehová que tenía tu voz. Al inicio, me costó tomarte en serio. Ahora sé que subestimaba a María, porque ella no asentía a tus palabras, sino al sonido de tu voz, a esa inflexión suave y profunda que todavía hace algunos años, pasada una eternidad, a veces me despertaba diciendo *levántate y camina*, al efecto tranquilizador que infundía en su vida joven y triste. Te creía porque le gustabas, pero te habría creído incluso si te hubiese encontrado repulsivo y hubiera cerrado los ojos para solamente oír tu voz. Contaste alguna analogía para explicar tu teoría del reino. En los ojos de tus amigos se veía que habían oído aquello muchas veces, pero de cualquier modo se emocionaban y secundaban cada remate.

María hizo una pregunta más. Quiso saber qué había que hacer para ganarse el Reino. Pero a tu respuesta se adelantó Marta, que pasaba de nuevo por ahí.

Para empezar, ayudarme con estos trastos, dijo.

Se hizo un silencio, como los que se hacen justo después de que se ha roto algo en el suelo. Marta se dirigió entonces a ti.

O te parece bien, preguntó, que mi hermana se siente ahí a escuchar tus historias mientras las demás trabajamos.

Hubo una sensación general de incomodidad, que atrapaste al vuelo.

Que tú estés allá haciendo el trabajo y ella aquí escuchándome sólo quiere decir que ella supo elegir mejor; escogió la mejor parte y nadie se la va a quitar; pero tú eres bienvenida también.

Marta tragó saliva y, si tenía otra respuesta, se la guardó en el corazón, esa máquina de olvidarlo todo por vía de aprisionarlo

y no dejarlo salir ya nunca. Lentamente, se sentó junto con nosotros, y lo mismo hicieron las otras mujeres que se habían acomedido con ella. Y respondiste la pregunta de María con más historias ejemplares. Ésa fue una de las pocas anécdotas que le conté a Lucas, muchos años después, y de la que le pedí que borrara mi nombre, si un día escribía de ti.

Éramos en total poco más de unas veinte personas. Casi la mitad dormiría en la azotea, aprovechando que eran meses de calor. Esa noche Marta y las otras mujeres hicieron de cenar para todos. Esta vez, María intentó ayudarlas, pero lo hizo de la peor manera. Tenía los ojos y los oídos clavados a tus manos, a tu boca imparable. Tú no la advertías o, si lo hacías, fingías demencia. Su mirada era otra más de las que remendaban tu túnica desgastada y peinaban tu barba espinosa. Te habías relajado y habías cambiado de tema. Hablabas del camino empinado de Jericó, y reías con tus amigos, de los que insistías en hacernos parte. Pediste a algunos de ellos que salieran a las calles de Betania a anunciar que la mañana siguiente hablarías a la gente de la aldea, para que acudiera, dijiste, el que tuviera oídos para oír. Y mi hermana, la pequeña, escuchaba, y reía. Reía la risa que había guardado todos esos años. Era ella la verdadera anfitriona.

No lo sabría hasta después, pero fue esa noche que perdí a María.

A la mañana siguiente, nos condujiste por las calles de Betania hasta un punto en el que el flujo de gente te pareció adecuado. No le dije a nadie el esfuerzo que me tomó dejar la casa. Marta lo sabía, pero calló. María debió considerarlo un síntoma de mejora. Pero algo en ti me intrigaba. Además, después de todo, mis hermanas, a las que apenas les sucedían cosas, irían contigo, y yo temía morir en soledad casi tanto como temía morir en público.

Comenzaste de nuevo. Al inicio, me costó trabajo darte toda mi atención, porque creí haber visto a Rahab entre la

muchedumbre. Pero no era ella. Quizá había dejado Betania, o quizá sólo no le interesaba nada de lo que tuvieras que decir. Así que fijé la vista en ti, para sacarme su imagen de la cabeza. No eras un orador escandaloso, como suelen serlo los hechiceros. Apenas movías los brazos, y hablabas siempre firme y alto, pero como de paso, como si contaras tu día mientras pelabas una naranja.

Esto que yo les predico, dijiste cuando se habían acercado suficientes personas, no lo oyeron los profetas, y esto que soy no lo vieron los reyes; ustedes, gente de Betania, son bendecidos; mi padre Dios, padre de todos nosotros, me envió para darles buenas noticias, no a los poderosos, no a los emperadores ni a los sumos sacerdotes, sino a ustedes, a la gente de Israel, a los pobres, a los enfermos, a los marginados; para ellos es el Reino, porque a los otros les será muy difícil entrar; por ello deben considerarse afortunados: afortunados los que ahora lloran, porque encontrarán consuelo; afortunados los humildes, porque heredarán la tierra; los que anhelan justicia, porque se saciarán de ella; los que se apiaden de otros, porque se les devolverá el favor; los perseguidos, los solitarios y los que han sido despojados de todo salvo su espíritu, porque a ellos pertenece el Reino de los Cielos.

No es difícil comprender, a la distancia, por qué tu discurso era tan seductor. Tus palabras se trataban de nosotros como las de nadie. Las de los fariseos se trataban de Dios, y las de los sacudeos de la ley de Moisés; las de los romanos se trataban de ellos mismos. Las tuyas se trataban de los olvidados, los descarriados, los tristes, y de los que no eran nada de eso, pero tampoco eran la gente importante. Tus palabras se trataban de mí. Y al mismo tiempo había impresa en ellas una fuerza que invitaba a la desobediencia. Quizá era eso lo que atraía a gente como Judas de Keriot, que las oía pacientemente en espera de que debajo de ellas emergiera al fin la revolución.

Tus palabras se trataban de mí.

Ahora me parecen poesía antigua, intrascendente. Incluso, me habría parecido ofensivo que te atrevieras a llamarme *afortunado*. Pero entonces yo era otro hombre. El enfermo. El olvidado. El triste. El perseguido por la muerte. Y escuché lo que tenías que decir con la misma atención con la que antes leí las historias de Troya y de Tebas. Y nunca sabré si esas palabras estaban tan cargadas de magia como *levántate y camina*, porque entre más ahondabas en la realidad de mi miseria, más grande era la promesa de una recompensa en el Reino. Es una idea que se cuida su propia cola, en realidad. Pero no lo pensaba entonces. Entonces era un hechizo de paz.

Aun así, las capas de mi alma eran espesas. Esa noche, cuando todos estaban dormidos y yo no podía dormir, me asomé por la ventana y te vi, de pie, junto a la misma higuera que secarías tiempo después. Rezabas. Salí de la casa en silencio y esperé a que terminaras. Mi presencia no te sorprendió.

Rara vez estoy solo, dijiste, a esta hora es la única en la que puedo hablar con él. Señalaste al cielo, tú, en cambio, llevas la soledad en el rostro.

Me tocó la mejilla como no lo hicieron mi padre ni el anciano Neftalí. Por eso me caes bien, añadiste antes de entrar a la casa.

Entonces te llamé por tu nombre.

Tengo esta cara, dije, porque llevo en ella muchos muertos, y mi propia muerte, que ocurrirá tarde o temprano; quiero creer en lo que dijiste hoy temprano, pero no creo que en mi cuerpo haya espacio para la esperanza.

No importa, respondiste sonriendo, basta que hagas espacio del tamaño de un grano de mostaza, la más pequeña de las semillas; no se necesita más.

Ya rondaba los sesenta años cuando Lucas por fin volvió a Chipre. Él también era entonces un hombre cansado, las piernas abatidas por los viajes y los ojos carcomidos de historias. Antes había sido un griego sólido, que las mujeres debieron encontrar atractivo. De eso quedaba acaso la mitad. Llegó una mañana, sin anunciarse, al mismo cedro frente al mar bajo el que hablamos por primera vez.

Me parece que yo, bajo la máscara de la vejez, no había cambiado tanto. Aunque disminuido en carnes, era ya diestro en la cítara, y hacía años que, si mi mala salud lo permitía, la tocaba en bodas y festejos. Era una entrada financiera que se había sumado a lo que Marta conseguía vendiendo pan una vez que se nos empezó a terminar la herencia de mi padre y el dinero de la casa de Betania, cuya venta Bernabé había gestionado antes de desaparecer de nuestras vidas tras la visita de Saulo décadas atrás. Entonces yo era una cara conocida en Citio, el anciano excéntrico de la cítara, el esposo de la panadera, que es amable con todos y sonríe como si no le importara nada; el anciano que, cuando no está tocando, pasa los días bajo los cedros de la colina, mirando el mar en dirección a Israel.

Lo reconocí a lo lejos por su forma de caminar cuesta arriba, aunque con mucho más trabajo, con más décadas a cuestas. Traía papeles bajo el brazo. Lo abracé con la efusividad que reservo para casi nadie. Nos sentamos sobre la hierba. El mar era color turquesa ese día, y soplaba una brisa con olor a canela y a sal.

Al fin Saulo te dio permiso de venir a visitarme, me burlé.

Me temo que Saulo ya no está en condiciones de decir nada, dijo.

Guardé silencio, sopesando el daño. Pero en la cara de Lucas había serenidad, no tristeza. Una leve sonrisa me confirmó que todo estaba en paz.

Murió hace algunos meses, en Roma; lo mataron; yo logré escapar.

Para entonces, mientras Santiago y Simón la Piedra seguían luchando por consolidar la legitimidad de tu secta en Jerusalén, Saulo había fundado iglesias no sólo en Antioquía, Galacia, Éfeso y Troas, sino incluso en Macedonia, Mileto y Neápolis. Gracias a él, en lugares lejanísimos de Israel, la gente había comenzado a referirse a tus seguidores como cristianos, los seguidores del Ungido, y en todas partes se daban conflictos entre judíos cristianos y gentiles conversos, así como entre cristianos y autoridades locales. Por su causa, en la propia Roma, tiempo atrás el emperador Claudio se había visto obligado a emitir un edicto en el que se prohibían las reuniones públicas con fines religiosos ajenos al credo oficial. La palabra se leía en el edicto como si hubiera sido escupida con desprecio. *Iudaeos impulsore Chrestus*. Por supuesto que el emperador no alcanzaba a ver que el plan de Saulo trascendía al pueblo judío. Pero saber que el emperador de Roma se había referido a ti, el niño de Galilea, en su edicto, era otro síntoma de la demencia de este siglo, del que yo no soy más que otro damnificado silencioso. Para el momento en que Lucas me relataba todo aquello, el emperador Claudio llevaba años muerto, y en su lugar gobernaba Nerón, mucho más parecido a Calígula que a su inmediato predecesor, y los *cristianos* eran ya una plaga común para el imperio. Saulo había regresado a Jerusalén buscando descanso tras el tercero de sus monumentales viajes. Lo recibió Santiago, puesto que Simón —y quizá María con él— no estaba en la ciudad. Tu hermano le pidió que se purificara junto con sus acompañantes durante

los días previstos por la ley, y Saulo obedeció. Pero más tarde fue acusado por las autoridades saduceas de introducir gentiles griegos al Templo. Santiago y los suyos no intercedieron por él. Nunca lo consideraron realmente uno de ellos, se lamentaba Lucas.

Saulo fue llevado con gran tumulto ante el tribuno y éste, al descubrir que había nacido en Tarso y tenía por tanto la ciudadanía romana, lo envió a ser juzgado por sedición en Cesarea, con el gobernador, que a su vez lo envió a Roma para desembarazarse del problema. Todo ese proceso duró varios años. Lucas y Saulo sobrevivieron incluso un naufragio de camino a Roma. Durante ese tiempo, Saulo tuvo oportunidad de hacerse amigo del centurión que lo llevaba preso, por lo que logró que, una vez en suelo romano, lo pusieran bajo arresto domiciliario en vez de en una prisión común. Ahí era adonde los cristianos de Roma, y el propio Lucas, iban a visitarlo y consultarlo. Ahí fue adonde, dos años después, tras una revuelta de la que Nerón lo creyó artífice, lo encontraron dos centuriones para llevarlo a decapitar.

Lucas contaba todo aquello sin afectación, como un soldado viejo que relata sus triunfos y derrotas pasadas como hechos consumados de idéntico valor, pero también con la destreza de un buen narrador, deteniéndose dramáticamente en detalles como la sonrisa sardónica del tribuno o el olor a cochambre del cuarto en el que Saulo pasara sus últimas horas. Tendría que ser menos descriptivo si pensaba escribir el libro de todas esas cosas; a la gente de este tiempo no le gusta leer lo que no le sirve. Se lo hice saber, y me devolvió una sonrisa ácida por respuesta.

Y qué hay de ti, dijo.

De mí, pregunté asombrado, como si fuera incapaz de protagonismo en historia alguna. Aquellos años desde que nos habíamos conocido eran como olas tranquilas, indistinguibles unas de otras, días y días idénticos entre los que se habían colado diminutos destellos de felicidad. Y de la felicidad se habla poco porque no suele resultar interesante a las audiencias.

Yo aquí sigo, donde me dejaste, esperando morir de nuevo.

Cómo es, quiso saber.

Si te lo digo, tal vez desistas de escribir ese libro tuyo.

Lucas calló. Después tomó los papeles que llevaba amarrados con cáñamo y me los mostró. Había pensado que sería precisamente su libro, con las entrevistas que había hecho a tus amigos y a tu madre, pero eran pinturas.

No sabía que pintabas, dije.

Yo tampoco, respondió.

No eran virtuosas, pero tampoco eran malas. Ahí estaba tu madre, el rostro de una mujer que ha perdido un hijo en la forma más atroz, y Santiago, tu hermano, con el cabello gris, muy parecido a la versión que imaginaba de él, pero con un rictus severo, desconocido para mí. Estaba, por supuesto, Saulo, encorvado y de mirada poderosa.

Y estaba también María.

María, mi hermana, con líneas en el rostro que no estuve ahí para ver aparecer. Con ojos que eran iguales a los míos. Con la boca de mi madre y las cejas de Marta. Con la expresión que te aprendió a ti. Mi hermana, a la que amaba como si hubiera sido mi hermana y también mi hija.

Es tuyo, dijo Lucas, a eso vine.

Calló. Esperó a que toda la tinta del retrato se absorbiera en el lienzo de mi mirada.

Lo último que supe de ella, continuó al fin, es que estaba con Simón en Antioquía; ahora es difícil seguirle el paso, pero me pareció que querrías tener esta pintura.

Ignoro qué habrá visto en mi rostro, si asombro o desconcierto o dolor o alegría inmensa, o un poco de cada cosa, porque sonrió de nuevo y se puso a contemplar el turquesa del mar, como diciendo tómate tu tiempo, yo no estoy aquí, sólo son María y tú.

Gracias, dije, entrecortado.

Tengo pocos recuerdos de haberme sentido realmente vivo, incandescentemente vivo, durante la segunda parte de mi tiempo: la partida de María, la primera vez que le arranqué a la cítara un sonido similar al de mi recuerdo pueril, el llanto de Marta en la laguna de Idalión. Aquél fue sin duda uno de ellos.

Gracias, repetí.

Lucas se quedó apenas un rato más. Habría querido invitarlo a comer, pero a Marta no le habría parecido la idea, y con los años tengo aún menos ganas de tratar de imponerle mi voluntad. Lucas tenía previsto cruzar Chipre hacia el occidente y embarcarse hacia la península del Peloponeso, donde ordenaría sus crónicas y pasaría el resto de sus días.

Cuando nos despedimos, le di un abrazo largo, uno que, un poco sin querer, abrazaba también a todos los hombres que alguna vez quise abrazar y no pude.

A los pocos días de tu llegada a Betania, fuiste a visitar a un viejo fariseo que vivía en la aldea, de nombre Simón. Lo apodaban "el Leproso", a causa de unas manchas en la piel que seguramente eran de nacimiento, pero que lo hacían parecer un sobreviviente de aquella enfermedad por lo demás incurable, como no fuera por obra de tu magia o la de algún otro.

Mis hermanas y yo fuimos contigo, igual que varios de tus acompañantes. En sólo unos días, yo había recuperado las ganas de salir. María, por su parte, se había vestido como para una ocasión especial. Llevaba broches de bronce en la túnica y aretes en forma de pequeños platos, además de un manto que había pertenecido a mi madre, con flores bordadas en las orillas.

Marta la reprendió.

No te da vergüenza, le dijo, ofrecértele así, en público; van a pensar cualquier cosa de ti; además, añadió, ese hombre está tan ocupado promoviendo su dichoso Reino que apenas tendrá cabeza para interesarse en las mujeres.

María enrojeció, pero no dijo nada. Su mente estaba ocupada guardando un secreto.

Durante la comida, Simón el leproso quiso saber si era cierto que habías curado un paralítico en Cafarnaúm.

No sólo a un paralítico, dijeron tus amigos, entusiasmados.

Yo había escuchado lo mismo en días anteriores, en sus conversaciones. ¿Era verdad que podías liberar a la gente de sus enfermedades como lo hacía Simón el Mago de Samaria? Decían que, cuando se te acercaban, tú conocías ya no sólo sus

enfermedades del cuerpo, sino también las del alma. Y los curabas y les perdonabas sus faltas en nombre de Dios.

¿Qué te impedía entonces curarme a mí?

Tú lo has dicho, le respondiste a Simón, y él lanzó vivas al cielo.

Entonces es posible que tú seas el Ungido que profetizó Isaías, dijo.

Los demás intercambiaban miradas cómplices y alegres.

Si es así, sentenció el fariseo, déjame seguirte.

Para ello tienes que volverte pobre de espíritu, le contestaste, y Simón dijo que sí, que lo que tú dijeras, que estaba dispuesto a aprender.

Quizá era eso, pensé, aferrándome a mi renovado fervor por el sentido de la vida. Tal vez la razón por la que no me habías curado apenas nos encontramos era que mi pobreza de espíritu, la nobleza de los rotos, residía en mi enfermedad. Curarme habría sido arrebatarme la herencia del Reino. Aquéllos a quienes curabas por las calles no serían sino el espectáculo necesario para que otros como Simón, un fariseo privilegiado, creyeran, pero la verdadera salvación del alma la reservabas para nosotros, los nativos del dolor. Al hombre en el que convertí en ese tiempo no habría podido desengañarlo ni siquiera el anciano que soy ahora, otra vida después. Por primera vez en toda mi existencia, abrazaba mi enfermedad no como un fardo, sino como una llave. Una llave del tamaño de un grano de mostaza.

Terminada la comida, nos sentamos a escucharte. Hablaste de otras formas de ganar el Reino. Los saduceos, decías, e incluso algunos fariseos, hacen lavar la loza hasta tres veces antes de comer en ella, pero de poco les sirve, porque es su alma lo que deberían lavar, no los trastos, que no son más que barro cocido.

Entonces María se levantó de entre los presentes. Todos la miraron, incluido Simón el Leproso, que desde nuestra llegada había visto su atuendo con la desaprobación que Marta había

previsto. Tú también la miraste, en silencio, conforme se acercaba. María se arrodilló frente a ti, y sacó lo que llevaba escondido bajo el manto de flores. El frasco de alabastro. El perfume de nardo de mi madre, que mi padre había llevado en sus manos por el desierto de Samaria, y que había permanecido bajo el resguardo de María desde que él fuera expulsado a la colonia de leprosos. Un hombre podría haberse alimentado trescientos días con el valor de ese perfume. Por ello resultaba un escándalo lo que María estaba haciendo con él.

Lo destapó, y lo vertió sobre tus pies.

Luego se quitó los aretes, y usó su cabello para esparcirlo y untarlo.

Que mi alma se lave tan bien como ahora lavo yo tus pies, rabí; déjame seguirte también. Eso fue lo que dijo su boca, por debajo de los cabellos húmedos.

No dejabas de mirarla, y en tus ojos la sorpresa había dado lugar a una vulnerabilidad que casi no te permitías. Aquel gesto te enternecía en la misma medida en que nos incomodaba a los demás. Marta no sabía dónde meter la cara. En otras circunstancias, yo me habría sentido similar, pero ahora no podía dejar de pensar en tu reacción. Simón se levantó, y su indignación era proporcional a la alegría fogosa que había mostrado al oír de tus milagros.

Quién es el que ha traído a esta mujer de la mala vida, gritó.

Todos estábamos aturdidos, y nadie contestó. El fariseo, en efecto, confundía a mi hermana con alguna clase de prostituta. Marta enfurecía, pero callaba. Yo sabía que en su silencio había una expectativa, así que, por una vez, asumí mi lugar como el hombre de la familia.

No es ninguna cualquiera, dije, es mi hermana, y es libre de hacer lo que le plazca con ese perfume, que le pertenece a ella y a nadie más.

Apenas guardé silencio, la cara se me llenó de sudor frío, y me temblaron las manos.

Pero es que no sabe, insistió el fariseo, que ese perfume vale lo que todos los reunidos no podríamos ganar en un año con el sudor de nuestras frentes; ese dinero pudo haber ido a parar a los pobres. Vi a Judas el Keriote asentir a esa afirmación en silencio. Simón te miraba a ti, como si su última frase fuera un reclamo, así que interviniste.

Podrías vivir siete vidas, Simón, y seguiría habiendo pobres a los cuales ayudar; pero a mí no me tendrán siempre; tú no me ofreciste agua para lavarme los pies, pero esta mujer me los ha ungido con perfume, y los ha limpiado con su cabello; querías saber cómo ganar tu entrada al Reino; pues bien: despójate de lo más valioso que tengas, como ha hecho ella, y ponlo a los pies de Dios; es así y no de otra forma.

Le pediste a María que se levantara, y la ayudaste a ponerse en pie. Acomodaste un mechón de su cabello desordenado, y la tomaste de las manos, presionándolas suavemente.

¿María, verdad?; María de Betania.

De Magdala en realidad, dijo ella, vinimos aquí cuando murió mi madre.

María de Magdala, repetiste.

Levantaste del piso sus aretes de bronce y se los devolviste junto con la sonrisa. Mi hermana volvió a su lugar, envuelta en un aura de vacío, de paz.

Y yo era testigo de todo.

Y lo que ocurría con ella a la vista de todos ocurría silencioso en mí. Por años me había vaciado, como un frasco de alabastro, de toda felicidad. Todo el sufrimiento, todo lo que había perdido, era una purificación para tu llegada, para tu promesa. Y las dudas que había tenido días antes las había lavado María con perfume y con la humedad de sus ojos, porque lo que ella sentía podía sentirlo más fácilmente yo. Marta siempre fue la más inteligente de los tres. Aprendió a quererte a la distancia, pero nunca la convenciste del todo. A mí sí. Yo era débil, transparente,

desnudo. Tenías razón; una vez que dejé entrar la posibilidad de la confianza, germinó sin que me diera cuenta.

Sigo extrañando esa ceguera. Si hoy viniera un ángel a sentarse junto al cedro frente al mar y me ofreciera olvidarlo todo, volver al adormecimiento feliz de la fe, me negaría sólo porque no tengo el valor de renunciar a lo que sé, pero no hay día en que no sienta una gran nostalgia de ella.

Déjame seguirte, dije yo también, aunque nadie me oyó.

Poco después partiste de Betania. No irías lejos, porque planeabas pasar el Pésaj en Jerusalén.

Déjame seguirte, había dicho, y así lo hice. Mi cuerpo no soportaría tus excursiones, y mi carácter no soportaría las multitudes, así que no serían mis pasos los que te siguieran. Pero mi alma estaba lista.

María escribió una sola carta.

Llegó con un mensajero, parte de una comitiva que volvía de Roma a Jerusalén. Habían sobrevivido a muchas peripecias en el camino, y la carta llegó a Marta y a mí casi dos años después de que fuera escrita. Entonces María sería también una mujer madura, probablemente curtida en cuerpo y alma por los viajes y las persecuciones. Una mujer que era carne de mi carne y a la que sin embargo no conocía.

Mi hermana empezaba pidiendo disculpas por su silencio de décadas. Para seguirte, decía, había que renunciar a todo, romper los apegos que aún encadenaran el espíritu al piso. Ahora todo era distinto, aseguraba, sin explicarse todavía. Se limitaba a contar que había aprendido a escribir, y que las palabras que leíamos las había redactado sin la ayuda de un escribano. Luego, poco a poco, se desenrollaba el pergamino de su vida reciente, de la que éramos tan extranjeros como cualquier otro. Y Marta y yo leíamos, devorábamos, reparando apenas en todo lo que no hablaba de ella, aunque ella se demoraba en detalles sobre ti y los tuyos, completamente ajena a lo poco que nos importaba.

Hacía tiempo que estaba en el corazón de Roma, con Simón y otros de tus amigos cercanos. Mi hermana, la pequeña, en Roma. En Jerusalén había quedado a cargo un tal Simeón, hijo de Cleofás, desde que a tu hermano Santiago los saduceos lo lanzaran de lo alto de una roca para terminar de lapidarlo después. Lamenté enterarme de eso al vuelo de los ojos sobre las palabras de María, pero tuve que posponer ese luto para más tarde.

Con la inercia de los muchos caminos, Simón había cedido finalmente a las ideas de apertura y expansión de Saulo y, mientras éste esperaba su juicio con el emperador, aquél se había erigido en obispo de los cristianos en la capital del imperio. No dejaba de ser paradójico que tu hermano, que siempre abogó por que tus seguidores se adscribieran sin excepciones a la ley de Moisés, terminara asesinado por las autoridades judías, mientras que Simón, el pescador analfabeta, acabara por sucumbir al trofeo de tomar el corazón de Roma, de fundar ahí tu iglesia y no en Israel.

Al margen, María contaba que se habían encontrado ahí a un mago llamado Simón. Por su descripción, Marta y yo supimos que no era otro sino Simón el Mago de nuestra juventud. Ahora rondaría los cien años. Simón la Piedra y él se habían enfrentado en un duelo de palabras y milagros, y el triunfo del galileo había ayudado a consolidar su lugar como patriarca de la comunidad cristiana de Roma.

Y habían logrado fundar esa iglesia, continuaba María. Entre Saulo y Simón lo habían logrado. Tus palabras, manoseadas por tantos; tu rostro, deformado y revestido de auras nuevas; tu historia, decorada de historias fantásticas que no necesitaba; todo había recorrido las bocas de tus apóstoles y las ciudades del mundo con saltos de sapo. Y, sin embargo, se lamentaba María de tener que confesar, tantas cosas se les habían salido de las manos. Se quejaba de la lengua larga, larguísima de Saulo. Las diferencias entre judíos y gentiles eran profundas, y las argucias que aquél había ideado al vuelo para convertir a estos últimos transformaron tu iglesia en una hidra de muchas e incontrolables cabezas. Entonces era común, por ejemplo, que Saulo hablara del próximo fin del mundo y de la resurrección de los muertos en el día del juicio final; no faltó el lugar, decía mi hermana, en el que tras la partida de Saulo se convencieron de que los muertos resucitarían no en

el Reino, sino, literalmente, tal como habían sido enterrados, y se llenaron de terror. Como ése, contaba otros casos. Lo que ocurría ahora era indistinguible de la semilla que tu muerte había sembrado en Judea.

Aun así, tu secta se había extendido como la hiedra. Aun ahora me pregunto una y otra vez qué pensarías de ello. Después de todo, tú eras judío y hablabas para los judíos. Eras un profeta crítico al estilo de Jeremías o Amós, no un reformador. ¿Estarías satisfecho o sorprendido? ¿Te reconocerías en la imagen de ti que se contagiaba como una epidemia entre personas de distintas lenguas y naciones?

En cualquier caso, tu presencia había recorrido todos los estadios de distancia entre un agujero de Galilea hasta la casa del emperador de Roma.

No la casa del emperador, no. En eso era clara mi hermana.

De eso se trataba su carta, en realidad.

Nerón era para tus seguidores lo que Saulo había sido los primeros años, si aquel Saulo viperino y cruel hubiera tenido poder sobre Roma y todas sus colonias. La Bestia, lo llamaba María en su carta. Una bestia y una sombra. Un nuevo ángel exterminador que no seguía las órdenes de ningún dios, sino de su propio odio a la secta cristiana que se le había pegado como un parásito a su imperio. Un odio caprichoso y sanguinario: romano. Por causa suya, no sólo Saulo había sido decapitado, sino también estaban en prisión Juan y muchos otros líderes. Ella misma, decía, había estado a punto de pisar la cárcel dos veces, donde muy probablemente no habría sobrevivido. Junto a Nerón, Caifás era un bufón con un báculo. Para referirse a él en los mensajes que los cristianos se enviaban de una cárcel a otra, o de un escondite al otro, o de una cárcel o un escondite a las otras comunidades de cristianos en el mundo, se valían de un código, y el nombre de Nerón César era una cifra temida y murmurada en todas partes. Era como si los dedos de Nerón

recorrieran las calles; tenía cuadrillas enteras de centuriones dedicadas exclusivamente a buscar cristianos.

Y entonces ocurrió el incendio.

Aquí, María se detenía. Las frases siguientes estaban tachonadas. Podía leerse su titubeo. Y luego, como si todo lo antes dicho no hubiera sido más que plática casual, María se transformaba en otra. Sus frases cambiaban de ritmo y de densidad. Parecía tratar de decirlo todo con menos aire, como si el tiempo la apremiara y, al mismo tiempo, como si en la elección de las palabras cupiera la eternidad.

Ustedes son mi familia, comenzaba abruptamente, ustedes son los padres que tuve cuando perdí a los primeros, y los dejé sin arrepentimiento, como la novia deja a los padres cuando se entrega a su prometido; pero no me perdonaría nunca que no supieran qué fue de mí, que vivieran el resto de sus vidas sin ninguna certeza sobre su hermana pequeña.

Un incendio había consumido numerosos estadios de terreno en la capital. María no daba detalles, pero se especulaba que el fuego hubiera comenzado accidentalmente en algún mercado. Se había salido de control, y se decía que Nerón lo había dejado crecer a propósito, que había impedido a su ejército llevar agua desde los acueductos, porque tenía planeado responsabilizar a los cristianos; que, mientras el fuego avanzaba, él miraba todo desde su balcón, tocando la lira.

Y así se hizo. Cuando el fuego había consumido parte de la ciudad, emitió un edicto en el que se culpaba formalmente a la secta cristiana de tratar de destruir Roma, y se instruía a las huestes imperiales a eliminar a los sediciosos y sus lugares de reunión hasta que no quedara registro de que hubiera existido alguna vez el tal *Chrestus*.

La carta de María era una despedida, naturalmente.

Quizá Marta y yo lo sabíamos desde que el mensajero nos la entregó, pero habíamos desempolvado la esperanza, aquella

vieja esperanza de unos niños que jugaban a las canicas en Magdala, y nos habíamos aferrado a ella. Marta no quiso seguir leyendo. Se sentó en la tierra, con el rostro desencajado, y me pidió leer en voz alta.

María estaba en la cárcel. Era posible que se hubiera reservado los detalles del lugar y las condiciones de su reclusión para evitarnos un mayor sufrimiento. Simón había estado con ella hasta la mañana del día en que escribía todo aquello, cuando se lo llevaron para crucificarlo. No sabía nada de Juan, y otros de tus amigos habían sido perseguidos igualmente. Sabía que ese mismo día le tocaría a ella. Y, si no la mataban los centuriones, añadía, lo haría la cotidianidad de la cárcel. Por eso, en medio de la cacería de Nerón, había decidido romper su voto de compromiso contigo y convertirse de nuevo en María de Magdala, la hermana de Marta, mi hermana.

María, María, María.

Por eso escribía, para que supiéramos que era ahí donde deseaba estar, y en ninguna otra parte del mundo. Y que estaba bien. Pedía que, hiciéramos lo que hiciéramos y pensáramos lo que pensáramos, le creyésemos. Que nos amaba, decía, que siempre lo había hecho, y que, en un oculto rincón de sí, nunca había dejado de llevarnos con ella, en diminutas y veneradas dosis, como un perfume precioso.

De esas palabras hacía ya dos años.

Fue como si con tu partida a Jerusalén te hubieras llevado mis últimas fuerzas. Mi cuerpo era indiferente a mi fe, y mis últimos días fueron especialmente dolorosos. Aunque durante tu estadía en Betania había ganado algo de color y las honduras debajo de mis ojos habían perdido terreno, a los pocos días tuve un par de crisis que inauguraron una retahíla más larga de molestias. No era novedad para mí que a ciertos episodios los siguieran semanas de tos, carraspera e incluso altas temperaturas corporales. Pero esa ocasión, no sólo se prolongó la fiebre, sino que comencé a sentir una opresión nueva en el pecho, como si me empujaran las costillas hacia adentro. Un momento sí y el otro también, la respiración se me aceleraba sin intervención de mi voluntad, y en mi garganta anidaban volutas de una mucosa amarillenta. Finalmente, en medio de la realidad acuosa de mi estado febril, empecé a toser sangre. De hecho, apenas tengo certeza de cuánto tiempo pasé realmente en ese estado. Cuando mis hermanas advertían un signo de mejoría, otro síntoma ocupaba el lugar del que estaba en tregua. Era como si la enfermedad hubiera pagado a plazos una casa en mi cuerpo, por todos esos años, y ahora llegara a habitarla en medio de una gran fiesta de suplicios.

Y no obstante, cuando estaba consciente, lo soportaba todo. Entendía por fin al mísero Job. A cada latigazo de la fiebre, de la tos, de la falta de aire, de la sangre, del vacío que le ganaba terreno a la materia de mi cuerpo, de la palidez que aplastaba la humanidad de mi piel, a cada golpe de la muerte, me recordaba tu promesa. La vida no había reservado nada para mí; por el

contrario, me había quitado todo. Pero en el Reino me esperaba el consuelo. Por eso empecé a sonreír cuando Marta o María me preguntaban cómo me sentía y les respondía mal. Por eso intenté detener el brazo de Marta un par de veces cuando trataba de hacerme beber las mezclas que alguien le había sugerido, o la mano de María cuando cambiaba los trapos húmedos bajo mi cabeza. Y por eso también, después, las dejé hacer todo eso.

Mis hermanas padecían todo aquello en silencio y, cuando hablaban, discutían. Eran dos mujeres jóvenes y agotadas. Mi madre se había esfumado en un parpadeo, y mi padre les había ahorrado la última parte de su decadencia. Yo, en cambio, era un esfuerzo constante, un bulto que cargar por el desierto. Me convertí en el centro de sus vidas; me convertí, de una forma retorcida e inesperada, en el hombre de la casa, aquél en torno al cual orbitan los demás. Qué era un hombre, me preguntaba, sino un enfermo funcional que necesita de los cuidados de las mujeres para mantenerse erguido frente a los otros. La única diferencia entre los grandes señores y yo era que yo no me levantaría de la estera, no tendría hijos que heredaran mis riquezas, ni casaría a mis hijas con los mejores entre los hijos de mis vecinos, ni iría a Jerusalén durante el Pésaj a bañarme en sangre de animales sacrificiales, ni coronaría mi existencia con el honor de la vejez. Fuera de eso, no había gran diferencia. Y, aunque me molestaba pensarla entre sueños, era una idea de la que me despegaba poco a poco. Como todas las ideas de este mundo. Mi alma ensayaba desprenderse de mi cuerpo, verlo, junto con las preocupaciones del mundo, como asuntos que ya no eran de mi incumbencia.

Mi alma ensayaba para el Reino.

A fin de cuentas, el mundo no tenía nada que reclamarme. Pedí perdón a Dios por las veces que le había exigido cuentas, y por aquéllas en las que hubiera usado mi enfermedad como pretexto para la pereza; por haberme alegrado en secreto cuando mi padre fue expulsado de nuestro cuidado, y por

haber pisoteado la dignidad de Rahab; por haber abandonado al anciano Neftalí, y por secuestrar la vida de mis hermanas. Fuera de eso, sentía que era el mundo el que debía disculparse conmigo, aunque no fuera necesario, porque otra recompensa me esperaba.

María entendía mis pequeños gestos. Ella, como yo, confiaba. Sólo que ella esperaba que nuestra fe me salvase de la enfermedad; conjeturaba que tú podías curarme, tal como habías hecho con otros que creían. Insistía, insistía, insistía. Mandemos llamar a Jesús, lanzaba de nuevo, para desespero de Marta.

Mi hermana mayor no era inmune a ti. Te guardaba un respeto silencioso, pero no lograba evitar una sospecha latente, la incomodidad que le producía el cardumen de gente y el escándalo que te envolvían. Quizá le asustaba la magia, que estaba fuera de su control y comprensión; quizá le sabía a un juego irresponsable con el orden natural de las cosas. Y se negaba a mandar por ti, aferrándose a esperanzas fatuas, pretextando que aún estarías ya lejos, que aún faltaban algunos días para el Pésaj. Y María estallaba en acres reclamos, le echaba en cara cuánto había sufrido, cuántas cosas había perdido siendo apenas una niña, como si todo lo que nos sucedió hubiese sido culpa de Marta, que apretaba los puños y se debatía entre lo que fuera que ocurriese en su mente y lo que había en su corazón, y que a veces no podía contener sus respuestas también cargadas de veneno, sus alusiones al enamoramiento infantil de María. Y María me señalaba, entre lágrimas, y hablaba de mí, de la fe que me devolvería la salud, si tan sólo Marta se dignara llamarte.

Y así fue también aquel jueves, cuando mi mente ya no habitaba la totalidad de mi cuerpo, cuando María ganó la batalla y Marta bajó los brazos.

Aquel jueves en que te llamaron y no viniste, porque estabas aún a días de camino, porque tenías cosas más importantes

que hacer, porque estaba en tus planes dejarme morir. Porque, porque, porque.

Aquel jueves.

La muerte no se parecía nada a lo que intuí toda mi vida. No fue el golpe seco de asfixia que se aparecía en mis pesadillas, la negrura que estruja la mente con la falta de aire y lo apaga todo en menos de un minuto. Al final, morí de cansancio. Hay un umbral invisible en la fiebre, una frontera de lumbre; una vez cruzada, se convierte en el estado natural de las cosas, y uno se vuelve su habitante; es, imagino, como esas realidades inducidas por hierbas narcóticas, un distractor del espíritu que disuelve los colores del mundo mientras el cuerpo, abandonado a su suerte, se dedica a morir. Puede que la muerte tenga todo que ver con el cuerpo, pero morir, como un acto, no fue una experiencia corporal. Los últimos segundos, que pudieron lo mismo ser horas, todo ocurrió en un espacio en el que sólo se advertía el siseo de la materia, apenas se proyectaban las sombras de los ruidos de la realidad exterior. Ahí, tras el umbral, tuve un intervalo de lucidez. Y me veía a mí mismo, ligero, ascendiendo al cielo; a lo que, en ese universo de contornos, sería el cielo.

Y me sentía dichoso.

En ese espacio flotaban tus palabras. Había, después de todo, una razón de haber vivido. Dios era más que la ley. Dios era más que las revoluciones de Judas el Galileo. Dios era más que un silencio todopoderoso. Dios era un amor intenso, una fuerza abrumadora que no se escatimaba a sí misma, ni siquiera en los de naturaleza diminuta. Dios era el consuelo, e incluso Marta y María, al llorar mi muerte, se purificarían y darían un paso más en la dirección del Reino de Dios.

Todo estaba arreglado y todo estaba consumado.

No supe cuándo, no supe a qué hora. En algún momento de aquel jueves me quedé dormido, feliz, a la espera de que se cumpliera tu promesa.

V
CITIO, 70 D. C.

Hoy también es sábado. Y ahora, aunque sepa tan poco, es como si lo supiera todo.

Sé que muy pronto moriré por segunda vez, porque conozco la voz de la muerte y la escucho acercarse.

Sé que Marta sigue aquí, y que moriré yo y ella seguirá aquí hasta el fin de los tiempos, como el cedro bajo el cual contemplo el mar.

Sé que María gozó de tu promesa en vida y goza ahora de la nada, y que ambos caminos jamás se cruzarán para atormentarla.

Sé que Lucas, si aún vive, donde quiera que esté, respetará su palabra y no dirá de mí más que lo esencial en su relación de las cosas de nuestro tiempo.

Sé que estás muerto, que no puedes escucharme, y también sé que vives, no sé si de la forma en que lo creen tus amigos, pero sí de la forma que importa. Está vivo tu nombre, y es la causa del paisaje que ven mis ojos próximos a apagarse. Tu nombre, que representa para mí todos los fracasos que la humanidad cometió en esta época nuestra.

Del otro del mar, hay humo. Humo que sale de Jerusalén como de una herida. Los romanos asediaron la ciudad y destruyeron el Templo. Después del incendio, cuentan los que han estado en Roma, Nerón comenzó a perder el control del imperio, y una suma de rebeliones lo llevaron finalmente a suicidarse. Se vive ahora una guerra civil, y en medio de ella, un hombre llamado Vespasiano, que se hizo del poder, envió a su hijo a asediar la ciudad de los judíos que mostraba, como en tantas otras ocasiones, señales de insubordinación. Las negociaciones fallaron. Roma e Israel,

eso lo sé también, llevan años en un lento proceso de ebullición conjunta, un proceso del que eres parte, y para la explosión de la guerra tarde o temprano bastaría cualquier pretexto.

El humo pinta el cielo y ensucia el horizonte, también una herida de guerra.

El pueblo judío, que no conoce más que el bronce, caerá rápido, como su antiguo templo, ante el hierro de los centuriones. El mar se traga el sonido de los gritos, de guerra y de agonía, pero sé que allá, a lo lejos, se derrumba todo lo que alguna vez conocí. Y sé también que tus amigos están muertos, cazados como bestias por otras bestias, y que, a menos que la necedad de los escasos sobrevivientes prevalezca, tu nombre morirá cuando el humo se difumine en el cielo al otro lado del mar, como lo hará el mío, salvo en los recuerdos de Marta y acaso en los de este cedro que me ha acompañado siempre, o en los de esta cítara que pronto tocarán otras manos.

De este lado, en la bahía de Citio, el sábado es puro silencio, la paz que he recuperado con los años, que he aprendido a tocar como la cítara; la paz con que, al fin, la vida me retribuye por la vorágine de tu existencia. Ni siquiera suena la música, que mis dedos ya no pueden hacer sonar. Conforme me acerco a esta muerte nueva, la ciudad se transforma en el vacío anhelado, en el fondo negro de la jarra de vino que Marta, una tarde en Betania, olvidó recoger, ocupada en atender a su hermano enfermo.

Y sé, esta vez sin dudas, lo que vendrá después.

Y está bien.

Pronto todo será nada, y no habrá más sábados, ni más humo, ni más hedor. El olor a muerte, como tú y como yo, se disolverá para siempre en la nada.

ÍNDICE

I Citio, 70 d. C. 13
II Betania, 33 d. C. / Magdala, 3-16 d. C. 17
III Citio, 70 d. C. 109
IV Citio, 33-70 d. C. / Betania, 16-33 d. C. 113
V Citio, 70 d. C. 199

Lázaro, de Adrián Chávez, se terminó de editar en julio de 2023, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Kievit, de Michael Abbink & Paul van der Laan, de la Fundidora Font Font. Diagramación y formación: Renata Alejandra Martínez Lechuga. Diseño de portada: José Martínez Macedo. Cuidado de la edición: César Alan Malváez Hernández, Lizbeth Yameli Montiel Pallares y el autor. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

Esta novela habla de las dos vidas de Lázaro de Betania, el hombre resucitado por Jesús. Por medio de secuencias retrospectivas, evoca la memoria del personaje principal. Da cuenta de la dimensión existencial que suponen la espiritualidad, la fe y la religión. Es un surco de la esperanza hacia el sinsentido, que nos trae de vuelta a la realidad más terrenal, tan propiamente humana. A partir de un estilo poético del desencanto, Adrián Chávez refuta lo evangélico desde una mirada nada ortodoxa. Desvela otra perspectiva menos mitificada sobre los personajes que rodeaban al Salvador, y al Mesías mismo. Se trata de una novela de la naturaleza temporal e íntima de concebir la vida.

GOBIERNO DEL ESTADO DE MÉXICO
Universidad Autónoma del Estado de México
CONSEJO EDITORIAL
EDOMÉX
DECISIONES FIRMES, RESULTADOS FUERTES.